

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15.

NUM. 176.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

AGOSTO, 1903

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

A N A

(NOVELA)

EL CRIADO ANTIGUO

Los tipos característicos de los mayordomos, de los sobrestantes y de los guardabosques de un tiempo van desapareciendo de la escena de la sociedad moderna, y con ellos la figura del criado antiguo, encanecido en casa del amo, se va haciendo cada día más rara. Los últimos supervivientes de estos simpáticos tipos, hoy anticuados, no pueden ya encontrarse sino en las antiguas moradas, y solamente el poeta y el biógrafo se ocuparán, de aquí en adelante, en reanimar la memoria de aquéllos, en sacarles fuera del polvo del olvido.

En casa de mis padres vivía todavía un verdadero tipo de esos pasados tiempos, y me acuerdo perfectamente de él al recorrer los años de mi niñez: era un antiguo criado, llamado Mikolai Suchodolski, un eslavo de Sucha Wola, lugar libre, del cual refería cosas admirables. A la muerte del abuelo, de quien Mikolai había sido asistente en tiempos de la guerra contra Napoleón, mi padre heredó dicho lugar. En cuanto á la época en la que entrara al servicio de mi abuelo, el viejo no sabía decir nada en concreto. Si se le preguntaba, tomaba, reflexionando, un polvo de rapé, y respondía:

—Tenía yo aún la leche en los labios en aquel tiempo, y el mismo señor coronel, excelente alma, que Dios tenga en gloria, no se había quitado los zapatos de muchacho.

El viejo Mikolai desempeñaba en casa de mis padres varias

y diversas funciones: era servidor é inspector á un tiempo. En verano desempeñaba también el oficio de sobrestante, y vigilaba las faenas de la recolección; en invierno ayudaba á la trilla. Además de esto, tenía también las llaves de las despensas, de los graneros y de las otras dependencias de la casa, y no salía para nada. Su principal cualidad era la de gritar. Yo no acierto á recordármelo de otra manera que gruñón y regañando; gruñía y gritaba continuamente á todos, sin excepciones, hasta á mi madre y á mi padre. En la cocina estaba en continua hostilidad con el cocinero; era capaz de coger á los pinches por las orejas y pasearles por toda la casa.

El viejo Mikolai no estaba jamás contento con nada ni con nadie. Cuando se encontraba de mal humor, lo que sucedía una vez á la semana por lo menos, todos los otros criados cuidaban de no tropezar con él, no ya porque les acusase ante los amos, sino porque no dejaba en paz al desgraciado que le hubiese contrariado: desde la mañana hasta la noche le zarandeaba y le gritaba sin remisión. En las comidas, se colocaba detrás de la silla de mi padre; no servía, pero no perdía de vista á los criados, y su mayor complacencia era desesperarlos.

—¡Ten cuidado, digo, ten cuidado! ¡O te enseñaré yo cómo se ha de servir! — gritaba. — ¡Miren á ese! No sabe moverse; parece una vaca cuando vuelve al establo. ¡Vivo! ¡A ti lo digo! ¿No puedes moverte? ¿Eres sordo? ¿No oyes que llama el amo? ¡Cambia los platos, pronto! ¡Miren cómo se queda con la boca abierta! Es completamente inútil.

Otras veces no podía contenerse, y exclamaba:

—¿En coche? ¡Muy bien! ¿Por qué no? ¿Qué importa el romperse una pierna con los caminos como están? ¡Cuando se quiere hacer una visita, se hace! ¡El amo no va á ir á nado! ¡A su señoría ilustrísima le está permitido todo! ¿Quién se lo puede impedir? ¿Por qué no dar un paseíto en coche? ¡Las cuentas se harán después; la trilla se hará después! ¡Lo que más importa son las visitas!

—No se puede con este Mikolai — exclamaba mi padre algunas veces al oírle.

Y el viejo contestaba al punto:

—¿No he dicho siempre que soy un asno? ¡Bien sé que lo soy! ¿Por qué no ha de salir en coche su señoría? ¿No ha ido el ecónomo en coche á Niewardaw para hacer la corte á la despenjera de la princesa? ¿Por qué había de ser el amo menos que el ecónomo? ¡Lo que está bien para uno, bien hecho está también para el otro!

Y de esta suerte continuaba en el mismo tono, sin que fuera posible hacer callar á aquel viejo gruñón.

Aunque le quisiéramos mucho, yo y mi hermano Casimiro le temíamos como se teme al fuego, y nos tenía más sujetos que nuestro maestro, el padre Luis, al cual, sin duda alguna, le temíamos bastante más que á nuestros padres.

Con nuestra hermanita, Mikolai era más cariñoso que con nosotros; aunque era menor de edad, le llamaba «señorita» y le decía «usted», mientras que, sin tener en cuenta á las gentes ni á las leyes de la buena educación, á nosotros nos llamaba siempre de «tú».

Sobre mí Mikolai tenía un ascendiente particular, una atracción irresistible, á causa de que siempre llevaba en los bolsillos los fulminantes. Terminadas las lecciones, iba yo casi siempre á buscarle al vestíbulo; le sonreía amistosamente, y con mucha timidez le decía:

—¡Buenos días, Mikolai, buenos días! Quiero saber si has limpiado hoy las pistolas.

—¿Qué vienes á hacer aquí, Enrique? Tengo que arreglar los chismes de limpiar. ¡Ya te estás marchando!

En seguida comenzaba á gritar:

—¡Mikolai por aquí, Mikolai por allí! Naturalmente, cuando se trata de los fulminantes, entonces Mikolai es un buen muchacho; otras veces, que el diablo se lo lleve. Véte, véte á estudiar las lecciones. Con tanto zascandilear no aprendes nada.

—Pero si ya he dado las lecciones...—respondía yo con voz llorosa.

—Ya lo oís, ya ha dado sus lecciones; estudia, estudia, y después sabe menos que antes. Los fulminantes no te los doy, ¡y basta!

Y diciendo, se metía las manos en los bolsillos.

—Si después te saltas un ojo, ¿quién tiene la culpa? ¡Mikolai, naturalmente! ¿Quién le ha dado los fulminantes? ¿Quién le ha permitido cogerlos? ¡Mikolai, ó quién?

Y gruñendo y gritando, se iba al cuarto de mi padre, sacaba del armario las pistolas, las limpiaba, se aseguraba varias veces de que no estaban cargadas, afirmaba que un día ú otro nos las cargaría el diablo, encendía una luz y me hacía tirar sobre la llama. Pero mientras tanto no dejaba de atormentarme.

—¡Qué manera de coger la pistola!—decía.—¿Cómo vas á apagar así la luz? ¡Como el sacristán que apaga los cirios! ¡Vaya, vaya, hazte cura, más bien, y reza padrenuestros! No sirves tú para soldado.

Y, no obstante, nos amaestraba en el ejercicio de las armas como un veterano.

Después de comer nos poníamos á menudo á jugar á los soldados debajo de su ventana; él nos mandaba, y era también de los nuestros el maestro, el padre Luis, que marcaba el paso de una manera originalísima.

Yo, como mayor, me hallaba bajo su protección de un modo particular, y me tocaba soportarlo todo; pero cuando me enviaron al colegio, el viejo se quedó como si le hubiera sucedido una desgracia. Más adelante me contaron mis padres que cuando me marché estuvo llorando quince días, y que se puso más áspero y gruñón que nunca.

—Se han llevado al niño, se le han llevado, sin preocuparse de si uno lo siente ó se pone malo. ¡Quisiera saber por qué le han metido en el colegio! ¿No es el heredero, el futuro amo? ¡Tiene que aprender latín! ¡Quieren hacer de él un Salomón! ¡Bonita cosa! Mientras tanto, el pobrecillo vive lejos, y el viejo

Mikolai se queda aquí vagando como alma en pena. ¡Que el diablo se lleve los sistemas nuevos!

Recuerdo, como si fuese ahora, cuando volví por primera vez á casa, en vacaciones. Alboreaba apenas; en casa dormían todos; la mañana era fría, y nevaba. En rededor reinaba un profundo silencio, interrumpido solamente por el chirriar de la cadena del pozo y por los ladridos de los perros. Unicamente estaban iluminadas las ventanas de la cocina, que proyectaban un resplandor rojizo sobre la nieve que cubría el suelo. Yo estaba mustio y de mal humor, porque mi primera etapa de colegio no había sido muy brillante, á causa de no estar acostumbrado á aquella vida. Temía el enfado de mi padre y el ceño del severo padre Luis, que había ido en persona á buscarme á Varsovia, encontrándome en un estado de ánimo bastante acongojado. De repente se abrió la puerta de la cocina, y el viejo Mikolai, con una tetera y dos tazas en una bandeja, salió, con la nariz encarnada por el frío, y se encaminó hacia el cuarto de los amos. Apenas me vió, gritó:

—¡Oh, mi querido amito!

Y puso con tanta prisa en el suelo la bandeja, que se cayeron las tazas. Después me abrazó, me besó, y desde aquel momento me llamó siempre «amito»; pero la desgracia de las tazas no podía digerirla.

—Lleva uno tranquilamente la bandeja—murmuraba;—no se piensa en nada; y precisamente en aquel momento se le ocurre llegar al señorito. ¿No podía haber elegido otro momento mejor?

Mi padre, vistos mis escasos progresos en caligrafía y en alemán, amenazó con pegarme; pero fue contenido, en parte por mis lágrimas y promesas de enmienda, en parte por la intervención de mi buena madre, que se puso en medio, y principalmente por la declaración de Mikolai, el cual manifestó que jamás había oído hablar de la señorita Caligrafía, y que consideraba completamente inútil y superfluo el aprender la lengua alemana.

—¡Por vida de...!—murmuró.—¿Qué es esto? ¿Acaso el amito es un hereje ó un teutón? ¿Acaso el señor coronel habló nunca el alemán? ¿Qué? Cuando nos encontrábamos frente á los alemanes en... ¿cómo se llama aquel lugar? En Leipzig... y en otros puntos, no teníamos que hablar alemán con ellos, sino solamente decir: ¡atención!, y en un momento dejábamos unos cuantos patas arriba.

Además de las ya apuntadas, Mikolai tenía otra costumbre singular. Hablaba rara vez de su vida pasada; pero cuando se encontraba de buen humor, refería mil cosas y deslizaba algunas bolas, sin mala intención; pero en su cerebro de viejo los acontecimientos se agolpaban, se confundían, y todo lo que había oído relatar en su juventud de guerras y peligros guerreros se le representaba en su imaginación como hecho y visto por sí mismo: de suerte que todo lo atribuía á su abuelo y á sí mismo, y prestaba fe completa á sus propias narraciones.

Un día refirió lo siguiente delante de todos nosotros:

—No se puede negar que yo me batí valerosamente... ¿por qué no había de hacerlo? Recuerdo todavía aquella vez que fuimos contra los austriacos. Yo estaba en mi puesto, cuando de repente el general en jefe hostigó á mi caballo; el comandante en jefe de los austriacos salió entonces de las filas enemigas, cabalgó hasta llegar á mi lado y me dijo: «Suchodolski, te conozco; si te hubiéramos podido atrapar, la guerra hubiese ya terminado».

—¿Y no dijo nada del coronel?—preguntó mi padre.

—¿Cómo nada? ¿No he dicho claramente que el austriaco dijo: «Si hubiéramos pescado al coronel y á ti?»

El padre Luis se impacientó y dijo:

—Mientes á borbotones, Mikolai.

El viejo se puso furioso, y se hubiera seguramente extralimitado, á no ser por el respeto y la estimación que le inspiraba el reverendo; así, pues, se calló, y luego habló de otras cosas igualmente estupendas.

Un invierno los lobos se esparcieron por el país y comenzaron á producir daños enormes. Mi padre, que era un cazador apasionado, combinó una batida á aquellos animales; tenía empeño en que tomase la dirección de la cacería nuestro vecino el Sr. Ustrycki, famoso cazador de lobos, por lo que mandó á Mikolai con una carta, diciéndole:

—El contratista del aguardiente se va en coche á la ciudad; véte con él á Ustrya, entrega á aquel señor esta carta, y tráeme la respuesta; no te vengas sin ella.

Mikolai tomó la carta y se marchó con el contratista.

Por la noche volvió solo el contratista, sin Mikolai. Mi padre supuso que se había quedado en Ustrya para volver al día siguiente en compañía de nuestro vecino; pero pasó también aquel día, y Mikolai no pareció. Entonces comenzó la alarma; mi padre temió que le hubieran asaltado los lobos, y mandó gente á buscarle; pero nadie encontró rastros de él.

En Ustrya, adonde se mandó á preguntar, dijeron que había estado; pero que no habiendo encontrado al señor en la casa, preguntó en dónde podría estar. Hizo que el mayordomo le prestara cuatro rublos, y se marchó sin que nadie supiera adónde. Por fin, en la noche del sexto día, mi padre, que estaba en su despacho ocupado en tomar nuevas disposiciones para la busca de Mikolai, sintió que gruñían en la puerta, signo infalible de la presencia de aquél. En efecto, era él, pero en un estado lastimoso: extenuado, demacrado, yerto de frío.

—¿Qué diablos has hecho, Mikolai? ¿En dónde te has metido todos estos días?

—He hecho lo que debía hacer—murmuró Mikolai.—No encontré al Sr. Ustrycki en su casa; me fuí á Basin, y allí supe que se había marchado á Karalowka. Allí me presenté, pero tampoco estaba ya. ¿Quién hubiera podido obligarle á permanecer allí? ¿No es dueño de sus actos? Desde Karalowka me fuí á la ciudad, porque se creía que el señor pudiera estar en el tribunal del distrito. ¡Hubiera querido saber lo que tenía que hacer en el tribunal del distrito! ¿Es, acaso, juez? ¡Se

había ido al tribunal central! No podía yo volver á casa sin haber cumplido mi encargo: por eso llegué hasta el tribunal central y le entregué la carta.

—¿Y qué? ¿Te dió una respuesta?

—Ciertamente que me dió una respuesta; pero se reía tanto, que me enseñó su dos filas de dientes. «Tu amo—me dijo—me invita á una cacería para el jueves, y tú me traes la carta hoy domingo. La cacería debe de haberse celebrado.» Y volvió á reirse, y hasta me reí yo.

—¿Y qué has comido durante tu ausencia?

—¿Y qué importa que no haya comido desde ayer? Ya comeré ahora. Si ayer no comí, comeré hoy.

Desde aquel día se tuvo cuidado en no darle órdenes demasiado terminantes; cuando se le mandaba á algún punto, era preciso decirle exactamente lo que debía hacer en el caso de no encontrar al destinatario.

Algunos meses después de la aventura que he referido, Mikolai fué á la ciudad vecina á comprar caballos para la labranza: era muy entendido en caballos.

Por la noche vino el ecónomo á decirnos que Mikolai había vuelto, que había comprado los caballos, pero que venía apaleado y maltrecho, y que no quería dejarse ver de nadie. Acudió mi padre.

—¿Qué has hecho, Mikolai?—le preguntó.

—Me he dado de palos—respondió lacónicamente.

—¿No te da vergüenza de semejantes cosas á tu edad? ¿Has perdido el juicio? ¡Tan viejo y tan estúpido! ¿Qué hubieras dicho si otro lo hubiese hecho? En vez de dar buen ejemplo á los otros criados, los echas á perder.

Mi padre estaba seriamente enfadado con Mikolai, y cuando se enojaba iba de veras. Me había chocado mucho, en tal circunstancia, que Mikolai, el cual no tenía costumbre de sufrir nada sin dar sus razones, se callase entonces sin decir una palabra. Guardó un obstinado silencio, y no contestó á ninguno de los que le interrogaron acerca del asunto.

Al día siguiente empeoró tanto, que fue preciso llamar al médico, el cual logró por fin averiguar lo que había pasado. Mi padre, hacía una semana que había despedido al primer ayuda de cámara, el cual pasó al servicio de un tal señor de Zell, alemán y enemigo declarado de mi padre.

Sucedió que dicho señor de Zell se dirigió también á la feria, acompañado por nuestro exayuda de cámara y otros criados. En cuanto el señor de Zell vió á Mikolai, se le acercó y comenzó á lanzar injurias contra mi padre. Mikolai no pudo sufrirlo, y le trató de embustero. El señor de Zell prorrumpió entonces en otra injuria contra mi padre, y Mikolai le replicó con un fustazo. En seguida todos los servidores que acompañaban al señor de Zell se echaron encima de Mikolai, y le dieron de palos hasta que le vieron ensangrentado en el suelo. Cuando mi padre supo esto, se le saltaron las lágrimas.

No podía perdonarse el haber reñido á Mikolai. Cuando se curó éste, mi padre le reprendió por su silencio; después lloraron juntos como chiquillos. Mi padre retó al señor de Zell, y de este duelo le quedó memoria al injuriador por bastante tiempo.

A no ser por el doctor, no se hubiera sabido en casa la generosa defensa del fiel servidor. Pero Mikolai tuvo ojeriza durante mucho tiempo al médico por otro motivo.

Vivía en nuestra casa una hermana de mi padre, joven, á la que yo quería mucho porque era tan buena como linda, y no me extrañaba que todos la quisieran, incluso el doctor, que era joven, apuesto y estimado en todo el país.

Mikolai, que al principio miraba con buenos ojos al doctor, y no vacilaba en alabarle porque montaba admirablemente á caballo, comenzó á mirarle de otra manera al observar sus asiduidades para con la tiíta Marieta.

Por fortuna para el joven esculapio, mi tía le consideraba de manera muy distinta que Mikolai.

Sucedió, pues, que una hermosa noche en que la luna iluminaba románticamente la sala, y en que los perfumes del

jardín penetraban por la ventana abierta, la tía Marieta cantaba al piano «Sueño contigo». Nuestro doctor se acercó á ella, y con voz conmovida le preguntó si creía que pudiera él vivir sin ella. La tía debió de exponer algunas dudas acerca de esto; siguieron entonces recíprocas declaraciones; se apeló á la luna como testigo, y es posible que sucediera luego todo lo que en semejantes ocasiones suele acontecer. Por desgracia, precisamente en aquel momento entró Mikolai á llamarles para el té. El espectáculo que se le presentó le decidió á correr en seguida en busca de mi padre; pero, como éste estaba ocupado, fué á ver á mi madre, la cual le rogó, con su habitual y dulce sonrisa, que no se mezclara en asuntos que no eran de su incumbencia. Mikolai, avergonzado y confuso, no se dió, sin embargo, por vencido, y antes de acostarse solicitó hablar unos momentos con mi padre. Preguntóle éste:

—¿Qué se te ofrece, Mikolai?

—Quisiera preguntar al señor si la señorita se va á casar, si es cierto que...

—Sí, es cierto; ¿y qué?

—Que es absolutamente imposible que la señorita se case con... ese extraño.

—¿Qué extraño? Tú estás loco, Mikolai. ¿Por qué has de meterte en todo de esa manera?

—¿Pero acaso la señorita no es hija del señor coronel? Él no hubiera dado nunca su consentimiento. ¿No merece nuestra señorita un caballero de los de buena cepa? Y, si se me permite preguntarlo, ¿quién es el doctor? ¿Ha de rebajarse nuestra señorita?

—El doctor es un hombre de bien, es honrado y es un sabio.

—Sí, conozco á esos médicos. En el campamento se daban mucha importancia entre el Estado Mayor, pero cuando sonaban las balas no se veía á uno. ¡Cuántas veces les llamó el señor coronel caballeros de la lanceta! Cuando un hombre está sano, ninguno se atreve á acercársele; pero en cuanto está en-

fermo, se presentan con la lanceta y los demás instrumentos. ¡Bonito arte es el de zarandear al que no puede defenderse ni menear un dedo! Si el señor coronel lo supiese, se pondría furioso. Es imposible que se case con él la señorita. Sería faltar á los santos mandamientos. ¡Quiere volar demasiado alto ese mediquillo!

Desgraciadamente para Mikolai, el doctor consiguió volar tan alto.

A los seis meses se celebró la boda, y nuestra señorita, la hija del coronel, nos dejó, acompañada por las lágrimas y las bendiciones de los parientes y de todos los amigos de la casa, y muy especialmente por las de Mikolai, para marchar á compartir con el doctor las alegrías y los dolores de la vida.

Por fin llegó un día en que desapareció por completo la antipatía de Mikolai hacia el doctor Estanislao. Ana, la nietecita del viejo Mikolai, enfermó gravemente del tifus. Aquellos días lo fueron de amargura para mí, porque Ana era mi coetánea, la única compañera de mis juegos, y yo la quería como á una hermana. Durante tres días completos, apenas salió el doctor del cuarto de la enfermita. Mikolai estaba como alocado. No comía, no dormía, no abandonaba á su nieta ni un instante, y seguía con ansia los movimientos del médico. Por último, cuando llegó el día en que, después de varios de mortal incertidumbre, declaró el doctor con faz radiante que la niña estaba fuera de peligro, el viejo dió un grito de alegría, y arrojándose á los pies del doctor, balbuceó entre sollozos:

—¡Es usted mi bienhechor... mi bienhechor!

Ana curó, y desde entonces el viejo quiso entrañablemente al doctor Estanislao.

Al año de este suceso, el viejo comenzó á sentirse mal, y por último, cuando ya frisaba en los noventa años, se vió que había llegado su postrer instante. Algunos días antes de morir perdió el conocimiento; pero el día de la muerte, la luz próxima á extinguirse despidió destellos inesperados.

Mis padres estaban por entonces en el extranjero para

atender al restablecimiento de la salud de mi madre. Yo me había quedado en casa con mi hermano menor y con el padre Luis.

Nevaba aquella noche, y mi hermano y yo estábamos proyectando una expedición de caza para el día siguiente. De pronto vinieron á decirnos que Mikolai estaba moribundo.

El padre Luis corrió á la capilla á coger los santos óleos, y yo corrí anhelante á la cabecera del viejo. Pálido, amarillo como la cera, ya casi rígido, pero tranquilo y con pleno conocimiento, yacía en el lecho. Su cabeza, casi completamente calva, surcada por dos cicatrices, aparecía verdaderamente hermosa: era la cabeza de un veterano esforzado. El moribundo oprimía con una mano un crucifijo, mientras que Ana, pálida como un cadáver, le estrechaba la otra entre las suyas y la cubría de besos y de lágrimas.

Entró el sacerdote, le confesó, y después Mikolai preguntó por mí.

—No están aquí mis señores—dijo con voz entrecortada,— y el no verlos hace mi muerte más dolorosa; pero aquí está mi amito, el heredero... Piensa en esta pobre huerfanita... Dios te lo premiará. Perdónenme en lo que haya podido faltar. Tal vez he sido un poco gruñón... pero he sido fiel.

Calló y cerró los ojos, pero después volvió á pronunciar estas palabras en alta voz, con un último esfuerzo:

—Amito... mi huérfana... En tus manos, Señor... enco...

—Encomiendo yo el alma de este valiente soldado, de este hombre de bien...—concluyó de decir solemnemente el padre Luis.

El viejo había expirado. Todos nos arrodillamos en torno del lecho, y el sacerdote comenzó á rezar las preces de los difuntos.

* * *

Han transcurrido muchos años desde aquel día. Sobre la fosa del antiguo y fiel servidor crece la yerba lujuriosa. Nos

aguardaban tiempos tristes y calamitosos. El huracán pasó, destruyendo mi tranquilo hogar. El padre Luis descansa desde hace mucho tiempo en el seno de la tierra. Yo me gano trabajosamente con la pluma el pan cotidiano, y Ana...

Al recordarla, comienzan á brotar de mis ojos copiosas y ardientes lágrimas.

A N A

I

Cuando Mikolai, en su lecho de muerte, me recomendó á Ana y la confió á mi protección, tenía yo diez y seis años, y ella tenía seis meses menos que yo, por lo que casi era una niña. Hubo que sacarla á la fuerza de la habitación mortuoria. La pobrecilla, abatida por el dolor, abrumada de cansancio, apoyó su cabecita en mis hombros, y así permanecimos unos momentos silenciosos.

Era tarde: en la sala contigua á la capilla, el cuco de un reloj de péndulo, de Dantzic, anunciaba con su ronca voz la segunda hora después de media noche; reinaba en torno un silencio profundo, interrumpido solamente por los torbellinos de nieve que golpeaban los cristales de las ventanas de la iglesia, y por los continuos suspiros y sollozos de Ana. No lograba encontrar para ella una palabra de consuelo; la estrechaba solamente contra mi pecho, con el sentimiento y el afecto de un hermano, protector suyo. No podía rezar: tenía la mente llena de confusos sentimientos, y el corazón palpitante de compasión; de suerte que ante mi espíritu se agolpaban las más varias imágenes, en medio de las cuales surgía constantemente un pensamiento único, victorioso, increíble: el de que yo, por aquella criatura privada de todo amparo, que tenía apoyado en mi hombro su rostro pálido, con los párpados

semicerrados, hubiera dado en caso de necesidad la vida, hubiera arrojado el guante de desafío á la faz de todo el mundo.

Mientras tanto, llegó mi hermano Casimiro, que se arrodilló detrás de nosotros, y acudió también una parte de la servidumbre. El padre Luis rezó la oración de la noche, que se acostumbraba en nuestra casa, y todos dijimos juntos los responsos; después rezó una oración especial.

El rostro de la Madre de Dios aparecía lleno de clemencia, como si bendijese á los arrodillados á sus pies. Parecía que la Reina del Cielo tomaba parte en los bienes y en los males de nuestra familia. Cuando el padre Luis, al rezar el oficio de difuntos, pronunció el nombre de Mikolai, y dijimos nosotros *beati sunt mortui*, Ana comenzó á sollozar con fuerza; y yo, en aquel momento, hice solemne promesa de que, á costa de cualquier sacrificio, cumpliría fielmente el deber impuesto á mi corazón por el difunto.

Era la promesa de un muchacho que no podía medir aún lo grande de la responsabilidad, y eventualmente también lo grande del sacrificio á que se comprometía en su juvenil exaltación. Después de rezar, nos separamos para buscar un poco de reposo. Entregué á Ana al ama de llaves, la anciana Wenzrouska, á la cual ordené que pasara la noche con la niña, pero no en el cuartito de ésta, sino en el que asigné para de allí en adelante á mi recomendada. Después de haber besado afectuosamente á la huerfanita, me dirigí al pabellón contiguo, en donde habitaba con mi hermano y el padre Luis, y al que se conocía en el castillo señorial con el nombre de «Hospedería». Me desnudé y me acosté. No obstante el dolor por la pérdida de Mikolai, me sentía halagado y satisfecho con mi nueva calidad de tutor. El hecho era que yo, un muchacho de diez y seis años, debía ya ser el defensor y protector de una huerfanita sin amparo, lo cual me realzaba en alto grado á mis propios ojos. Me sentía hombre.

—¡La confianza que has puesto en tu amo no resultará fallida, hourado Mikolai! En buenas manos pusiste el cuidado

de la muchacha. ¡Duerme en paz tu sueño de la fosa!—decía para mí.

El porvenir de Ana no me preocupaba nada. No me pasó entonces por las mientes el pensamiento de que crecería y se casaría. Pensaba que viviría siempre en nuestra casa, que se la atendería como á una hermana, como tal, querida, y que llevaría una existencia tal vez triste, pero no abandonada.

Según la usanza de entonces, al primogénito de la familia le correspondía el quíntuplo más que á los hermanos menores de la herencia paterna; esos hermanos respetaban esta costumbre consagrada por el tiempo, y no se rebelaban nunca, aun cuando nuestro patrimonio no fuese alodial. Así, pues, como yo era el primogénito, la mayor parte del patrimonio me pertenecería un día, y por esto la consideraba ya, aunque todavía no era más que un estudiante de colegio, como propiedad mía. Mi padre era uno de los primeros señores del país, y aunque nuestra fortuna no pudiese calificarse de riqueza de príncipes, poseíamos, sin embargo, un caudal que aseguraba no solamente el pan cotidiano, sino una vida cómoda y sin preocupaciones bajo el techo paterno.

Sabía, pues, que un día había de ser rico, y por consiguiente miraba sin inquietud el porvenir de Ana, y sabía de todos modos que, cualquiera que fuese el rumbo de su vida, ella encontraría siempre en mi casa sostén y ayuda.

Con estos pensamientos me quedé dormido. A la mañana siguiente entré repentinamente en mi papel de protector, pero de una manera, á la verdad, sumamente ridícula y pueril. Sin embargo, á pesar de los años transcurridos, cada vez que pienso en ello no puedo menos de experimentar cierta conmoción. Cuando, en unión de Casimiro, fuí á desayunarme, encontré ya en la mesa al padre Luis, á la señora de Ives, que era la institutriz, y á mis dos hermanitas. Las niñas estaban sentadas como de costumbre, en sus sillas altas, meneando los pies y charlando. Yo ocupé, con mi insólita prosopopeya, el puesto de mi padre; dirigí una mirada grave en rededor, y

después, volviéndome al criado, dije con acento breve é imperativo:

—Prepare usted también un puesto para la señorita Ana— y recalqué la palabra «señorita».

Jamás había sucedido aquello. Ana comía ordinariamente en el comedor de las doncellas, porque Mikolai, no obstante el deseo manifestado varias veces por mi padre, no había permitido nunca que la niña se sentase á la mesa de los amos.

—No, no; ¿quién piensa en eso?—decía.—Vale más que aprenda á servir á los amos.

Yo introduje, pues, esta novedad. El buen padre Luis sonrió y trató de disimularlo tomando un polvo de rapé y sirviéndose de su pañuelo de seda. La señora de Ives, á pesar de su bondad, hizo un gesto al oír la nueva orden, porque, procediendo de una familia de antigua nobleza, era aristocrática hasta la médula de los huesos. Francisco, el criado joven, me miró con la boca abierta, con expresión tan asombrada, que me vi obligado á repetir la orden:

—¡Prepare un puesto para la señorita Ana!

—En seguida, ilustrísima—contestó Francisco, al cual mi tono de mando había evidentemente impresionado.

Debo confesar que aquel «ilustrísima», que el padre Luis oía por primera vez salir de labios de un criado para dirigirse á mí, le arrancó otra sonrisa de satisfacción, que esta vez no pudo reprimir; pero mi aspecto serio contribuyó á que pasara sin más el «ilustrísima».

Un momento después estaba dispuesto el sitio; se abrió la puerta, y apareció Ana con un traje de luto que le habían preparado por la noche la doncella y el ama de llaves. Estaba palidísima, y sus ojos conservaban las huellas de las copiosas lágrimas derramadas; sus hermosas trenzas rubias le caían por la espalda. Yo fui á su encuentro y la conduje á la mesa. Mi cortesía y el ambiente insólito del lugar parecieron confundir y cortar á la pobre muchacha. Entonces no sabía que para un profundo dolor, un rincón solitario y tranquilo vale más

que los mayores pésames y las mejores pruebas de simpatía y de amistad.

Debo haber atormentado bastante á la pobre Ana con mi manía de hacer valer mi derecho de protector; permaneció callada durante el desayuno, y no respondió sino con monosílabos cuando la pregunté qué deseaba comer ó beber.

—Nada, muchas gracias, ilustrísima.

Aquel «muchas gracias, ilustrísima» me hizo daño; tanto más, cuanto que Ana acostumbraba á tratarme con mucha confianza.

Terminado el desayuno, la llevé aparte y la dije:

—Ana, debes saber que de hoy en adelante no eres más que mi hermana querida; así, pues, nada de «ilustrísimas» á mí; ¿has comprendido?

—Está bien.

Mi situación respecto de aquella muchacha en aquel momento era bastante singular. Paseaba con ella por la habitación sin saber de qué hablar. Si hubiera sido posible hacerlo sin aludir á Mikolai y á su muerte, la hubiese afectuosamente consolado; pero esto la habría hecho derramar de nuevo un torrente de lágrimas, cuando apenas había dejado de llorar hacía un instante. Por fin, no sabiendo qué hacer, me senté con ella en un sofá que estaba en un rincón de la habitación, acerqué su cabecita y me puse á acariciarla sus cabellos, lícidos como el oro.

Ella se estrechaba á mí como á un hermano, y probablemente el sentimiento dulcísimo que le había dejado en el corazón la confianza anterior le hizo asomar nuevas lágrimas á sus ojos. Lloraba amargamente, y yo trataba de consolarla lo mejor que podía.

—Querida Ana, no llores más; piensa que Mikolai está en la gloria; además, yo cuidaré de...

No pude continuar, porque á mí mismo me costaba gran trabajo contener las lágrimas.

—¿Puedo ir á verle?

Pero yo, sabiendo que habían traído el féretro, en el que ya habían depositado á Mikolai, quise, antes de llevar á Ana, enterarme de si estaba terminado. Al ir á la cámara mortuoria encontré á la señora de Ives, á la que rogué me esperara un momento, porque tenía que hablar con ella.

Después de haber rezado una oración por el alma de Mikolai, y dado las últimas disposiciones para su entierro, volví á reunirme con la francesa y la rogué que instruyese á Ana, pasada la primera semana de duelo, en la lengua francesa y en la música.

—*Monsieur Henry*—respondió la señora de Ives, la cual, se veía bien, estaba asombrada de que yo obrase con tanta independencia,—lo haré con mucho gusto, porque quiero bien á esa muchachita; pero no sé si esto responderá á las intenciones de sus señores padres de usted, como también tengo dudas de que aquéllos estén de acuerdo con la posición en que quiere usted colocar á Ana. *Surtout pas trop de zèle, monsieur Henry!*

La oposición de la francesa me irritó no poco; pero me consoló algo el encontrar mejor acogida en el padre Luis. El buen sacerdote, el cual, por lo demás, había ya dado lecciones á Ana, no solamente consintió en ampliar la educación de la muchacha, sino que me alabó por mi eficacia.

—Veo—dijo—que te apresuras á justificar con solicitud la confianza que depositó en ti el moribundo. Aunque todavía eres un niño, tu celo te honra, á condición de que sea constante.

Nótese que el sacerdote estaba contento de mí. El padre Luis comprendía que aun cuando más de una cosa pudiera parecer pueril, el móvil era digno y puro, y que la semilla depositada por él en mi corazón comenzaba á dar frutos.

Por lo demás, yo era querido por el respetable anciano. En mi niñez le había temido; pero á medida que me acercaba á la edad de la juventud comencé á dominarle; había notado su debilidad por mí, y no tenía escrúpulos en aprovecharme de ella. También él quería bien á Ana, y no encontré de su

parte ningún inconveniente; en cuanto le fuera posible contribuiría gustoso á mejorar la suerte de la niña. También la señora de Ives tenía buen corazón y trataba á Ana con la consiguiente amabilidad. Así, pues, la huerfanita no tuvo motivo para quejarse de la falta de interés de nadie para con ella.

La servidumbre comenzó á no considerarla ya como de igual á igual, sino á tratarla como á la señorita de la casa. Desde el principio, mi padre había querido severamente que se obedeciese á las órdenes del amito, aun cuando fuese todavía un niño. Todos podían recurrir al amo ó al ama, en caso de que hubiese motivo, pero ninguno podía oponerse por sí á la voluntad del «señorito», como debía ser llamado. Tanto la servidumbre como mis hermanitas, se acostumbraron pronto á obedecer al mayor.

—Así, y no de otra manera—solía decir mi padre,—puede conservarse una familia.

Y en efecto: este derecho de familia, fundado en las costumbres más que en las leyes, y según el cual el primogénito era el heredero principal, subsistió durante siglos, de generación en generación. Así, pues, todos los servidores estaban acostumbrados á considerarme como al futuro amo.

Mi madre tenía una farmacia casera, y visitaba á los enfermos. Cuando el cólera hizo su inoportuna visita en nuestro país, ella pasaba noches enteras en las cabañas de los campesinos, sin dejarse intimidar por el contagio, que parecía absolutamente inevitable.

Mi padre temía por la vida de mi madre, pero no ponía obstáculo ninguno á su infatigable asistencia.

—Es un deber, es un deber...—repetía para sí á menudo.

Él también, no obstante su severidad, distribuía á los campesinos socorros de todo género; les condonaba las contribuciones, les pagaba las deudas, les ayudaba en casos de matrimonio, y servía de padrino á sus hijos. Mi padre nos enseñaba á estimar á los campesinos; devolvía á los más viejos el saludo, hasta quitándose el sombrero, y á menudo los llamaba

para consultar con ellos. En cambio, ellos querían mucho á nuestra familia, y á menudo lo probaban con los hechos.

He referido detenidamente todos estos particulares, para dar una idea de nuestra vida señorial, y para demostrar cómo para hacer de Ana una señorita no tenía que superar grandes dificultades.

Si encontré alguna resistencia, por lo demás pasiva, fue, más que en otros, en Ana misma: la pobre era demasiado tímida, y estaba educada por Mikolai con harto respeto hacia los ilustrísimos amos, para que pudiese pronto y fácilmente adaptarse á su nueva condición.

II

Tres días después de la muerte de Mikolai se verificó su entierro, al que acudieron todos los vecinos, queriendo cada cual rendir el último tributo á aquel viejo que, aun cuando fuese un simple servidor, era generalmente estimado y querido. Mikolai fue inhumado en el panteón de familia, al lado de mi abuelo el coronel. Durante la ceremonia no me separé del lado de Ana. Había ido conmigo en un coche, y yo tenía la intención de volver con ella del mismo modo; pero el padre Luis me rogó que invitase á los que habían acudido al entierro á que viniesen á comer á nuestra casa, y confié Ana á mi amigo y condiscípulo Selim Davidowitsch. El padre de mi amigo, Mirsa Davidowitsch, propietario y vecino de mi padre, descendía de una familia tártara y mahometana, pero que, establecida hacía muchos años en nuestro país, había obtenido títulos de nobleza y feudo.

Yo hube, pues, de volver con los Ustrycki, y Ana subió á otro coche con la señora de Ives y con el joven Davidowitsch. Vi cómo el excelente joven, después de haber cubierto á Ana con su pelliza, tomó las riendas de manos del cochero, arreó y partió al trote largo de los caballos. Llegada á casa,

Ana se retiró á su cuarto para dar rienda suelta á sus lágrimas. No pude seguirla, porque mi deber era, en unión del padre Luis, atender á los huéspedes. Por fin se marcharon todos, excepto Selim, el cual debía pasar conmigo las fiestas de Navidad para prepararnos al examen del bachillerato, que estaba próximo. Y, además, queríamos pasear juntos, ir de caza, tirar á las armas, ocupaciones éstas que preferíamos con mucho á la traducción de Tácito y Jenofonte.

Selim era un muchacho muy alegre, un burlón de primera, lleno de ingenio y sumamente simpático. En casa todos le querían; solamente mi padre le ponía algún «pero»... ¿quién sabe? tal vez le desagradaba que aquel joven tártaro tirase á las armas mejor que yo. En cambio, tenía una calurosa partidaria en la señora de Ives, porque hablaba el francés como un verdadero parisiense, y porque divertía mucho á la francesa con su charla y con sus bromas.

El padre Luis abrigaba la esperanza de convertirle al catolicismo, porque de cuando en cuando bromeaba á cuenta del islamismo; y tal vez lo que le mantenía afecto al Corán era el profundo respeto que profesaba á su padre. El anciano Mirsa era absolutamente fiel á la antigua tradición de su familia, á su religión.

Selim y yo nos queríamos como hermanos; algunas veces reñíamos, pero un minuto después hacíamos las paces; procurábamos estar juntos, él en mi casa ó yo en la suya, el mayor tiempo posible.

En la sala, en donde nos encontrábamos después de la comida, reinaba un profundo silencio. La señora de Ives se había retirado á su cuarto, comode costumbre, mientras el padre Luis paseaba por la habitación. Mis hermanitas jugaban en rededor de la mesa. Ana, Selim y yo estábamos sentados en un sofá cerca de la ventana, y seguíamos con los ojos las últimas luces de aquel corto día de invierno.

No tardó en anochecer por completo; el padre Luis nos dejó para ir á rezar sus oraciones; mis hermanas se fueron á

otra habitación, y nosotros nos quedamos solos. Selim iba ya á empezar á bromear, cuando Ana me dijo en voz muy queda:

—Tengo miedo... tengo mucho miedo.

—No tengas miedo, Anita—repliqué yo;—apóyate en mí. Estás conmigo, y no debes tener miedo de nada. Yo no tengo miedo, y te sabré defender en todo caso.

No decía yo la verdad. En medio de las sombras, y al pensar en la muerte de Mikolai, me encontraba en un estado de ánimo inquieto.

—¿Quieres que traigan luz?—pregunté.

—Lo ruego, sí.

—Selim, haz el favor de decir á Francisco que traiga luces.

Selim se puso en pie; poco después sentimos cierto rumor hacia la puerta; ésta se abrió, y Francisco entró seguido de Selim, el cual le cogió de un brazo, y zarandeándole dijo:

—Francisco: tu amo ordena que traigas luz, porque la señorita tiene miedo, ¿comprendes? Di lo que prefieres: ó traer la luz, ó que te rompa un hueso.

Francisco se apresuró á traer la luz; pero como su resplandor lastimaba á los ojos de Ana, todavía enrojecidos por las lágrimas, Selim la apagó.

Volvimos de nuevo á las sombras, silenciosos y muy juntos. La luna solamente hacía que penetrase en la habitación su argentada luz. Como me pareciese que Ana continuaba teniendo miedo, la estreché más contra mí.

—Selim, cuenta algo. Cuéntanos algo bonito. ¿No te parece, Ana?

—Ciertamente.

Selim, después de pensarlo un rato, comenzó así:

—En Crimea vivía en las selvas, más allá de los montes, una buena maga, llamada Lala. Sucedió una vez que el sultán pasó en coche por delante de su cabaña. Él vivía en un palacio sostenido por columnas de coral y de diamantes, y cubierto por techo de perlas. Este techo era tan grande, que se ne-

cesitaba andar un año entero para recorrerle de un extremo á otro. El sultán llevaba un turbante adornado con rayos de sol y estrellas verdaderas y lucientes; sobre el turbante brillaba una media luna, tallada por un mago con la luna misma, y regalada al sultán. Este, pues, pasó en su coche por delante de la cabaña de Lala, y lloraba tan amargamente, que las lágrimas caían fuera del coche, y donde caía una, germinaba al punto un lirio blanco. «¿Por qué lloras, sultán?», le preguntó la maga Lala. «¿Cómo no he de llorar?», contestó el sultán; «yo tengo una hija única, bella como la aurora, y he de entregarla al negro Damsa, el de los ojos de fuego, el cual todos los años...»

Selim se interrumpió, y preguntó:

—¿Duerme Ana?

—No, no duermo—contestó la niña, somnolienta.

—«¿Cómo no he de llorar?», dijo el sultán á la maga—continuó Selim.—«No tengo más que una hija, y he de entregarla á Damsa.» «No llores, sultán», dijo Lala; «monta en el caballo alado, y cabalga hasta el castillo del Borach...»

Y continuó narrando, hasta que se interrumpió de nuevo y miró á Ana. La niña, extenuada por el dolor y el llanto, se había quedado profundamente dormida. Apenas nos atrevíamos á respirar por miedo de despertarla.

Selim apoyó su frente en la mano y se entregó á sus pensamientos; yo alcé los ojos al cielo, y me parecía elevarme sobre alas de ángeles hasta aquellas celestes estrellas que brillaban. No me es posible expresar el dulcísimo sentimiento que me embargó mientras aquella criatura dormía tan tranquila y tan confiada sobre mi corazón. ¡Ah, cuánto amaba á Ana! En aquel tiempo la quería aún con el cariño de un hermano y de un protector, pero con un amor sin límites...

Me incliné sobre ella y rocé con mis labios su áurea cabellera. En aquel beso no había ni sombra de sensualidad; era inocente como yo mismo.

De repente Selim se puso en pie y murmuró:

—¡Qué feliz eres, Enrique!

—Sí, Selim; mucho.

Pero no podíamos permanecer allí sentados indefinidamente.

—No la despertemos; llevémosla con cuidado á su cuarto.

—Yo la llevaré; tú, ábreme la puerta—contesté.

Con exquisitos miramientos levanté en brazos á la niña; Selim abrió la puerta, y llegamos al cuarto que yo había destinado para Ana. Allí estaba la vieja Wenzrouska atizando el fuego. Cuando me vió entrar se apresuró á levantarse, y exclamó:

—¿Por qué la trae usted así, señorito? La muchacha podía haber venido por sí misma.

—¡Tía Wenzrouska!—grité con acento de cólera.—Ya te he dicho que Ana no es una muchacha, sino una señorita; ¿has comprendido? La señorita está muy cansada; no quiero que la despierten. Desnúdala y acuéstala. No olvides que es una huérfana á la que es preciso atender cariñosamente.

—¡Pobrecita! Sí, es una huérfana—repitió la buena mujer.

Selim y yo pasamos á tomar el té. Mi amigo se entregó á una franca alegría, que yo no logré compartir porque estaba triste y porque no estaba bien en un hombre como yo, investido de las funciones de tutor, la hilaridad del niño.

Mientras fuimos á la capilla para el rezo de la noche, Selim se quedó en el patio, donde comenzó á dar tales rugidos, que todos los perros de las cercanías comenzaron á ladrar á más y mejor.

—¿Estás loco, Selim?—le gritó el padre Luis.

—Perdone, reverendo: estoy rezando en mahometano.

—¡No te burles de tu religión, muchacho!

—Ya sabe usted, reverendo, que yo quiero hacerme católico. Solamente me detiene el temor á mi padre. ¿Qué me importa á mí Mahoma?

De este modo dió en el flaco del sacerdote, el cual no replicó; y, sin más, nos fuimos á dormir.

Selim y yo dormíamos en el mismo cuarto. Mientras me desnudaba, al ver que Selim hacía lo mismo sin rezar sus oraciones, le dije:

—¿Tú no rezas nunca, Selim?

—No; pero si lo deseas, lo haré en seguida.

Diciendo esto, se volvió hacia la ventana y gritó como cantando:

—¡Oh Alá! ¡Akbar Alá! ¡Alá Kerim!

Interrumpió de pronto su salmodia, y dijo:

—No creo en nuestro profeta. Además, no puedo negar que me gusta el vino. Pero no hay remedio; soy mahometano, y es preciso que continúe siéndolo. Por lo demás, creo en un Dios, y á veces le rezo, pero á mi modo y como me parece. Con esto basta.

Después se puso á hablar de otras cosas.

—Tengo unos cigarrillos excelentes, Enrique. Ya no somos niños, y podemos permitirnos el fumar.

—¡Vengan!

Selim saltó de la cama y me enseñó un paquetillo. Encendimos sendos cigarrillos, y fumamos en silencio unos momentos.

Después dijo Selim:

—Enrique, te envidio; ahora ya eres verdaderamente un hombre.

—¡Ya lo creo!

—Eres tutor. ¡Si me diesen también á mí alguna tutela!

—No es cosa tan fácil—repliqué;—y además, no se puede encontrar en el mundo á otra Ana. Pero ¿sabes una cosa?—añadí muy serio,—creo que no debo volver al colegio. Un joven que tiene en casa tales deberes, no puede ir más á la escuela.

—¿Estás loco? ¿No quieres estudiar más? ¿Y la Universidad?

—Tú me conoces, y sabes que me gusta el estudio; pero ante todo está el deber. La cosa podría arreglarse si mis padres me dejaran que me llevase á Ana á Varsovia.

—Seguramente que no te dejarán.

—Mientras esté en el colegio, claro que no; pero en cuanto vaya á la Universidad, no sé por qué no. Me parece que tú no sabes lo que es ser un estudiante de Universidad.

—Sí; primero puedes hacer de tutor, y después te casas con la pupila.

—Veo, Selim, que estás verdaderamente loco.

—¿Por qué no había de ser así? En los colegios, claro es que no puede uno casarse; pero sí en cuanto se pasa á la Universidad. Un estudiante, no sólo puede tener mujer, sino también hijos.

En aquel momento, poco sabía yo de los privilegios de los estudiantes universitarios; pero las palabras de Selim habían iluminado lo más recóndito de mi corazón. Me asaltaron de pronto mil ideas confusas, extrañas. ¡Casarme con ella! ¡Sí! El amor fraternal alimentado hasta entonces se me presentó con una nueva luz que me llenaba el corazón de un calor dulcísimo.

¡Casarme con ella! ¡Con Ana, con mi Ana de los cabellos de oro, con mi querida, con mi adorada Ana!

Repetí con voz apenas perceptible:

—¿Pero estás loco de veras, Selim?

—¿Por qué? Yo sé que estás enamorado de ella—replicó.

No dije más; apagué la luz y escondí el rostro en la almohada. ¡Era cierto, ciertísimo, que estaba enamorado!

III

Dos ó tres días después del entierro de Mikolai, volvió mi padre, al cual se le había comunicado la noticia telegráficamente. Yo temblaba al pensar que revocase mis disposiciones concernientes á Ana. Mis presentimientos se realizaron hasta cierto punto. Mi padre alabó mi celo, y hasta parecía felicitar-se de mi modo de obrar; por lo menos, repitió á menudo:

«Nuestra sangre, en todo nuestra sangre», cosa que solía decir cuando estaba contento de mí; pero no tenía la menor idea de lo poco desinteresado que mi celo era. Pero no todas mis disposiciones le agradaron, y tal vez la causa principal de ello fue el informe un poco exagerado de la señora de Ives. Sobre todo, desagradó á mi padre que Ana hubiese de recibir la misma educación y la misma cultura que mis hermanas.

—No me opongo ni me mezclo en ello; pero eso concierne á tu madre—me dijo,—que hará lo que mejor le parezca. Es preciso pensar, sin embargo, en lo que pueda convenir más á la muchacha.

—Pero, papá, la cultura no puede perjudicar nunca. Muchas veces te lo he oído decir.

—Sí, al hombre no puede perjudicar. Al hombre la cultura le ensancha la vida, y con ella puede alcanzar una posición elevada; pero en cuanto á las mujeres, es otra cosa: es preciso que su cultura se adapte á su condición, y particularmente á la que han de ocupar en el porvenir. Una muchacha como Ana no necesita más que una educación mediana; no la es necesario hablar francés, conocer las notas, etc. Con una cultura mediana, Ana podrá encontrar mucho más pronto un marido que la convenga. Aunque fuese un colono...

—¡Papá!

Él me miró asombrado.

—¿Qué hay?

Debí ponerme como la grana; mi cara ardía. El pensamiento de semejante boda, desde el punto de vista de mis esperanzas, de mi existencia, de mis propósitos, me pareció una herejía tal, que no pude contener una exclamación de cólera.

Y semejante herejía debía dolerme tanto más, cuanto que era mi padre el que la había proferido. Sus palabras me hicieron el efecto de un mazazo. Abrieron en mí una herida. Juntamente con el dolor, experimenté una especie de aversión, y no contra mi padre, sino contra Ana. Pero con ayuda del espíritu de contradicción que es propio de los jóvenes, rechacé

pronto y para siempre de mi alma aquel sentimiento. Mi padre no acertaba á explicarse mi enojo, y lo atribuyó á un exagerado sentimiento del deber, propio de mi edad, y no solamente no le indignó, sino que le agradó, hasta el punto de que moderó su oposición á una educación más elevada para Ana.

Quedó convenido en que escribiría yo á mi madre, la cual debía permanecer algún tiempo todavía en el extranjero, y la rogaría que tomara, respecto de Ana, una decisión definitiva.

No creo haber escrito nunca una carta tan larga y tan expansiva. Participé á mamá la muerte de Mikolai, sus últimas palabras, mis deseos, los temores y las esperanzas; toqué todas las cuerdas de su corazón amante, que siempre desbordaba de compasión hacia los demás. Le pinté con los más vivos colores los tormentos de la conciencia, que ciertamente me estaban reservados si no hiciéramos por Ana cuanto pudiéramos; en suma: según mi parecer, aquella carta era una verdadera obra maestra, que de todos modos debía surtir su efecto. Tranquilizado por este lado, esperé con paciencia la respuesta, la cual no se hizo esperar mucho, y vino con una carta para mí y otra para la señora de Ives. Había vencido en toda la línea. No solamente declaraba mi madre que estaba de acuerdo conmigo en lo referente á que Ana recibiese una educación y una cultura elevadas, sino que lo recomendaba con urgencia.

Mi victoria fue, pues, completa, y Selim no se alegró menos que yo, porque todo lo de Ana le interesaba tanto como si él mismo fuese el tutor. A decir verdad, su interés por la huérfana, y las atenciones y miramientos con que la distinguía en todas ocasiones, comenzaron á parecerme sospechosos y á causarme enojos; tanto más, cuanto que mi actitud para con Ana desde la noche memorable en que comprendí mejor lo que me inspiraba, había cambiado por completo. En su presencia me sentía acobardado, y la familiaridad infantil con que hasta entonces la tratara había desaparecido.

Hacía pocos días que aquella niña había reposado tranqui-

lamente sobre mi pecho, y al pensarlo ahora me estremecía; antes la besaba al darla los buenos días ó las buenas noches, y ahora temblaba al simple contacto de su mano, como si tocase un hierro candente. En adelante tuve para Ana el mismo respeto que puede inspirar el objeto del primer amor. Si ella inconscientemente se estrechaba contra mí como antes, me parecía profanarla. Este amor, en suma, ya doloroso, ya lleno de alegría, me tenía sumido en un estado que jamás había conocido. Si hubiese podido desahogarme en llanto, y, para decir verdad, más de una vez estuve á punto de ello, me hubiera aliviado. Confesárselo á Selim no quería, temiendo la explosión de su buen humor y de sus bromas. Estaba convencido de que, por de pronto, hubiera tomado parte activa en mi sentimiento; pero, ¿quién me garantizaba que al día siguiente no se burlase de mí y rompiera el encanto en que me mecía?

Así, pues, ocultando mi amor á los ojos de todos, apenas me atrevía á confesármelo á mí mismo. Tampoco tenía la menor idea de declarar mis sentimientos á Ana: la amaba, y me bastaba. Solamente de cuando en cuando, al encontrarme á solas con ella, sentía impulsos de arrojarme á sus pies y besarle el borde del vestido. Selim, por el contrario, loqueaba, reía, bromeaba como siempre, y estaba alegre por todos nosotros. Hasta consiguió arrancar una sonrisa á Ana, al proponer un día durante el almuerzo, al padre Luis, el que se hiciese mahometano para casarse después con la institutriz. Ni la señora francesa ni el padre Luis podían incomodarse con tales cosas, porque Selim sabía mirarles tan seductoramente, que todo terminaba en una explosión de risa.

En su actitud para con Ana se traslucía cierta ternura, y, digámoslo también, cierta simpatía, pero sin que yo diera á todo esto gran importancia, al verle siempre de broma. Sin embargo, tenía con ella más confianza que yo, y era también fácil observar que ella le veía con agrado, porque en cuanto entraba Selim se animaba el rostro de la muchacha. De mí y de mi melancolía se burlaba en grande, considerándola como

una seriedad ficticia, y creyendo que yo quería presumir de hombre prematuramente.

—Ya verán cómo éste se va á hacer cura—decía.

En tales ocasiones dejaba yo caer al suelo el primer objeto que tenía á mano, para tener el pretexto de inclinarme á recogerlo y ocultar así mi turbación; y el padre Luis tomaba un polvo de rapé, diciendo solemnemente:

—¡A la mayor gloria de Dios, á la mayor gloria de Dios!

Llegó, de esta manera, el término de las vacaciones de Navidad; mis secretas esperanzas de poder quedarme algún tiempo más en casa no se realizaron, porque una tarde le fue anunciado al «grave tutor» que á la mañana siguiente tenía que ponerme en camino. Se decidió que saliéramos muy temprano, porque habíamos de detenernos un poco en Corzelli para que Selim se despidiera de su padre. Así, pues, antes de las seis de la mañana, ó sea de noche todavía, estábamos en pie.

¡Ah! mi corazón estaba bastante más sombrío, más triste y más tempestuoso de lo que pudiera estar aquella mañana de invierno. También Selim estaba de mal humor. Apenas hubo saltado de la cama, declaró que este mundo era estúpido y estaba estúpidamente ordenado, en lo que me encontré de acuerdo con él. Después nos vestimos ambos, y desde la llamada «Hospedería» pasamos á la casa para tomar el desayuno. El patio estaba todavía á oscuras; un viento frío nos arrojó al rostro copos de nieve; las ventanas del comedor estaban ya iluminadas; el coche que nos debía llevar estaba ya dispuesto ante la puerta; colocaron nuestros baúles en el techo, mientras los caballos hacían sonar sus cascabeles, y los perros saltaban y ladraban en rededor. Todo esto, considerado en conjunto, hacía una impresión tan triste, que mi corazón se oprimió dolorosamente. Cuando entramos en el comedor estaban ya esperándonos mi padre y el padre Luis.

Ana no estaba allí.

Yo tenía la mirada fija en la puerta de su cuarto, y el co-

razón me palpitaba violentamente. ¿No se dejará ver?—pensaba.—¿Me marcharé sin despedirme de ella? Después mi padre y el padre Luis comenzaron á darnos consejos, á hacernos advertencias, á exhortarnos; y á pesar de decirnos que ya no estábamos en edad de que fuese necesario recordarnos nuestro deber, no hacían otra cosa que repetírnoslo. En cuanto á mí, sus palabras me entraban por un oído y me salían por otro. Masticaba el alimento y lo daba vueltas entre la boca sin poder ingerirlo, y ni siquiera podía hacer que me pasara la bebida, cuando de repente sufrí un estremecimiento. Había oído cierto rumor en el cuarto de Ana; mi agitación era tanta, que no podía estar quieto en la silla.

Por fin se abrió la puerta, y avanzó, con traje de mañana y sus rizos recogidos por papeles, la señora de Ives, que me abrazó cordialmente; yo, en cambio, la hubiera tirado con gusto un vaso á la cabeza, por la ira que me dió la desilusión sufrida. Ella manifestó su esperanza de que dos valientes jóvenes como nosotros lo pasaríamos muy bien, y Selim declaró que el recuerdo de los rizos de la dama le quitaría la fuerza necesaria para ello. Y Ana, sin parecer.

Pero estaba escrito que yo, pobre de mí, había de apurar el cáliz hasta las heces. Cuando nos levantábamos de la mesa entró Ana. Estaba todavía un poco somnolienta; tenía los ojos ligeramente enrojecidos, y sus cabellos de oro ornaban su cabecita en pintoresco desorden. Su mano ardía cuando se la estreché al darla los buenos días, y se me ocurrió la idea de que el sentimiento por mi marcha la había puesto febril; ya en la imaginación me representaba yo la más bella escena de amor, pero no fue más que un sueño. Mientras tanto, mi padre y el padre Luis salieron para ir á buscar algunas cartas que debíamos llevar nosotros. Selim estaba entretenido fuera de la puerta con un perrazo que por allí andaba, de suerte que me quedé solo con Ana. Los ojos se me llenaron de lágrimas, y tuve en la punta de la lengua las más dulces, las más afectuosas palabras de amor. No quería confesarla mi pasión hacia

ella, pero sentía impulsos de murmurarla al oído: «Querida, adorada Ana», y cubrirla las manos de besos.

Había llegado el momento favorable para una tal declaración, porque en presencia de los otros no hubiera podido hacerlo, aunque hubiese sido posible, sin llamar la atención. Pero dejé pasar de un modo imperdonable aquella buena ocasión. Me acerqué á ella, la cogí una mano con tan poca decisión, con tan poca gracia, que me avergüenzo de ello, y exclamé: «¡Ana!» Pero lo dije con una voz tan extraña para mí mismo, que me interrumpí al punto y me callé. Me hubiera destrozado con mis propias manos.

Mientras tanto, Ana había dicho:

—¡Dios mío, qué triste va á estar esta casa hasta su vuelta!

—Vuelvo por Pascua—respondí en voz baja, pero con un ronco y extraño acento de bajo profundo.

—¡Ah! ¡queda tanto tiempo desde ahora hasta Pascua!

—No mucho...—murmuré de nuevo.

En aquel momento se precipitó en la habitación Selim, y detrás de él mi padre, el padre Luis, la señora de Ives y otros.

—¡Al coche, al coche!—oí que decían.

Todos nos acompañaron hasta él. Mi padre y el padre Luis me abrazaron de nuevo, y cuando llegó el turno de las despedidas á Ana, sentí un irresistible impulso de estrecharla entre mis brazos y besarla como antes... pero no tuve fuerzas.

—¡Adiós, querida Ana!—dije estrechándola las manos, mientras se agolpaban á mis labios mil palabras afectuosas, y mi corazón sangraba por el dolor de la separación.

De pronto vi que Ana lloraba, y súbitamente se mostró en mí el espíritu de contradicción, y sentí un extraño impulso de ahondar en mi propia herida, como jamás lo he experimentado en mi vida. Aun cuando se me despedazaba el corazón, dije ruda y fríamente:

—No llores: tú no tienes ningún motivo para llorar, Ana. Y, diciendo esto, subí al coche.

Mientras tanto, Selim se había despedido de todos. Se acer-

có á Ana, la cogió las dos manos, y á pesar de la reserva de la joven, se las llenó de ardientes besos. En aquel momento hubiera dado con gusto la vida por poder apalearlo con motivo. Después que hubo así besado las manos de Ana, subió á su vez al coche. Mi padre gritó:

—¡En marcha!

El padre Luis nos bendijo, haciendo sobre nosotros la señal de la cruz. El coche arrancó sobre la nieve.

—¡Infame! ¡miserable!—exclamaba en mi corazón la voz de la cólera.—¿Así te has separado de tu Ana? ¿Ese es el adiós que le has dicho? ¡La has lastimado, la has censurado por las lágrimas que la pobre huérfana derramaba por tu amor!

Me tapé con la manta y comencé á llorar como un niño, pero de modo que Selim no lo notase. Sin embargo, hube de comprender que Selim lo había notado perfectamente, y que si al principio había hecho como si no lo notara, fue porque también él estaba muy conmovido. No habíamos llegado aún á Corzelli, cuando me dijo:

—¡Enrique!

—¿Qué hay?

—Estás llorando.

—¡Déjame en paz!

Reinó de nuevo un profundo silencio. A los pocos instantes volvió á llamarme:

—¡Enrique!

—¿Qué pasa?

—Estás llorando.

No le contesté. De pronto se inclinó fuera del coche, cogió un puñado de nieve, me quitó la gorra, me puso la nieve en la cabeza, me volvió á poner la gorra, y dijo:

—Así: la nieve te refrescará.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

(Continuará.)

EL SEGUNDO CONGRESO INTERNACIONAL

DE

CIENCIAS HISTÓRICAS

SEGUNDO ARTÍCULO

Sabido es el valor relativo que tienen las votaciones en los Congresos de carácter científico. Por fortuna, sobre las cuestiones doctrinales no logra ninguna eficacia el régimen de las mayorías, y á nadie se le ocurre acudir á él con ánimo de fijar la verdad. La única aplicación legítima que tiene es la que he indicado con motivo de ciertas discusiones sobre puntos dudosos; v. gr., el de la edad de bronce ó el del tránsito de la cremación á la incineración (1); y aun en estos casos, no hay propiamente votación, ni se pide jamás. Basta que se exprese el juicio de una mayoría de especialistas en el sentido de no haber términos hábiles para una afirmación decisiva. La reserva se impone inmediatamente á todos los que investigan con sinceridad, y la conclusión negativa vence, no para ultimar la cuestión, sino, por el contrario, para dejarla abierta y libre de toda fórmula anticipada.

Las votaciones propiamente dichas recaen sobre proposiciones de carácter práctico, que se refieren, ya á la acción de los Gobiernos sobre la vida científica, ya á la participación de varias colectividades en una obra común, ya á la necesidad de ciertas publicaciones ó empresas oficiales ó privadas. Si el

(1) Véase artículo primero, párrafo II, Arqueología.

acuerdo se dirige á promover una acción gubernamental (de un Estado ó de varios), queda, como es natural, pendiente de la aquiescencia de los Gobiernos; pero ocioso es decir que en la mayoría de los casos, y cuando no se piden imposibles, el ruego de una asamblea en que suelen figurar las primeras autoridades científicas del mundo, es bien acogido por los poderes públicos de las naciones civilizadas que se preocupan por el progreso científico. De este modo, los Congresos obran como impulsores de la función docente tutelar del Estado, y como directores de ella, señalando en cada momento el camino que debe seguirse para satisfacer las necesidades actuales.

Más importancia que estos acuerdos tienen, á mi ver, los que se refieren á la acción privada de las colectividades científicas ó de los cultivadores de una rama especial de conocimientos. Deriva esa importancia de la influencia que tales acuerdos han de ejercer, necesariamente, sobre la libertad y la verdadera descentralización de las investigaciones, y de la costumbre, que poco á poco van estableciendo, de la cooperación internacional, indispensable para obtener con el menor gasto posible de fuerzas y con la unión de todas las que son aptas para el fin buscado, resultados que exceden enormemente de los que pueden obtener aisladamente cada una de ellas. Ya dije al comenzar esta reseña, que en esto consistía, á mi juicio, el interés mayor de los Congresos internacionales y, en particular, por lo que toca á los estudios históricos, el del Congreso de Roma. Indirectamente, los más altos ideales humanos, desde el punto de vista del internacionalismo racional, reciben también, de este género de votos, un impulso de los más eficaces y valederos. La obra de la paz universal y de la dulcificación de las asperezas nacionalistas, que tanto dividen á los hombres, sólo puede cumplirse á la larga por la influencia de dos grandes colectividades, cada una de las cuales tiene su esfera propia de acción: la masa de los trabajadores manuales y la de los obreros de la inteligencia.

Veamos ahora las conclusiones más importantes entre las

cincuenta y seis que votaron las distintas Secciones del Congreso.

Pueden formarse de ellas cinco grupos: 1.º, conclusiones relativas á la investigación de documentos; 2.º, de publicaciones científicas; 3.º, de Museos, exploraciones y trabajos arqueológicos; 4.º, de enseñanza; 5.º, de asociaciones internacionales.

*
* *

En la cuestión de los documentos había dos puntos de gran interés que resolver ó, por lo menos, que discutir para aunar los votos de todos los representantes con el fin de ejercer una acción colectiva cerca de los Gobiernos. El primer punto era el relativo á la libertad de investigación en general y, especialmente, por lo que toca á los documentos de la época contemporánea. El segundo se refería al préstamo de códices.

El profesor Gorrini, Secretario general del Congreso, fue autor de la proposición referente á la libertad de los archivos. Abrazaba aquélla varios extremos íntimamente relacionados: 1.º, que, en interés de las investigaciones y publicaciones de historia contemporánea, se procure regular los límites del tiempo y las formalidades actualmente establecidos ó impuestos á la consulta libre y á la publicación de los documentos que se guardan en los archivos públicos; 2.º, que se establezca un límite de tiempo lo más próximo posible á nuestros días; 3.º, que se den las mayores facilidades de trabajo á los profesores, académicos y estudiosos, suprimiéndose la actual presentación obligada de las copias y extractos para el *visto bueno* y otras formalidades análogas. No hubo propiamente discusión más que sobre el segundo extremo. Como de costumbre en casos tales, se manifestaron tres tendencias: una radical, representada por Vicchi, quien pidió que no se fijase ningún límite de tiempo para las investigaciones; otra, de excesiva prudencia, cuyo defensor, el profesor Uzielli, opinaba que debía dejarse á cada uno de los Estados la facultad de fijar por sí el lí-

mite, según las especiales condiciones de su historia nacional; la tercera, apreciando los escrúpulos políticos que, sin duda, opondrían todos los Gobiernos, y el peligro que puede haber en dar á luz documentos demasiado recientes, sostuvo la necesidad de fijar una fecha común á todos los Estados (cosa posible, dada la unidad de la historia europea moderna), tomando por base un momento señalado en el siglo XIX. Uno de los sostenedores de esta tendencia fue el ilustre profesor Stern, cuya *Historia de Europa desde 1815 á 1871* goza de autoridad universal, y á quien España debe agradecer importantes investigaciones relativas al reinado de Fernando VII (1). Stern propuso la fecha de fines de 1847, y lo mismo opinaron Monod, Sagnac y Bresslau. Prevalció esta opinión, y los tres puntos de la proposición Gorrini, concretada de este modo, fueron aprobados: el 1.º, por unanimidad; el 2.º, por gran mayoría; el 3.º, por aclamación.

La proposición relativa al préstamo se votó en los términos siguientes por varias Secciones: «... que el préstamo internacional de códices, que ahora se efectúa por el intermedio del Ministerio de Estado, lo hagan directamente las Bibliotecas». La presentaron los profesores Vossler, Hauvette y Flamini.

Las conclusiones referentes á la publicación de *Corpus*, *Albums*, *Atlas*, etc., fueron numerosísimas. Á varias de ellas he aludido en el artículo anterior. Mencionaré aquí algunas más.

Sección I. — Catalogación completa de los manuscritos griegos y latinos de todos los Estados; ídem de los manuscritos de aquellos escritores que más influyeron en la civilización medioeval; comunicación bibliográfica internacional y fomento de las publicaciones de esta clase; colección de papiros literarios griegos, particularmente de los homéricos.

Sección II.—Publicación del *Corpus chartarum Italiae*, so-

(1) He dado á conocer este libro en la *Rev. crítica de historia y literatura*, tomo III (1898). La primera parte (1815-1830), que comprende tres tomos (Berlín, 1894-1901), está ya terminada.

bre la base de las investigaciones emprendidas por los Ministerios de la Guerra, de Gracia y Justicia y de Instrucción Pública en los archivos eclesiásticos, y con la cooperación unida de las Diputaciones y Sociedades locales (de historia) y el Instituto histórico (Florencia).

Sección III.—Recomendación de auxilio oficial para el repertorio bibliográfico italiano, propuesto por D'Ancona y Fumagalli.

Sección IV.—Recomendación de igual índole que la precedente, para publicar los atlas paletnográficos propuestos por el profesor Pigorini.—Formación de un *Corpus* de miniaturas (reproducciones), especialmente de la Edad románica y del Renacimiento; nuevas reglas para la publicación de las obras de Leonardo de Vinci, debiendo preferirse, ante todo, las inéditas, y ordenando la impresión por códices y no por materias; que uno de los volúmenes de la colección de índices y catálogos bibliográficos, publicada por el Ministerio de Instrucción Pública, se destine á la descripción de los códices musicales ó relacionados con la música.

Sección V.—Excitación al Real Instituto histórico italiano para que forme una compilación bibliográfica de los documentos de historia jurídica italiana, distribuídos por regiones; ídem al propio Instituto, con la cooperación de otras corporaciones científicas (italianas y extranjeras) para la publicación de cartas topográficas de las circunscripciones de los Municipios romanos, y de los Condados y Diócesis medioevales.

Sección VI.—Publicación de un gran atlas histórico de Italia, precedido por un glosario de nombres territoriales italianos que se encomienda á la Sociedad geográfica, de acuerdo con las históricas y científicas regionales. Trató también esta Sección de la conveniencia de editar científicamente el *Liber secretorum fidelium Crucis* de Sanudo el Viejo.

Sección VIII.—Recomendación al Gobierno italiano para que encargue á la Academia dei Lincei el examen de las obras manuscritas de Evangelista Torricelli, con el fin de publicar

las que merezcan serlo; publicación de un catálogo de los manuscritos científicos existentes en las bibliotecas y archivos italianos, y de las obras científicas de Volta.

Al grupo tercero de conclusiones pertenecen las siguientes, que escojo entre muchas más:

Sección II.—Acrecentamiento de las exploraciones en Creta y demás tierras levantinas en que dominó la república de Venecia, para el hallazgo de los monumentos de arte veneciano, y conservación cuidadosa de los ya conocidos; aumento del presupuesto destinado á las excavaciones arqueológicas en Italia.

Sección IV.—Acción común y uniforme de todos los países civilizados para la defensa de las obras de arte existentes en lugares públicos y su inamovilidad, considerando que tales obras tienen «en su lugar de origen una importancia artística é histórica especial, una propia y alta significación, que se menoscaba cuando se las lleva á otro punto»; reglamentación de las restauraciones de pinturas antiguas para evitar que resulten perjudicadas, y de la conservación y traslado de los frescos existentes en edificios que amenazan ruina; nuevos principios de clasificación de monetarios (en vez del orden alfabético el geográfico-topográfico, respecto de las zecas, y el histórico-cronológico en las ilustraciones); creación de un Museo de arte dramático italiano, por cuenta del Gobierno, si fuera posible.

*
* *

Las conclusiones relativas á la enseñanza y educación son de un interés excepcional, y muestran cómo va arraigando y extendiéndose el sentido realista en la pedagogía de las ciencias históricas.

Sección I.—A propuesta del profesor Ricci, acordó aconsejar que en los principales centros universitarios, y en el mayor número posible de liceos, se establezcan «gabinetes epigráficos y arqueológicos que contengan calcos en cartón ó

yeso y reproducciones fotográficas..., no sólo de objetos de la antigüedad, sino también de inscripciones, y, en especial, de las más importantes para la historia literaria, política y artística de la región»; é igualmente, que «los profesores de arqueología y antigüedades clásicas incluyan en su programa un curso de epigrafía, y que se aumente el número de las enseñanzas superiores de epigrafía itálica, griega y latina, y el de los manuales y atlas populares de este género, accesibles á los profesores y á los alumnos universitarios y de segunda enseñanza, como complemento de sus estudios clásicos y excitación para otros ulteriores». Quizá hay en esta conclusión, por lo que se refiere á los alumnos de los liceos y gimnasios, algo de exageración especialista. Bastaría, en rigor, para ellos, con la creación de los gabinetes mencionados, y su utilización en los cursos generales de historia y de filología clásica.

Sección IV.—Su conclusión se refiere, más bien que á la organización de los estudios, á la metodología, y tiene con esto una importancia mayor que la consignada anteriormente. La Sección declaró su deseo de que «en los Institutos artísticos se enseñe con arreglo á métodos prácticos, con la ilustración histórico-artística de todos los objetos presentes á los alumnos, ya originales, ya en reproducción, teniendo en cuenta las tendencias profesionales y procurando elevar la cultura de aquellos Institutos». En los de carácter técnico, en los gimnasios y en los liceos, la Sección desea que «se enseñe, no sólo desde el punto de vista técnico ó de la distinción de los estilos arquitectónicos, sino en conjunto, no cabiendo separar la arquitectura de las demás artes, si se quiere que los ingenieros arquitectos den unidad artística á sus composiciones». Por lo que toca á la Universidad, pide que «se enseñe, generalmente, la historia del arte medioeval y moderna para educar á los profesores futuros de las demás escuelas». Excuso llamar la atención sobre el sentido antiespecialista de la segunda parte de este voto, y sobre la discreta diferenciación de la enseñanza que señala la primera parte. Igual tendencia educativa tiene la

conclusión referente á la enseñanza de la música, que dice así: Que se amplíe el estudio «de la historia de la música en los Institutos musicales, *poniendo constantemente en relación la producción musical con la historia civil* y con las otras manifestaciones de la vida intelectual en la época en que florecieron los compositores y se desarrollaron las varias formas musicales». Con relación á ello, la Sección «cree oportuno que se tomen medidas *para elevar el grado de cultura* de los alumnos de los Institutos musicales».

También hizo votos la Sección por que en las escuelas elementales se enseñe la música, reducida al canto, y por que en los programas universitarios se incluya la historia musical. Sabido es que en algunas Universidades extranjeras (como en muchas de las medioevales, incluso de las españolas) existe, en efecto, esa asignatura.

Sección V.—Los profesores italianos aprovecharon la ocasión del Congreso para mostrar su legítimo descontento por las últimas reformas de los estudios jurídicos. Conforme á ellas, se ha rebajado á un año el tiempo que antes se dedicaba á la historia del Derecho. El tema fue iniciado por Del Giudice con carácter general, y recogido y aplicado á la cuestión candente por Landucci. Tras él vinieron Semeraro, Scaduto, Quintili, Scialoja, Minguzzi, Ruffini, Gaudenzi, y extranjeros como Gierke, Ehrlich, Saleilles y Galante (éste, aunque italiano de origen, es profesor en Innsbruck). El resultado de la discusión fue aprobarse la conclusión siguiente: «La Sección jurídica del Congreso histórico hace votos por que las enseñanzas históricas no se disminuyan en las Facultades europeas y que, particularmente en Italia, se restituya al estado que antes tenían los estudios de historia del Derecho romano-italiano y de Derecho eclesiástico».

Excuso decir que la conclusión nos coge de lleno. Más de una vez lo he pedido así, en artículos publicados en revistas y diarios españoles. La tarde en que discutió este punto la Sección V del Congreso, no estaba yo presente, por hallarme ocu-

pado en la Sección II con la información sobre los estudios históricos generales; pero al siguiente día me adherí á la petición, y expuse á mis colegas italianos y franceses el lugar escaso y, á mi juicio, poco oportuno, que en el plan de la Facultad de Derecho ocupa la Historia. Entre nosotros no se trata de reponer las cosas á su antiguo estado, sino de ampliar la iniciativa de la reforma de 1883, organizando de otra manera la parte histórica de la enseñanza jurídica.

Sección VIII.—En el artículo anterior hemos dicho que esta Sección dedicó una de sus reuniones especialmente á discutir las cuestiones de enseñanza. He aquí sus conclusiones en este punto:

«Considerando que es de excepcional importancia que se conceda á la historia de las ciencias el puesto que de derecho le corresponde en la enseñanza:

»Considerando igualmente lo expuesto en las deliberaciones de la Sección V del Congreso de historia comparada, celebrado en París, en junio de 1900,

»Emite el voto:

»1.º De que tal enseñanza se establezca mediante la creación de cursos universitarios, divididos en cuatro series: 1.ª Ciencias matemáticas y astronómicas; 2.ª Ciencias físicas y químicas; 3.ª Ciencias naturales; 4.ª Medicina.

»2.º Que tales cursos se incluyan entre los complementarios.

»3.º Que la habilitación para regentar cátedras libres pueda aplicarse á esas enseñanzas.

»La Sección expresa igualmente su deseo de que se introduzcan en los programas de las enseñanzas correspondientes de las Escuelas medias, rudimentos de historia de las ciencias referidas.»

El quinto grupo de conclusiones no es numeroso, pero sí importante. A él pueden referirse, además de las que mencionaremos á continuación, muchas de las incluídas en el grupo

de publicaciones, según ya indicamos en el artículo primero.

La Sección IV acordó fundar una «Asociación internacional de cultivadores de la historia del arte medioeval y moderno», y encargó á su presidencia el nombramiento de un comité provisional, que fijará las bases para la indicada Asociación y el esquema de los estatutos.

En la primera reunión del grupo de Archivología, Bibliografía y Ciencias auxiliares, el Sr. Pribam, después de disertar sobre la empresa de una bibliografía histórica universal, propuso que se discutiera este asunto para ver de llegar á una ejecución práctica lo más pronto posible. Aceptada esta iniciativa, se acordó nombrar una Comisión internacional, á propuesta de los señores Pribam, Crivellucci, Monticolo y Hartmann, para que prepare la bibliografía indicada por el señor Pribam, de modo que pueda ya presentarse en el futuro Congreso internacional. Esta Comisión ha quedado constituída con los señores Crivellucci y Monticolo, profesores, respectivamente, de las Universidades de Pisa y Roma, y autores de un «Anuario bibliográfico de historia de Italia», y por delegados de todas las naciones presentes en el Congreso de Roma. Según comunicación del profesor Crivellucci, que tengo á la vista, forman parte de ella, entre otros, los señores Jaroslav Goll, de Praga; Andreass Veress, de Hungría; Pelissier, de Francia, etc. La representación de España ha recaído en mí, por bondadosa indicación, que agradezco profundamente, de mis colegas italianos; y como claro es que la empresa excede en mucho á mis fuerzas aisladas, espero recibir las instrucciones referentes á la organización de los trabajos oportunos, para solicitar el concurso valioso de los especialistas españoles que, si no concurrieron al Congreso de Roma, seguramente querrán coadyuvar al buen éxito de la próxima reunión.

Interesa saber, antes de pasar á otras cuestiones igualmente interesantes, que el presidente general del Congreso, el ilustre profesor Villari, hizo hincapié en su discurso de clausura sobre los acuerdos para realizar trabajos colectivos, tomados

por varias corporaciones italianas y extranjeras y por grupos de historiadores, haciendo resaltar la importancia de este hecho. Manifestó también que el Ministro de Instrucción Pública había decidido la publicación del tercer volumen de las inscripciones de G. B. de Rossi, y que se pensaba en crear en Roma una Escuela histórica, á ejemplo del Instituto que existe en Florencia desde hace años.

*
* *

Como siempre ocurre, las cincuenta y seis conclusiones aprobadas no representan el total de las que se presentaron al Congreso. Entre las rechazadas quiero recordar aquí una que encierra alto sentido pedagógico, y que seguramente hubiera sido aprobada de no haber involucrado su autor dos cuestiones de carácter distinto, una de ellas muy discutida, y respecto de la cual el acuerdo entre los historiadores tardará aún en producirse. La conclusión, propuesta por el joven profesor Moritz Hartmann—un espíritu culto y generoso, que arrastra tras de sí las más vivas simpatías—estaba redactada en estos términos:

«La Sección II del Congreso hace votos por que el método de enseñanza en todos los países sufra una transformación en el sentido de dar la mayor importancia á la historia de la cultura, de la economía y del derecho público, y de omitir *todos aquellos recursos historiográficos con los que se suele excitar, pecando contra la objetividad histórica, el odio hacia las naciones extranjeras.*»

Moritz Hartmann defendió elocuentemente, en un corto discurso dicho en alemán, su propuesta. El momento estaba bien escogido. Acababa de cerrarse la información internacional sobre la organización de los estudios históricos de que he hablado en el primer artículo, y el ánimo de los congresistas (de muchos de ellos, cuando menos) hallábase bien preparado para acoger una excitación tan conforme, en su segunda parte, con la imparcialidad científica.

Puedo asegurar que el primer efecto producido por la moción de Hartmann en el grupo de oyentes en que yo me encontraba, fue de sincera simpatía. Me figuro que todos debieron pensar, como yo pensé, en la deformación chauvinista que en muchos países se hace sufrir á la historia, ya sirviéndose de ella en lo que se llama comúnmente educación ó instrucción cívica, ya subordinándola á fines políticos y patriotes más ó menos razonables. Por desgracia, como ya indiqué al principio, la proposición abrazaba dos cuestiones distintas, cuya heterogeneidad fácilmente se advierte. La primera era nada menos que la batallona cuestión de la supremacía de la *Kulturgeschichte* ó de la historia política, acerca de la cual reinan aún muchas vacilaciones, sobre todo en Alemania, vibrante aún con las polémicas de Lamprecht y sus contradictores. Indudablemente, la Sección II no podía resolver, de plano y sin una amplísima discusión no prevista, este punto doctrinal. Así lo hizo notar el profesor Bresslau, al proponer que se rechazase la conclusión de Hartmann. ¿Influyó también en la actitud de Bresslau, como alemán, alguna reserva de otra índole respecto de la segunda parte de la conclusión? Tal vez sí.

Quizá hubiera podido rechazarse la primera parte y deliberar sobre la otra; pero esto nos hubiese empeñado en una discusión respecto de la cual no vi muy dispuestos á los congresistas, probablemente porque la cosa les cogió de sorpresa. Nadie se decidió á indicar este camino, no atreviéndose á ser más papistas que el Papa, puesto que Moritz Hartmann no replicó lo más mínimo á la objeción de Bresslau, ni intentó separar las dos cuestiones involucradas. Y así se perdió una ocasión preciosa de declarar solemnemente la repulsión de los historiadores científicos y de los hombres imparciales y amigos de la paz, hacia la servidumbre chauvinista que algunas gentes, cegadas por el patriotismo, hacen sufrir á la historia.

Circuló también entre los congresistas otra proposición (impresa) que no llegó á discutirse. Referíase á la fundación, en Venecia, de un «Instituto internacional de historia y de his-

toria del arte». La firmaban los Dres. P. Herre, G. Gerola y G. Ludwig. He aquí su razonamiento, brevemente resumido:

El Instituto, como ya indica su nombre, debería ser universal, aunando los esfuerzos de todas las naciones y prestando á los estudiosos de todas ellas útiles servicios. La extensión que podrían alcanzar éstos se deduce del hecho, bien conocido, de la gran riqueza de documentos y monumentos de historia y arte que se conservan en la hermosa ciudad adriática. Baste decir que sólo en el Archivo de Estado se reciben anualmente, de todas partes del mundo, más de 400 peticiones de copias ó consultas. El nuevo Instituto tomaría á su cargo este importante y difícil servicio, así como el de reproducciones fotográficas ó pictóricas de documentos y obras de arte. Facilitaría, además, á los eruditos que visitan Venecia, el estudio de las fuentes, tanto en los archivos y colecciones oficiales como en los municipales y particulares de todo el antiguo territorio de la República.

La organización del propuesto Instituto se establecería sobre la base de un presidente honorario y tres secretarios retribuídos, elegidos por un comité que formarían los jefes de los centros científicos de Venecia y del cuerpo consular.

Los firmantes solicitaban la adhesión personal de los congresistas y la indicación de asociaciones ó individualidades que pudiesen coadyuvar con donativos pecuniarios á la realización del proyecto.

*
* *

Muchos congresistas, gran parte de las corporaciones y sociedades italianas de carácter histórico y algunos Gobiernos, hicieron al Congreso donativos de publicaciones. Con éstas se formó una exposición muy interesante en uno de los salones de la Biblioteca Nacional, aneja al Colegio Romano. De algunos de los donativos había varios ejemplares, que graciosamente se repartieron entre los miembros de las diferentes Sec-

ciones (1). El del Emperador de Alemania, verdaderamente regio y consistente en dos hermosos volúmenes de fotografías del restaurado castillo romano de Saalburg y de los antiguos templos de Baalbek, fue presentado solemnemente por el rector de la Universidad de Berlín, el ilustre civilista é historiador Gierke.

El Gobierno de Chile envió un libro especialmente escrito para este objeto. Es un *Ensayo de bibliografía histórica y geográfica de Chile*, de que son autores los Sres. N. Aurique y L. Ignacio Silva. Forma un volumen de 550 páginas. También vi algún otro impreso hispanoamericano. Es de suponer que en las actas del Congreso figure un catálogo de estos donativos, entre los cuales había unas cuantas publicaciones (no muchas) interesantes para la historia de España.

Siguiendo el ejemplo del Congreso de París en 1900, la impresión de las comunicaciones y demás documentos del de Roma se hará en volúmenes separados para cada Sección. En algunas de éstas se votó una orden del día pidiendo que se trasladasen íntegras, y no en extracto, todas las comunicaciones presentadas; y así lo ha acordado la Presidencia. Creo que en esto hay un exceso de galantería. Sin duda, la tarea de escoger, además de penosa, sería difícil y expuesta á injusticias y errores; pero hay que pensar en el precedente grave que se establece así para los futuros Congresos, en que es de suponer vaya en aumento el número de comunicaciones, nada escaso, según hemos visto, en el de Roma (2).

Por otra parte, quizá esta costumbre lleve, andando el

(1) Debo indicar especialmente la monografía de Fiorini sobre su edición de los *Scriptores* de Muratori, con muestra de esa misma edición, no sólo por la importancia de esta empresa científica, mas también porque su presentación al Congreso dió lugar á un incidente ruidoso, poco agradable, ciertamente, para los congresistas extranjeros.

(2) A no ser que se opte, como muchos críticos desean, por limitar el programa de estos Congresos. El de Roma era, realmente, demasiado vasto.

tiempo, á modificar algo la organización de esta clase de asambleas científicas. Muchas veces he pensado que, no tratándose de temas discutibles, de informaciones internacionales ó de notables hallazgos arqueológicos ó documentales, se podría ahorrar la lectura de escritos que luego pueden leerse con todo despacio en los tomos de actas. Quizá los Congresos deberían limitarse al planteamiento de las cuestiones palpitantes de la ciencia, para que los especialistas las ilustrasen con su dictamen y se obtuviese, por lo menos, un balance del estado actual de los conocimientos respecto de ellas; á estudios comparativos, como el de la organización de la enseñanza de la historia, de que ya hemos hablado; á discusión de proposiciones, como las que han sido motivo de acuerdos en Roma; á presentación de publicaciones excepcionales, como la de las Pandectas florentinas (reproducción fototípica) y de nuevos descubrimientos de fuentes. Las comunicaciones ordinarias podrían ir señaladas en un mero apuntamiento por secciones, con referencia á su impresión en los tomos de actas, ó bien podría concederse á los autores el derecho de presentación personal, señalando brevemente (cinco minutos) sus principales conclusiones. Así se concretarían los trabajos y se ganaría mucho tiempo. Es preciso considerar que nueve días de sesión, bien empleados, dan mucho de sí y fatigan enormemente.

De los datos consignados en todo lo que precede, se deduce la exactitud de mis afirmaciones iniciales en punto á la importancia científica del Congreso de Roma. Dirigido por hombres tan eminentes como Villari, Comparetti, D'Ancona, Salvioli, Balzani, Gorrini y otros que sería largo enumerar; honrado con la presencia de sabios tan ilustres como Gierke, Monod, Stern, Harnack, Leonhard, Korzon, Guillaume, Meyer, Bryce, Pastor, Modestov, Cucq, Bertolini, Mahaffy, Duchesne, Bresslau, Tannery, Babelon, Saleilles, Vidal de Lablache, Wilamowitz, Browning, Tropea, Gaudenzi, Lambros, Croce, Ehrle,

Pollock, Stein, Humperdick, Dubois, Scaduto, Harald Hjärne, Dembinski, Collignon, Bucheler, Luchaire, Conway, Monro, Pelham, Frédéricq y tantos otros de nombradía universal, no era aventurado suponer que sus deliberaciones y acuerdos habían de ser fructíferos.

Hagamos votos por que el próximo Congreso, que ha de reunirse en Berlín en 1906, sea digno continuador del que acaba de celebrarse.

RAFAEL ALTAMIRA

EL SUICIDIO EN SUS DIVERSAS FORMAS

Sea cual fuere el concepto que cada uno se forme de la finalidad de la vida, todos están conformes en designar con la palabra «vida» la relación de esfuerzo y adaptación del hombre respecto de la sociedad. El primer deber individual para el hombre es no considerarse fin de sí mismo sino en lo que se refiere á su existencia supraterrena. En esta existencia y en este mundo temporales está obligado á considerarse como un fin para sus semejantes, que, á su vez, tienen que ser mirados por él como fines, si el equilibrio de la sociedad ha de ser un hecho. A este deber se opone en la práctica y en la realidad un sentimiento antisocial: el egoísmo. Por otra parte, este deseo de sociabilidad, connatural en el hombre considerado en sí propio, implica un segundo deber: el de conservar su vida. A este deber se opone un acto inmoral: el *suicidio*. Y se nota con claridad, examinando el valor de este acto y de aquel sentimiento, que ambos son en el fondo una misma cosa, considerada bajo distintas fases. Lo que el egoísmo contribuye á negar por medio de un sentimiento, el suicidio lo niega por medio de un acto. El egoísmo es una forma de suicidio social; el suicidio es, generalmente, el resultado de un excesivo egoísmo individual. Parecería lógico, con arreglo á este criterio, que los seres más individualistas por naturaleza, más egoístas por necesidad, como el animal, el niño, el salvaje, mostrasen mayor tendencia al suicidio. Tal modo de ver ha sufrido, sin

embargo, rudos ataques por parte de los psicólogos y de los sociólogos.

Desde un punto de vista vago, el suicidio es, á no dudarlo, el acto en que el valor de la personalidad humana se manifiesta en toda su sublime y bárbara grandeza. Por esto se ha inducido, aunque de un modo incompleto, que era propio y exclusivo del hombre, é imposible en los animales, para quienes constituiría un caso único de un instinto perjudicial común al individuo y á la especie. Pero no solamente es sumamente raro (al menos, el suicidio determinado por motivos íntimos, morales) en los salvajes y en los niños, sino que no faltan animales donde pueda observarse. La antigua opinión de Byron sobre el suicidio de los escorpiones, opinión tenida durante mucho tiempo por una fábula poética, ha sido recientemente confirmada por las observaciones del naturalista Bidie. Thomson reforzó con nuevas observaciones las conclusiones de Bidie, declarando, contra Hutchinson, que «la corva dirección del aguijón, que él mira como causa de la imposibilidad en el animal de destruirse á sí mismo, facilita, por el contrario, la operación de inferirse la herida». Büchner cita también un caso, completamente auténtico, de suicidio en un mono. Conocidos de todos son, además, los ejemplos de perros, caballos, pájaros, etc., á quienes la muerte ó desaparición de su amo les ha puesto tan tristes, que han rehusado toda comida y dejándose morir de hambre (1). Hay que considerar, en fin, que por

(1) Refiérese un caso más notable aún, ocurrido recientemente. Cierta señora de Arévalo, enferma hacía algunos meses, tenía un canario que estaba mimado y cuidado en la casa, desde unos siete años, por los individuos de la familia. De ésta quedaba ya sólo esta señora, que durante su penosa y larga enfermedad oía gorjear alegremente á la avecilla, á la que todavía dirigía algunas palabras de cariño. En los tres últimos días de su mal, y creyendo los parientes de la enferma que el continuo cántico del canario la incomodaría, sacaron la jaula á otra habitación cercana, en la que el pajarillo seguía sus trinos sonoros y armoniosos. Muerta su ama, hubo que trasladar el cadáver á una habitación baja de la casa. El canario, durante este fúnebre traslado, cantó un aria especial, acaso de deses-

su organización — la mano con el dedo pulgar oponible á los demás—el hombre es el sér que mejor puede llevar á cabo sus intentos de suicidio. *¿no pueden despenarse?*

Si miramos la cuestión desde otro punto de vista, no cabe negar que el suicidio tiene muchas veces por causa la veleidad, y puede existir en un medio social rudimentario, por ejemplo, en el círculo limitado de la sociedad doméstica. Durand-Fardel (1) cita multitud de casos de suicidio en los niños, debidos á los malos tratamientos de sus padres. Se llenarían muchas páginas con testimonios de este mismo género.

En los mismos vagabundos, el suicidio es bastante frecuente. Dentro de los tipos suicidas establecidos por Durkheim (2), el suicidio de esta gente reviste dos formas típicas: *a)* la *egoísta*, caracterizada fundamentalmente por la apatía, y tendiendo á la variedad escéptica más que á la melancólica; *b)* la *anómica*, de la cual es carácter la irritación, el despecho, estallando en una recriminación violenta contra la vida en general al despedirse de ella (3). En cambio, las prostitutas, género tan afín en lo femenino á los vagabundos, no recurren al suicidio sino muy raras veces (4).

En las razas inferiores, imperfectamente civilizadas, encontramos bastante marcada la tendencia al suicidio. La sociología psicológica afirma como rasgo fundamental de esas razas el obrar según el primer movimiento (impulsividad). Los *kamtschadales* del Asia son tan excitables, por no decir con Spencer (5) histéricos (se trata de los hombres), que una pequeñez les vuelve locos y les arrastra al suicidio. Entre los

perada intención y tierna despedida, porque á la mañana siguiente, al salir el entierro de la señora de su casa, llevaba ésta, debajo de una de sus heladas manos, el también cadáver de su agradecido cantor, que media hora antes había dejado de existir en su jaula.

(1) *Traité pratique des maladies chroniques*, 203.

(2) *Le suicide*, París, 1897.

(3) Bernaldo de Quirós, *La mala vida en Madrid*, 15.

(4) Véase á Corre, *Crimen et suicide*, París, 1891.

(5) *Principles of sociology*, I, 15.

flemáticos *críks* de la América hay con suma frecuencia suicidios por contrariedades sin importancia. Burton nos dice del africano del Este, que ama la vida y, sin embargo, practica el suicidio.

Penetrando en el fondo de los suicidios lentos, pero voluntarios é íntimos, vemos más y más confirmada la tesis de que entre el instinto sensual, fuente de la vida, y el instinto destructor, causa de la muerte por accidente, hay una relación estrecha, que la sociología necesita tomar en consideración. Porque el sociólogo no sólo debe analizar y admitir la depravación sexual en general, sino una depravación sexual inmanente y difusa: la que arranca de nuestra constitución anímica, de nuestro hombre interior. Aparte de los estados de vergonzosa embriaguez sensual, propios únicamente de los que han sacudido todo freno de pudor, hay, en las tres cuartas partes de la sociedad, un estado casi inevitable, en que la imaginación, corriendo desbocada por los espacios de lo desconocido, despierta deseos jamás soñados, y la carne, excitada por los mordiscos de la lujuria en sus manifestaciones más brutales, desea revolcarse en el cieno. En esta nueva prostitución, de la que los sacrificadores del erotismo y de la afeción y vida intersexual forman la mayoría, no suele haber más recurso que, ó exaltar hasta el delirio la ninfomanía y la anestesia genesiaca, ó concluir en un suicidio moral que atrofia la naturaleza y destruye los alicientes de toda actividad genital. Este dilema es, en lo erótico, el mismo que en el terreno de la ética propia había antiguamente entre estoicos y epicúreos. Muere en el mar del goce, clamaba el epicúreo; muere á tus manos, clamaba el estoico. Expedientes idénticos, pues morir en el mar del goce es un suicidio lento, como morir á las propias manos es un goce rápido para quien lo desea.

Las formas de suicidio real que la ciencia social conoce, son múltiples y variadísimas. A título de rareza, concedo aquí un lugar al suicidio tal como se practica entre los pequeños reyes japoneses. A pesar de que su oficio parece ser en parte

hereditario, sin embargo, desde que son responsables al Kumbo por todas sus acciones, puede éste trasladarlos de un reino á otro, ó privarlos de la dignidad real. Ordinariamente es la muerte el castigo que se les impone por cualquier falta en su conducta, sea efectiva ó imaginaria, de la cual hayan sido declarados culpables (1). El Kumbo sólo firma la orden para la ejecución, y el reo, no sólo considera un punto de honor someterse sin murmurar, sino que, para evadirse de las manos del verdugo, ejecuta por sí mismo la sentencia. Tan pronto como recibe la orden del oficial encargado de presenciar la ejecución, convida á todos sus amigos y conocidos á un festín, después del cual pronuncia un discurso de despedida, desnuda su espada é infringe en su cuerpo la primera herida, dejando al cuidado de un pariente, favorito ó criado de confianza completar la obra. Esta manera de ejecutar la sentencia de muerte es tan honorífica, y, por consiguiente, tan apetecible, que á los mismos hijos se les instruye á usar de sus armas graciosamente á este propósito; de donde se deduce que el hábito del suicidio fue, probablemente, una de las más serias tentaciones de los mártires cristianos, los cuales, aunque ejercían aquel más alto grado de valor que consiste en el sufrimiento pasivo, se veían, no obstante, frecuentemente tentados por la cobardía de acelerar sus penas con una muerte voluntaria.

Hablando en general, los japoneses se suicidan por las causas más fútiles (2); y se dice que, en China, un rico condenado

(1) Sigo en esta exposición á Cadell, *History of the missions of Japan and Paraguay*, p. I, c. 1.

(2) Bajo el pseudónimo de *Tokushosei* (un estudiante aficionado á la lectura) encontramos en la Revista japonesa *Jiji-Shimpo* curiosísimas revelaciones sobre *los males de la educación presente*. Ocúpase el articulista de la educación en China y Japón, y dice ser la de este último pueblo puramente artificial. Hay muchos jóvenes japoneses y chinos que, por vanidad, por *pose*, no vacilan en darse muerte, so pretexto de que es bello y glorioso sacrificarse por la patria, aun cuando en tiempo de paz este sacrificio sea inútil. Tokushosei cree que esta manía suicida debe atribuirse á la deplorable educación que los niños reciben, y á quienes se les nutre el espíritu con relatos del heroísmo antiguo, relatos impregnados

á muerte puede comprar á veces por muy poco un sustituto voluntario (1). Los sociólogos suponen que este seco estoicismo y este frío desprecio á la muerte procede de la falta de creencia en la vida futura. En otros pueblos, por el contrario, procede de una creencia exagerada en la inmortalidad de la persona, ó de una falsa concepción de la existencia individual posterior á la muerte. Es también entonces un *suicidio heroico*, una inmolación involuntaria, un sacrificio por otro, nacido de la fe en la tribu ó en la patria; es el supremo egoísmo dando por resultado la suprema abnegación. La causa de que el indio de la América septentrional tenga tan poco miedo á la muerte y se suicide tan á menudo, es, como dice Schoolecraft (2), su deseo de ir á un país que, por lo que ha estado oyendo toda su vida, le reserva abundantes recompensas sin ningún castigo. Cuando el dogma de la inmortalidad del alma, que salió de la escuela de Platón, llegó á difundirse entre los griegos por intermedio del cirenaico Hegesias, tan al vivo se empezaron á pintar los males de la vida y las ventajas de la muerte, que Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, prohibió con la conminación de la última pena hablar en las escuelas de aquel dogma; porque, á consecuencia de él, muchos hombres descontentos de su suerte se determinaron á quitarse la vida (3). En la raza galo-celta el desprecio de la muerte, unido al culto de la inmortalidad, produjo la *abnegación*, que se

de falsas ideas sobre el valor, relatos que fatalmente conducen al pesimismo. Así no es raro encontrar en el Japón muchachuelos de doce á catorce años que hablan de la vida, merced á la mórbida influencia de tales historias, y caen en el más profundo desaliento, como almas heridas que aspiran á la liberación de sus esperanzas. El articulista cita cartas de un jovencito de doce años que «vierte lágrimas sobre su pasado» y deplora «la despiadada estabilidad efímera de la vida humana». ¿Qué extraño es que con estas ideas se muestren luego indiferentes á los progresos y á la prosperidad del país? (*Helios*, Mayo 1903.)

(1) Lubbock, *Origin of civilization*, c. 1.

(2) *Indian Tribes*, t. II, p. 68.

(3) Platón, *Fedon*, 37, nota de la traducción Dacier.—Cicerón, *Tusculanae*, lib. I, párrafo 34.

consideraba el honor por excelencia. Según Posidonio, había galos que se prestaban á morir por unas cuantas monedas de oro; las distribuían liberalmente entre sus amigos, y echándose sobre su escudo, ofrecían la garganta al cuchillo, sonriendo. De ahí la frase de Horacio: *Non paventi funera Galiae*. Con frecuencia prestaban los galos dinero á pagar en la otra vida; y la misma idea de la abnegación inspiraba otra creencia: la de que un hombre podía redimir á otro cuyos días están contados por los genios de la transmigración. ¿Estaba en peligro de muerte un hombre á quien sus afecciones ó sus deberes ligaban á la vida? Pues un amigo se ofrecía para reemplazarle, y por esta inmolación espontánea á las potencias divinas merecer ser llevado directamente al círculo de la felicidad. Distribuía entre los suyos los dones del hombre que le enviaba en su lugar al *conductor de almas*, y corría con júbilo á extenderse sobre la piedra del sacrificio. El sentido de este género de suicidio se halla admirablemente condensado en el *Canto de Uether*: «Mi lengua entonará mi canto de muerte en medio del círculo de piedras que encierra al mundo... La serpiente (1) se adelanta hacia los vasos del sacrificador, del sacrificador de los cuernos de oro. Los cuernos de oro en su mano, su mano sobre el cuchillo, el cuchillo sobre mi cabeza» (2). Esta abnegación inspiró más tarde, en la Edad Media, la caballería. Los caballeros fueron los últimos restos de los *abnegados* de la antigua Galia (3).

Se ve, por lo apuntado hasta aquí, que las antiguas formas del suicidio, á pesar de los errores que suponían, encerraban un fondo indudable de generosidad, de nobleza y hasta de altruísmo en ciertos casos. Los suicidios modernos nacen casi siempre de sentimientos de cobardía, de incredulidad y de

(1) Emblema de la inmortalidad por cambiar de piel; la serpiente ocupaba, según Plinio, el primer lugar en el culto después del muérdago (*Hist. Nat.*, xxix, 3).

(2) Villemerque, *Millions des anciens bretonnes*, p. 292.

(3) Fouillée, *Histoire de la Philosophie*, I, 1, 3.

egoísmo cualificado; estos sentimientos, y no otros, son los que hacen á los suicidas de nuestros tiempos renunciar á llevar áuestas el fardo de la vida individual. En la antigüedad, lo repito, el suicidio fue casi siempre disculpable, ya que no justificable. Los mismos estoicos, que no hacían intervenir para nada en sus suicidios razones altruístas ó ideales sociales, obraban con más grandeza de ánimo en este punto que nuestros contemporáneos. El estoicismo veía en el morir, y morir por un acto de voluntad libre, un medio de librarse de la pasividad exterior y de las servidumbres que la existencia trae consigo. «El suicidio estoico—dice Fouillée—no era un acto de cobardía ni de debilidad; no era un capricho arbitrario: era la libertad afirmándose á sí misma frente á la Naturaleza, y demostrando que no depende más que de sí misma, ya quiera vivir, ya quiera perecer.»

En nuestra época, el pesimismo de Schopenhauer intentó restablecer la idea de la negación consciente é individual como un elemento positivo de la vida; mas rechaza el suicidio propiamente dicho con la mayor decisión. El suicida, según Schopenhauer, es un pesimista falso é incompleto, que quiere en realidad la vida, y la aceptaría de buen grado, y que lo único que no quiere es el dolor. En tal sentido, Schopenhauer, partidario decidido de la *palingenesia* oriental, condena á la voluntad personal que por el suicidio no se ha desasido aún absolutamente de la existencia, á volver á la vida bajo una nueva forma. Aquel que todavía no ha extinguido en sí todo deseo íntimo de la vida, en vano se dará físicamente la muerte, pues aquel deseo bastará por sí solo, como creían los indios, para hacerle revivir. Además, el suicidio sólo pone fin á la vida del individuo, cuando se necesitaría aniquilar la vida de la especie misma, la vida en general. El verdadero medio de llegar á esto es la negación del cuerpo por medio del ascetismo, tal como la practican los budistas, y la castidad, que impedirá la propagación de la especie, y con ella la propagación del dolor. La muerte queda así en la doctrina de Scho-

penhauer como el genio inspirador, como el *musageta* de la filosofía.

Acerca del valor de esta doctrina de los pesimistas, no es cosa de hablar aquí. Como estos filósofos son todos panteístas, se explican y comprenden sus tendencias al suicidio, porque el panteísmo ha sido fecundo manantial de suicidios en todos los tiempos (1). Lo propio debe afirmarse del sensualismo, cuya justificación favorita del hecho suicida—*mori licet, cui vivere non placet*—es un corolario lógico de sus principios fundamentales. Pero, ¿no es la vida el mayor bien en el orden de los bienes sensibles?, preguntamos nosotros. Creer que la exención del dolor vale más que la posesión de la vida, equivale á anteponer un bien negativo de orden inferior á un bien positivo de orden superior. Por eso no podemos admitir que la privación directa y voluntaria del último sea un acto valeroso. El verdadero valor no consiste en huir de los dolores, sino, por el contrario, en luchar con ellos y vencerlos. Lo cual es tan cierto, que aun el mismo Schopenhauer se permitió fustigar de un modo mediato la pretensión estoica en la confesión citada más arriba: *el suicida quiere la vida, y la aceptaría de buen grado; lo único que no quiere es el dolor.*

Se ve, pues, que el suicidio, individualmente considerado, constituye un acto irracional. Ahora, desde el punto de vista sociológico, es por un lado una inmoralidad, y por otro una alucinación.

La inmoralidad del suicidio estriba en su finalidad antirreligiosa. Dios, el Padre de la vida, se ha reservado el poder de dejar á sus hijos en la incertidumbre de la muerte. Ese orgullo satánico de oponerse al deber de la propia conservación, destruye el orden establecido por Dios para el perfeccionamiento de sus criaturas. Según este orden, el hombre debe enderezar su parte física al progreso moral, y conformar su voluntad con la del Creador. Ahora bien: con el suicidio rompe

(1) Léase á Caro, *Nouvelles études morales*, pág. 4.

el hombre, por un lado, el hilo de los designios del Creador, y usurpa por otro aquel derecho que sólo Dios tiene sobre la vida física del hombre. Así, el suicidio es un atentado contra los derechos del Creador, y quien defiende su inocencia atribuye al hombre el derecho de ponerse en la imposibilidad de cumplir con su deber (1). Por otra parte, la vida física del hombre es un *dón* y un *depósito*. Es un *dón*, porque Dios la concede libremente; y un *depósito*, porque el hombre tiene el deber de conservarla para su perfeccionamiento moral. Por esto, el hombre ningún derecho tiene sobre ella, ora porque no depende de él en su conservación ni en su origen, ora porque no tiene derecho para infringir el deber de conservarse y perfeccionarse (2).

La alucinación del suicidio consiste en querer suprimir, por la violencia, un hecho inevitable y necesario; su error estriba en olvidar que la vida del individuo es de esas cosas que se imponen, que hay que acatar, cuyos fines, mientras haya sociedad humana, han de cumplirse. De este modo, el suicida, después de ser mal hijo para Dios, es mal hermano para los hombres; después de negar prácticamente el concepto de religiosidad, niega el de sociabilidad.

Como de la mano me conduce lo que precede á hablar de una cuestión que la decadencia de las antiguas opiniones y la agitación que conmueve la sociedad europea hasta sus cimientos más profundos, hacen que en el día de hoy sea tan importante para los intereses prácticos de la vida humana, como de necesidad lo ha sido en todos tiempos para la precisión del criterio religioso; es á saber: si el *ascetismo* y el *martirio*, esos dos excesos de exaltación piadosa, corresponden á un estado de ánimo idéntico al que establece la psicología del suicidio, y deben mirarse como variedades sociológicas de la misma tendencia.

(1) Tissot, *De la manie du suicide*, pág. 170.

(2) Prisco, *Filosofía del diritto*, I, 19.

Los que afirman que el ascetismo que predica el odio á la vida, invocando el amor á la virtud, es contrario á los intereses sociales, parecen admitir ó creer que el asceta es un suicida lento, como el mártir era un suicida ordinario. Fúndanse para hacer tan errónea aseveración, en ciertas opiniones de teólogos moralistas, donde con no pocos distingos y reservas se permite al hombre piadoso alterar su salud, exponer su vida á peligros, y aun disminuirla por las austeridades corporales «para reducir como esclava á la carne rebelde», según expresión del abate Rancé (1). Pero es evidente que estas exageraciones no han podido jamás echar raíces en la *Iglesia* católica. Doctrina de ésta es que en Dios está el origen y fuente suprema de la vida; que sólo Él, que la creó, puede aniquilarla, y que su providencia se ha reservado la única arma que llega á acabar con ella. Viene á ser, por consiguiente, el suicidio en la teología del catolicismo, un pecado de rebelión y de desobediencia radical á la voluntad divina.

Por lo tocante al martirio, me será muy fácil probar que, analizado y examinado bajo el microscopio de la crítica, aparece como una especial forma sociológica de suicidio, con sólo

(1) «Un cartujo no debe comer carne para curarse de una enfermedad mortal; será mucho más meritoria la abstinencia, y si muere, la enfermedad le habrá matado, pero no la abstinencia... Es más: muchos doctores piensan que puede uno mortificarse por la penitencia hasta el punto de abreviar sus días.» (Ligorio, *Teología moral*, tom. III, pág. 97.) «Aun cuando las austeridades abreviasen la vida, son permitidas siempre que sean moderadas.» (Dens, *Teología moral*, tom. III, pág. 243.) «*Macerationibus discretis carnem affligunt.*» (Bouvier, *Institutiones theologiae*, tom. V, pág. 438.) «No es ser homicida de sí propio el abreviar la vida por las austeridades de la penitencia, con tal que los ayunos, privaciones, vigiliias ó maceraciones á que nos entreguemos no sean indiscretas. En todo caso, la buena fe, el deseo de satisfacer á la justicia divina y el temor del infierno excusan sobradamente los excesos de este género.» (Gousset, *Theologie morale à l'usage des confesseurs*, París, 1853.) «Estas penitencias son permitidas si se practican oyendo el parecer de un prelado prudente ó de un confesor, y por justa causa, es decir, para reducir el cuerpo á la esclavitud del alma, y aun cuando abreviasen la vida en algunos años.» (*Theologia moralis universalis auctore Petro Scavini*, París, 1853).

hacer ver: *a*), que tiene, como él, un carácter marcado de generalidad histórica y de insensibilidad individual; *b*), que envuelve, como él, un elemento de egoísmo ó de intransigencia; *c*), que obedece, como él, en muchos casos, á corrientes de imitación y de contagio colectivo. Procuraré aclarar estos aspectos de la cuestión con la mayor brevedad posible.

No carece de importancia, para la mejor comprensión de la misma, estudiarla en el caso concreto de los mártires cristianos. Sabido es cuánto se abusó, durante el predominio de la teología, de la realidad y significación de aquella persecución general del Imperio romano contra los secuaces de Jesús, persecución que comenzó desde Nerón, lenta y continua, con recrudescencias pasajeras, que se llaman *las nueve persecuciones*. Este abuso ha venido favorecido por las persistentes falsificaciones de los autores de historia eclesiástica (1). Los historiadores (2) eclesiásticos—dice Lecky—sentaron como proposición notoria que los fraudes piadosos eran justificables y aun laudables. Preciso era combatir el paganismo, y, en consecuencia, se forjaban profecías, se inventaban maravillas ficticias, se desfiguraba la moral y la doctrina de los gentiles, se exageraba la persistencia de la religión cristiana y sus progresos en Roma y en el mundo, y se adulteraban las actas de los mártires ó se las falsificaba. No habían procedido así, sin embargo, los más ilustres padres de la Iglesia. El vigoroso Oríge-

(1) Fleury desacreditó la suya refiriendo candorosamente anécdotas, leyendas é historias que son sospechosas para los críticos. En las disertaciones del benedictino Ruinard (*Acta martyrum sincera*, § 3) pueden verse también acumulados milagros, vaticinios y hechos estupendos de confesores célebres; cosas todas en que hoy no creería, no ya un escritor, pero ni la mujer más frívola. Desde otro punto de vista, y con objeto de aumentar el número de los mártires, afirma Chateaubriand, en su conocida obra sobre los mismos, que la persecución más violenta es la que se extiende desde Decio hasta Diocleciano, lo cual en su boca vale tanto como confesar que fue la única sistemática.

(2) Rufino, *Historia eclesiástica*, IV, 9; Eusebio, *Historia eclesiástica*, V, 15; Justino, *Apología*, I, 69.

nes (1) se había visto ya precisado á levantar la voz contra los que en su tiempo multiplicaban los martirios sin necesidad, afirmando que hubo pocos mártires, y éstos de tarde en tarde, y que hubiera sido muy fácil contarlos (2). En España, las actas apócrifas han hecho á más de un hábil crítico ciego á los errores de una falsa devoción, cuyas ilustraciones más notorias se encuentran quizá en Toledo, y especialmente en la persona del religioso tristemente célebre Román de la Higuera, que llegó en su vertiginosa carrera de falsario hasta atreverse á falsificar la *Historia* de su compañero de hábito Mariana. Como una muestra de la audacia de esos falsarios, puedo citar las actas de San Justo y San Abundio, adjudicadas á Baeza: para hacerlos pasar por mártires de aquella ciudad, rasparon un hermoso códice de la catedral metropolitana, y donde estaba la palabra *Hierosolina*, como sitio del martirio, pusieron *Beacia* (3). El sabio D. Nicolás Antonio, en su exacta *Censura de historias fabulosas*, el juicioso Tamayo y otros hábiles escrutadores, celosos por la gloria de los verdaderos mártires, borraron del catálogo de éstos multitud de desconocidos que no merecían tal denominación. He observado que esos eruditos hicieron suya la confesión de San Cipriano, que, en sus epístolas (4), habla con repulsión, como hombre de talento, de dichas falsificaciones. La mayor parte de las que manchan nuestra historia están fabricadas en

(1) *Contra Celsum*, III, 8.

(2) Considere el lector que con este testimonio doy noticia de las ordinarias declaraciones de uno de los más célebres apologistas de una época de polémicas. Nótese también—y dicho sea de paso—que se trata de autoridad muy poco sospechosa, autor de una *Exhortación al martirio*, y que en la persecución de Decio fue preso y atormentado. Por cierto que se le dejó vivo con la esperanza de que sucumbiese y pervirtiese á los demás con su ejemplo; pero Orígenes se mantuvo firme, y aun exhortó á sus hermanos con cartas ardientes, algunas de las cuales iban dirigidas á Ambrosio, que á la sazón se hallaba encarcelado.

(3) Flórez, *España Sagrada*, VII, 10, 3.

(4) *Ad Clerum et plebes in Hispania consistentes*, 117.

la Edad Media, y después en el siglo xvii, por los autores de los falsos cronicones, «gente detestable que, por un interés villano ó estúpido fanatismo, regalaron mártires á casi todas las iglesias de España, engañando al vulgo y aun á personas instruídas (1), y manchando nuestros Martirologios y aun los Breviarios de algunas diócesis con patrañas ridículas» (2). Porque la clerigalla no se regía ya, como en la exposición de hechos históricos, por el *pereant qui ante nos nostra dixerunt*, y para lograr su objeto íntegro nos describió á emperadores, que fueron modelo de virtud, como monstruos de crueldad. El mayor pecado de esa clerigalla consistió en prodigar el respetable nombre de mártir. No basta llamarse una cosa para serlo; no todos los que toman el apellido y escudo de armas de una familia pertenecen á ella. Los que imponían penas graves, dice Voltaire, á los que se atrevieron á condecorarse con las cruces de Malta ó de San Luis, sin ser caballeros de esas Ordenes, bastante indicaban con esto; sólo que no todos los que llevan el tirso están iniciados en los misterios de Baco. Contra esas supercherías escribieron Dowell (3), Tillemont (4) y Gibbon (5), y todos los críticos del siglo xviii (6) clamaron contra ellas vigorosamente. La crítica moderna ha llegado á una conclusión análoga, reduciendo mucho el número de mártires en vista de lo poco que á los paganos preocupaban las persecuciones, según los testimonios de la época. Esas persecuciones no tuvieron nunca nada de anormal ni inquietaron la opinión pública. Por tal razón sería superfluo detenerse en probar con todo detalle que el rigor de tales persecuciones ha sido muy exagerado por los teólogos, y que los

(1) Galonio, *De sanctum martyrum cruciatibus*, Roma, 1594.—Ansaldo, *De causis inopiae vacterum monumentorum pro copia martyrum dignoscenda adversus Dowdellum*, Mediol, 1740.

(2) Lafuente, *Historia eclesiástica de España*, t. I, p 57.

(3) *Disertatio XI cypriánica* (edición regia de Londres de 1684).

(4) *Histoire des empereurs des six premieres siècles*, Paris, 1725.

(5) *The decline and fall of the Roman Empire*, c. 16.

(6) Middleton, Blondel, Launoy, etc.

mártires quedan reducidos, cuando más, á algunas docenas.

¿Y qué diré de los refinamientos de crueldad que se atribuyen á los martirizadores? ¿Es concebible ni posible que en Roma, donde la más leve infracción de la virginidad en las vestales se castigaba con la pena de muerte, se haya condenado á siete cristianas solteras, de la estupenda edad de setenta años, á ser desfloradas por los mancebos de la ciudad de Ancira? ¿Y cabe creer, sin que caigamos en el ridículo, que Teodoto rogó á la Divinidad que hiciera perecer á dichas doncellas antes de que perdiesen la pureza? ¿Considera alguien admisible que San Lorenzo, en el punto más culminante de su martirio, lleno de santa resignación, haya pronunciado esta frase tan pobre como inverosímil (1), que la tradición le atribuye:

Volvedme del otro lado,
que de éste ya estoy tostado?

Pues de patrañas semejantes están llenos los Martirologios.

Pasemos ahora á un aspecto de los hechos más relacionado con nuestro asunto. La idea de que el mártir no lo constituye el suplicio, sino la causa que defiende (2), esa argucia de la ortodoxia apretada por la crítica y aplastada por la realidad, abre las puertas á toda petición de principio, siendo el círculo vicioso en que se encierran los que refieren la verdad de la religión cristiana á que tuvo mártires, con lo que suponen aquello mismo que está en cuestión. Hoy se formula la tesis de otro modo: *el martirio hace la fe, que no la fe el marti-*

(1) Picatoste, *Las frases célebres*, 1, 2.

(2) El P. Coloma (*Juan Miseria*, p. 232), al detenerse en el ejemplo de Scévola, que se dejaba quemar á sangre fría la mano que no supo ó no pudo vencer, ve «un alma estoica, un corazón grande, que sería de mártir en vez de héroe, si á los mártires los hiciese la firmeza en el sufrir, y no la causa de los sufrimientos». Con tan insignificantes distinciones pretende la clerigalla desvirtuar los paralelismos más elocuentes é irrefutables de la historia.

rio (1). Lo cual, si no resuelve dificultad alguna, contiene en cambio una verdad inmensa, y es: que toda la fuerza del mártir, como del héroe decía Carlyle, está en la sinceridad, que no es más que la concordancia de sus acciones con su fe. Frecuentemente se invoca en el campo de la teología ortodoxa la etimología de la palabra mártir. Esta palabra, derivada de *martiryon*, testimonio, anuncio, significa testigo en creencia, santo, creyente santo. Al principio no estaba limitada la significación de tal palabra al sufrimiento aceptado por amor á la creencia; pero bien pronto se fijó en este sentido su significación. Las pequeñas ciudades que se levantaron en su memoria recibieron desde entonces el nombre de *martiriones*, y los primeros santuarios cristianos fueron las tumbas de los mártires (2). De donde parece inferirse que su culto no era otra cosa que una renovación pagana del culto de los héroes. Y en efecto: las ágapas eucarísticas que se hacían en su honor se asemejaban tanto á los usos funerarios gentílicos, que San Agustín se creyó ya en su tiempo en la obligación de denunciar el peligro (3).

Pero lo que, sobre todo, necesita refutación, es la preocupación de aquellos teólogos, á cuyos ojos se patentiza la divinidad del cristianismo por la sangre con que sellaron los cristianos la fe en su doctrina, la esperanza en el cielo y el amor á Dios. Esto obligaría, por de pronto, á los tales á tener por

(1) Aquí, y tal vez sólo aquí, hay que buscar la explicación de la frase de que los mártires son quienes fundan las religiones.

(2) Tertuliano, *Ad Scapulam*, 3.—Wiseler, *Les persecutions jusqu'au III siècle*, 1878.

(3) «Las iglesias llevaban nombres de santos ó estaban dedicadas á santos, y aquellas que se hallaban edificadas sobre la tumba de algún mártir ó eran llamadas por su nombre para perpetuar la memoria, se distinguían de ordinario por los títulos de *Martyrium*, *Confessio* ó *Memoria*, que se les daba por aquella razón.» (Ringhan, *Works*, III, 13.) «Los primeros obispos cristianos adoptaron aquel uso, que más bien era una supervivencia que un renacimiento, porque creían que el pueblo abrazaría más pronto el cristianismo si veía á Cristo y á los mártires adorados á la manera de los antiguos dioses.» (Mosheim, *Histoire ecclesiastique*, I, 283.)

divina lo mismo la religión de Cristo que las otras. ¿Qué revolución, qué secta no ha tenido mártires? ¿Quién deja de ver aún mártires en todas partes y á todas horas? Los herejes perseguidos por la Iglesia, ¿no fueron también mártires ante la conciencia social é histórica? (1)

Un ejemplo para concretar. Los últimos momentos de Juan Hus, su ejecución y el recuerdo por él dejado entre sus sectarios, tienen todos los caracteres de un mártir cristiano de los primeros siglos. He aquí el hecho, tal como ha sido relatado recientemente por un historiador católico, el canónigo Salembier (2): «Los guardias y el verdugo se hacen cargo del condenado, y le conducen á través de tres mil soldados y de muchedumbre innumerable que cubría la plaza. El cortejo sale de la ciudad conduciendo á Juan Hus en medio de una multitud animada de sentimientos diversos. Se le pregunta si desea confesar, y él acepta. El capellán Ulrich Schorand se acerca, investido de todos los poderes. «Señor—le dice,—yo no puedo absolveros, á menos que os retractéis de vuestros errores.» Hus, entonces, rehusa y quiere comenzar á predicar en alemán. El conde Palatino se opone y hace apresurar la ejecución. Sujeto al poste fatal, rodeado de paja y de madera, se niega nuevamente á salvar su vida por una retractación. Por último, se pone fuego á los leños. La víctima exclama tres veces seguidas: «¡Cristo, hijo de Dios vivo, ten piedad de nosotros!» Después expira; su cuerpo es consumido bien pronto, y

(1) Según Grocio (*De rebus belgicis*, I, 1, 12), sólo en los Países Bajos perecieron á manos del verdugo, bajo el reinado de Carlos V, más de 100.000 protestantes. Recordando este dato, dice Gibbon (*loco citato*): «Así, en una sola provincia, bajo un solo reinado, la intolerancia católica causó más víctimas que las que hubo en el vasto Imperio romano durante un período de tres siglos». «Cristianos—exclama á su vez el fervoroso historiador protestante Juan de Muller, tan favorable á los mismos Papas;—cristianos, dejad de declamar contra los Nerones y los Decios y de calumniar á Juliano. ¿Habéis olvidado las matanzas, la sangre con que habéis teñido á Europa por vuestra santa fe?» (*Werke*, XXVI, 24.)

(2) *Le grand Schisme d'Occident*, XVI, 3.

se arrojan al Rhin sus cenizas con los restos humeantes de su hoguera... Esta muerte trágica; las palabras místicas y sombrías que pronuncia el innovador; las profecías que salen de sus labios en el momento supremo: todo conmovió entonces la opinión popular, todo provocó simpatías póstumas, de las que aún hoy se encuentran numerosas huellas. Constanza ha conservado la carreta en que Hus fue conducido á la ciudad, así como á la puerta de su calabozo; ha adornado de esculturas y pinturas las habitaciones en que se hospedó y las prisiones donde estuvo recluso. Tres grandes cuadros, en honor del herejarca, decoran la inmensa sala que se denomina impropia-mente Sala del Concilio; dan á Juan Hus la figura noble, grave, ascética del Cristo de Munkicsy, y á sus jueces y guardas rasgos irritados é innobles (1). Un monumento conmemorativo, de granito, fue levantado en Brülh sobre el lugar en que el hereje fue ejecutado; y á pesar de la doctrina husita sobre el culto de las reliquias, ciertos huesos encontrados en el lugar de su suplicio son conservados con religioso cuidado» (2).

Afirmar ahora que la Iglesia anglicana y las sectas de Lutero y demás reformadores del siglo xvi se propagaron por la fuerza, envolvería una contradicción á las verdades más conocidas de la historia. Me refiero con esto, no al cristianismo, sino al catolicismo. ¡Mártires! Pues ¿cuándo los hubo más que en tiempo de los protestantes? No hace mucho que he traducido para la Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia la del pueblo inglés, debida á la pluma de Green, y todavía están grabados en mi imaginación todos los cuadros y todas las escenas, que á veces parecen sobrenaturales, relatadas en el famoso *Libro de los Martirios*, de Fox (3), que el precitado

(1) Estas pinturas son debidas á Pecht y Schwærer, 1875. El concilio se reunió siempre en la Catedral y nunca en la Sala. Fue el cónclave de 1418 el que se reunió en el *Concilium Saal*.

(2) En el Museo *Posgarten*, de Constanza.

(3) *Acta et monumenta Ecclesie*, primera edición, 3 vol. in fol.—*Martirologium*, segunda edición, 1864.

historiador extracta. Hombres valerosos que se arrojan á millares con alegría en brazos de la muerte; débiles niños que marchan al suplicio en día nublado, y á los que el sol ilumina, surgiendo milagrosamente de entre las nubes, en el momento crítico de expirar el mártir; mujeres heróicas que acompañan al martirio á sus esposos y á sus vástagos; respetables obispos que rechazan todos los seductores ofrecimientos del gobierno católico, para protestar de su nueva fe y sacrificarse en su defensa; hasta sabios que, como Palissy (1) en Francia, se indignan contra los que quieren profanar su conciencia, y prefieren ser víctimas de la persecución: tales son los suicidios religiosos de que está sembrada aquella historia; tales los actos de inmolación ó de heroísmo de los fieles de la Iglesia reformada. No me extenderé en lo tocante á los que leemos en los anales del protestantismo alemán: son sublimes como las leyen-

(1) Demmin (*Guide de l'amateur de faiences et porcelaines, poteries, terres cuites, etc.*) nos ha trazado el carácter de este sabio en el diálogo con Enrique III, que le atribuye durante su prisión en la Bastilla. Cuando aquel rey pusilánime fué á verle aquí para conseguir su conversión bajo pena de la vida, diciéndole: «Me veo obligado á ello», Palissy le respondió: *Et moi, Sire, je sais mourir*. El curioso catálogo de Cluny llama á esta muerte *une mort au milieu des honneurs*. He aquí ahora íntegro el diálogo, cuya apreciación dejo á mis lectores: «Buen hombre —le decía Enrique III,—cuarenta y cinco años hace que estáis al servicio de la reina, mi madre, y mío; hemos tolerado que hayáis vivido en vuestra religión, entre los fuegos y asesinatos; pero de tal manera estoy ahora estrechado por los Guisas y por mi pueblo, que, á pesar mío, me ha sido forzoso encarcelar á esas dos pobres mujeres y á vos; mañana serán quemadas y vos también, si no os convertís». «Señor—respondió Palissy,—el conde de Maulevier vino ayer de parte vuestra para prometer la vida á esas dos hermanas, si consentían en daros una noche cada una. Ellas han respondido que serían mártires de su honor y de Dios. Me habéis dicho muchas veces que teníais lástima de mí, pero yo soy quien tiene ahora lástima de vos, porque habéis pronunciado las palabras: *me veo obligado á ello*. Eso no es hablar como un rey. Mis hermanas y yo, que tenemos parte en el reino de los cielos, os enseñaremos un lenguaje verdaderamente real, y es que ni los Guisas, ni todo vuestro pueblo, ni vos mismo, podrán obligar á un alfarero á doblar las rodillas delante de las estatuas.» Palissy era calvinista.

das, las instituciones, las guerras, las obras y las iglesias de aquel país. Los martirios, como de los milagros acostumbraba á decir Pi y Margall (1), corresponden á la grandeza de la nación en que sucedieron.

Aun los últimos siglos, siglos de laicismo y de secularización, han presenciado, bien que en regiones apartadas, movimientos religiosos que han producido gran número de mártires. La atenta lectura de la fundamental obra del conde de Gobineau sobre las sectas religiosas y filosóficas de Persia (2), pongo por caso, nos hace ver con toda claridad lo frecuente que es en Oriente que las turbas se hagan sectarias, á fin de alcanzar la suprema dicha de morir por lo que creen. Refiere el autor, que á la vez fue testigo presencial, la gran matanza de secuaces de *Bab* que se hizo en las calles y en los mercados de Teheran por orden del soberano islamita Chosroes Nouchizvan, el año 1852. Por como se habla hoy todavía del espectáculo que dieron los tradicionalistas mazdeos, capitaneados por *Bab*—dice el conde (3),—puede juzgarse de la admiración mezclada de horror que experimentó la multitud y que los años no han podido amenguar. Veíanse niños y mujeres avanzar con las carnes desgarradas y con mechas encendidas clavadas en las heridas. Conducíanse á las víctimas atadas con cuerdas unas á otras, y se las obligaba á andar á latigazos. Niños y mujeres marchaban cantando el cantar que dice: *En verdad, venimos de Dios y á Dios volvemos*. Sus voces se elevaban estrepidamente sobre el silencio profundo de la multitud. Cuando uno de los ajusticiados caía y se le obligaba á levantarse á latigazos ó á bayonetazos, por pocas fuerzas que le quedasen, á pesar de la pérdida de sangre que chorreaba por todos sus miembros, se ponía á cantar y gritaba en el colmo del entusiasmo: *En verdad, venimos de Dios y á Dios volvemos*. Algunos niños expiraron en el trayecto. Los verdugos pusieron sus

(1) *Las luchas de nuestros días*, II, 134.

(2) *Les religions et les philosophies de l'Assie centrale* (Paris, 1865).

(3) *Ibidem*, pág. 301 y siguientes.

cuerpos á los pies de sus padres y de sus hermanos, los cuales marcharon arrogantemente por encima de ellos sin dirigirles una mirada. Cuando se llegó al lugar de la ejecución, se propuso de nuevo á las víctimas la vida por la apostasía. Un verdugo tuvo la ocurrencia de decir á un padre que, si no cedía, cortaría la cabeza á sus dos hijos sobre su pecho. Eran éstos dos niños, el mayor de los cuales contaba catorce años, y que, enrojecidos por su propia sangre y con las carnes tostadas, escuchaban fríamente aquel diálogo; el padre, echándose en el suelo, respondió que estaba dispuesto, y el mayor de los niños, reclamando furioso su derecho de primogenitura, pidió que se le degollase el primero (1). Por último, todo acabó: la noche cubrió aquel montón informe de carnes; las cabezas estaban atadas formando grupos en el pilar de justicia, y los perros de los arrabales se dirigían formando bandos hacia aquel sitio. Un discípulo que fue compañero de suplicio de Bab, como estuviese suspendido de una cuerda al lado de él en las murallas de Tebriz y esperando la muerte, no tenía en la boca más palabras que éstas: *¿Estás contento de mí, maestro?*

Después de los mártires de la religión, hemos tenido los mártires de la revolución francesa, que subían tranquilamente al cadalso. No sé que nadie haya explicado su sacrificio por otra causa que por fanatismo ó apasionamiento. Y en el origen mismo del cristianismo, lo que daba fortaleza á los mártires para padecer y morir, no era «la fuerza de la religión, sino un estado de éxtasis, que sólo las grandes causas tienen el privilegio de producir» (2). Más aún: parece que cada mártir, al aceptar el sufrimiento, lo consideraba como un mal ne-

(1) Antes que éste, tengo que dar á conocer un detalle anterior. Algunos sectarios, á quienes querían obligar á que se retractaran, fueron atados á la boca de un cañón con una larga mecha y quemados á fuego lento. Se les permitía que cortasen la mecha si renegaban de Bab. Ellos, con los brazos extendidos hacia la hoguera, les suplicaban que se dieran prisa á consumir su felicidad.

(2) Stuart Mill, *Three essays on religion*, I.

cesario ó un medio para conseguir un fin superior; y como todo acto de la voluntad es producido en la generalidad de los casos por la idea final que promete mayor placer, «los mártires del cristianismo, al sobrellevar los más crueles tormentos y sufrir la muerte por su fe, hicieron lo que les parecía más agradable relativamente» (1). Por otra parte, la fisiología prueba que cuando la fuerza cerebral se reconcentra en los centros de sensibilidad somática ú orgánica, en los de la inteligencia y de la voluntad ó en otros puntos que no sean de la sensibilidad ordinaria, ésta no se halla en tensión, y no hallándose, no es excitable y se producen la anestesia y la hiperestesia psíquica (2). Antes de la invención del cloroformo, los pacientes soportaban algunas veces violentas operaciones sin dar ningún signo de dolor, y después declaraban que no habían sentido nada, habiendo reconcentrado su pensamiento, por un poderoso esfuerzo de atención, en una idea que les cautivaba (3). ¡Cuántos mártires han sufrido el tormento con serenidad perfecta, sin que de su parte tuvieran que hacer esfuerzos, ni hallaran dificultad alguna en mantenerla! *La atención extática estaba de tal manera llena de las beatíficas visiones que á sus deslumbrados ojos se presentaban, que las torturas corporales no les causaban ningún dolor* (4). Por eso los paganos veían en el entusiasmo con que los cristianos corrían á la muerte, no el efecto de un valor verdadero, sino de un extravío fanático, semejante al que mostraban otras sectas de Oriente. Asistían á sus suplicios como los embajadores de la corte de Augusto al suicidio público del budista Zarmanochegas, que en Atenas se echó á quemar en una pira funeraria para demostrar su creencia en la nulidad de la existencia terrestre. Ya el gymnosofista Calumus se quemó voluntariamente y para desembarazarse de la

(1) Schneider, *Thieresche Wille*, pág. 79.

(2) Baroja, *Estudio de psicofísica acerca del dolor*, pág. 27.

(3) Ribot, *Psychologie de l'attention*, c. 3.

(4) Carpenter, *Mental Physiology*, c. 3.

vida en presencia del ejército de Alejandro. De aquí la comparación que se establecía entre los cristianos y los bramanes, comparación que ya conocía Tertuliano, y de cuyos cargos se defendía al decir: *Neque bachmanæ aut indorum gymnosophistæ sumus* (1). Hoy mismo sucede lo que con los mártires, respecto á la insensibilidad, con los *faquires* de la India, que se destrozan las carnes con ganchos, y los *derviches* de la misma región, que, según relatan los viajeros, juegan con barras de hierro enrojecidas. En los casos de debilidad de la atención pasajera (manía, embriaguez) ó congénita (imbecilidad, idiotismo), la sensación de dolor no se siente con energía (2).

El criterio es duro, pero no es mío. Sin aplicarlo con todo rigor á los mártires cristianos, no puedo, por respeto á la verdad, dejar de hacer ver que aun hoy mismo las razas orientales encuentran en los suplicios, sobrellevados con paciencia por la fe, una especie de agria voluptuosidad. Considero también de mi deber y mi derecho recordar, con Guyau (3), que los filósofos de la época del Imperio recomendaban, sin duda, un desprecio de la muerte y del sufrimiento análogo al que practicaban los cristianos; aún más, el ideal estoico de Epicteto tiene muchos puntos de contacto con el cristiano; pero, según Epicteto, los galileos obraban por cos-

(1) «Nuestra simpatía—dice Stendhal—nos da la idea de un dolor que realmente no ha existido nunca: la mayor parte de los mártires se ha visto más ó menos en estado de éxtasis. De 1820 á 1823, seiscientas mujeres de Bengala se han quemado espontáneamente sobre las tumbas de sus maridos. He aquí un sacrificio verdaderamente sentido, un dolor realmente atroz. Nada más fácil para los apóstoles de una religión bien fundada que persuadir á las almas poéticas de que van á conseguir un bien eterno al precio de un dolor de algunas horas... Esos momentos de pasión profunda, de insensibilidad y de éxtasis, se han reproducido frecuentemente en esas epidemias de entusiasmo, de que tantos ejemplos nos presenta la historia... Gracias á los trabajos científicos de Bertrand, sabemos de qué modo el magnetismo reduce la voluntad á una insensibilidad perfecta.» (*Promenades dans Rome*, t. II, pág. 13.)

(2) Esquirol, *Maladies mentales*, t. I, pág. 2.

(3) *Stoïcisme et christianisme*, IV.

tumbre y por atracción, al paso que el filósofo debe obrar por razón y reflexión. Marco Aurelio hace ver también el contraste palpable entre la conducta del filósofo, siempre pronto á morir «por su juicio propio», y el de los cristianos, cuya muerte era, á su vez, efecto de una «obstinación irracional»; ellos corren, dice, hacia la muerte, con la precipitación de las tropas ligeras, en tanto que el valor reflexivo del verdadero sabio la espera sin retroceder. Así se mantenía la oposición de los cristianos y de los filósofos; al quitar á los «galileos» la reflexión, se les pretendía quitar el mérito, se les despojaba del derecho á la admiración; y su martirio, en lugar de parecer un sacrificio, parecía ser una *demencia* producida por el fanatismo.

En la filosofía contemporánea se han levantado voces no menos desfavorables al martirio; y, aunque algo exageradas, no dejan de encerrar una parte de razón. Así, según Nietzsche, «es tan falso que un mártir pueda demostrar la verdad de una cosa, que me atrevería á afirmar que el mártir nunca ha tenido que ver con la verdad... Los suplicios de los mártires han sido una gran desgracia para la historia, pues han sugestionado á muchos». De parecida manera copia Guyau: «Confesar en la acción como verdadero lo que lo es para el pensamiento, debe ser siempre una situación provisional y una afirmación condicional; yo hago esto *suponiendo* que esto sea un deber, que yo tengo un deber absoluto. Mil acciones de este género no pueden establecer una verdad. La multitud de mártires ha hecho triunfar al cristianismo; un débil razonamiento basta para destruirle. ¡Cuánto ganaría la humanidad si todos los sacrificios fuesen á favor de la ciencia, y no de la fe; si se muriese, no para defender una creencia, sino para descubrir una verdad, por mínima que fuese! Así lo hicieron Empedocles y Plinio, y en nuestros días tantos sabios, médicos y exploradores. ¡Cuántas existencias se han perdido por defender una fe falsa, que hubieran podido ser utilizadas para la humanidad y la ciencia!»

El martirio, en medio de su grandeza, encerraba también el germen de un peligro: me refiero á la intransigencia. «La serie de valerosas víctimas que se encabeza con San Esteban —escribe Renan (1),—ha ejercido una influencia particular en la historia del espíritu humano, introduciendo en el mundo occidental un elemento que le faltaba, la fe exclusiva y absoluta, y la idea de que sólo hay una religión buena y verdadera. De este modo los mártires dieron principio á la era de la intolerancia. Puede decirse, sin temor á engañarse, que el que da la vida por su fe sería intolerante si fuese el dueño. El cristianismo, que después de trescientos años de persecuciones se convirtió á su vez en dominador, fue más perseguidor que ninguna religión lo había sido. Cuando se ha vertido la sangre por una causa, se está muy propenso á verter la de otros para conservar el tesoro conquistado.» «Las personas que consideran como milagroso y quimérico lo que en la historia traspasa los límites del buen sentido común—agrega más adelante (2),—deben encontrar estas cosas inexplicables. La condición fundamental de la crítica es saber comprender los diversos estados del alma humana. La fe absoluta es para nosotros un hecho completamente extraño. Fuera de las ciencias positivas y de la certeza hasta cierto punto material, toda opinión es, á nuestros ojos, una probabilidad que significa una parte de verdad y una parte de error. La parte de error podrá ser tan pequeña como se quiera, pero jamás se reducirá á cero cuando se trata de cosas morales que implican una cuestión de arte, de forma literaria, de lenguaje, de personalidad. Esta manera de ver las cosas no es propia de espíritus estrechos y obstinados, como los orientales. La manera de ser de estas gentes no es como la nuestra: su ojo es el ojo de esmalte de los personajes mosaicos, empañado, fijo. Sólo ven una cosa á la vez, y esta cosa les gobierna, se apodera de ellos y no les

(1) *Les apôtres*, c. VIII.

(2) *Ibidem*, c. XIX.

deja dueños de creer ó de no creer, ni son capaces de reflexionar ni tener ningún oculto pensamiento sobre aquel punto. Abrazada de este modo la opinión, se deja matar por ella. El mártir es en religión lo que el hombre de partido es en política. No ha habido muchos mártires de gran inteligencia. Los confesores del tiempo de Diocleciano debieron ser, después de la paz de la Iglesia, incómodos é imperiosos personajes. El hombre nunca es tolerante cuando cree que toda la razón está de su parte y que el error está por parte de otros.»

La idea que inspira este largo pasaje de Renan es, hablando de un modo general, indiscutible, y por mi parte la acepto en conjunto. Pero cuando el mismo autor concluye que «el hombre nunca es tolerante cuando cree toda la razón está de su parte y que el error está por parte de los otros», lo que equivale á confundir la certidumbre ó convicción con la intolerancia, la tolerancia con el escepticismo, ya no puedo ser de su opinión. Renan hubiera debido apoyarse en una razón más á la mano para convencer á los teólogos de la falsedad de su punto de partida en el argumento de los mártires. ¿Quién no ve, en efecto, la extraordinaria impropiedad de la palabra intolerancia, así empleada, y hasta la petición de principio, cometida por Renan al identificar de esa suerte cosas tan distintas: la certidumbre, hecho interior; la intolerancia, práctica exterior; la convicción, que se refiere á las doctrinas; la intolerancia, que concierne á las personas? El geómetra, por ejemplo, ¿es intolerante en principio ó en el sentido de Renan? Bien miradas las cosas, el geómetra puede menos que nadie admitir lo opuesto á sus teoremas. Mas no por esto es intolerante, sino que, por el contrario, el hecho mismo de poseer una demostración le induce á rechazar todo empleo de presión para imponer á los demás sus teoremas; presión contraria á la esencia misma de la ciencia, que procede por examen y no puede emplear otro medio que la prueba. Y por lo mismo que no necesita en ella la persuasión ceder su puesto á la violencia, no tiene para qué recurrir á la afirmación imper-

térrita ó al sacrificio personal, y lo único que más bien sacrifica á veces, para mejor consolidarse, es parte de su verdad misma. Como dicen los Chinos, en su buen sentido vulgar, «cuando la razón nos asiste, nada arriesgamos con conceder las tres décimas partes de nuestra opinión». La geometría no ha sido nunca intolerante, precisamente porque ha sido siempre cierta; la física lo ha sido algunas veces por estar inficionada de metafísica, y ha cesado de serlo desde que se ha hecho ciencia experimental. En cambio, la religión lo ha sido frecuente y naturalmente, ó, como quiere Belot (1), *necesariamente*, á causa de que no es más que pura *creencia*. Por lo demás, Renan viene á reconocer esto mismo en otra obra (2) al juzgar uno de los acontecimientos más capitales y ruidosos de la historia de la intolerancia: la actitud de Galileo ante sus enemigos. «Galileo—dice Renan—es el hombre más grande que ha habido en el orden de lo verdadero; fue animoso; sin embargo, no fue un héroe, y tuvo razón para no serlo. Extráñase algunas veces que Galileo haya estado un poco débil, que consintiera en retractarse, como erróneas, de proposiciones que sabía bien eran verdaderas. Es que veía que su muerte no serviría de nada á la demostración de sus certidumbres. *No se es mártir sino por cosas de las que no se está bien seguro*. Si los sistemas por los cuales el pobre Giordano Bruno se dejó quemar en el campo de las Flores hubieran sido tan verdaderos como los de Galileo, posible es que él no juzgase á propósito el afirmarlos á costa de su vida. Un teorema de Arquímedes no habría ganado nada con que Arquímedes se hubiera hecho matar por él. Cuando se tiene la verdad, no hace falta esforzarse en realizarla. La verdad no necesita ser proclamada: basta enunciarla.»

Ahora bien: es de todo punto evidente que los cristianos, al hallarse seguros de que su religión era la única verdadera,

(1) *Revue Philosophique*, Septiembre 1892.

(2) *Nouvelles études d'histoire religieuse*, prefacio (Paris, 1884).

no quisieron tolerar el culto de ninguna otra, y por eso no hubo tolerancia con ellos. «Los romanos — ha dicho Voltaire con su maligno gracejo (1)—permitían todos los cultos, hasta el de los judíos y los egipcios, á los que tanto despreciaban. ¿Por qué Roma toleraba esos cultos? Porque ni los egipcios ni los judíos pensaron en exterminar la antigua religión del imperio, y, por lo tanto, no recorrían la tierra ni los mares haciendo prosélitos, pensando más en el alma del negocio que en el negocio del alma. Empero los cristianos trabajaban para que su religión fuera la única. Los judíos no querían que la estatua de Júpiter estuviera en Jerusalem; pero los cristianos no querían que estuviese en el Capitolio. Santo Tomás tiene la buena fe de confesar que los cristianos no destronaron á los emperadores porque no pudieron. Se empeñaron en que toda la tierra debía ser cristiana; fueron, pues, necesariamente enemigos de toda la tierra, hasta que ésta se convirtió al cristianismo.» De aquí que la persecución que sufrieron deba mirarse como política, y no como religiosa. Si se quiso forzar á los cristianos á adorar las estatuas de los emperadores, fue para arrancarles un acto de sumisión á la autoridad temporal (2). Las religiones antiguas, no mostrando la salvación como recompensa de la fe, no tenían la obligación moral de ser intolerantes; un Torquemada hubiera sido imposible en Roma, aun bajo Decio (3). Richelieu, luchando contra los protestantes, ofrece una imagen más exacta de la lucha de los emperadores contra el cristianismo (4).

Además, para que el testimonio de los mártires fuese hoy válido, se requeriría que en aquel tiempo hubiese sido univer-

(1) *Dictionnaire philosophique*, art. MARTYRS.

(2) Leblant, *Bases juridiques des poursuites dirigées contre les martyrs*, en *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions* (1866); Görres, *Cristenverfolgung*, en *Realencyclopädie*, de Krauss (1880).

(3) Overbeck, *Lois des empereurs romains contre le christianisme*, (1857); Aubé, *Histoire des persecutions de l'Eglise*, I, 74.

(4) Reinach, *Manuel de philologie classique*, t. I, pág. 379; mi libro sobre *Las iglesias del Estado*, V, 2, 78.

sal. ¿Podemos en buena lógica proclamar esta universalidad? Harto temerario sería, cuando ya San Cipriano conoció excepciones; pues nos habla de muchos mártires que buscaban rescatar «toda una vida de adulterio, embriaguez, asesinato, fraude y rapiña» con el suplicio de un momento, poco diferente de un triunfo, y condenado muchas veces como un suicidio. El martirio era entonces lo que después fue la confesión: un bálsamo barato para todos los remordimientos. En las festividades de la gentilidad, los cristianos avanzaban adrede por entre las turbas para tirar á los ídolos de sus altares. ¿Por qué, sino por su ciego convencimiento de que con tal de someterse al «bautismo de sangre» se obtenía siempre gracia, consumaban esas temeridades prohibidas por el Cristianismo?

Examinando, por último, la razón humana ó antropológica del martirio, no ya desde el punto de vista del egoísmo, sino en su aspecto altruísta y social, hallamos que estaba fundado en la idea de redención, es decir, de la doctrina de la reconciliación cristiana que había salido de los antiguos sacrificios judíos. Si bien no he de afirmar yo, como lo afirmó Strauss (1), que en el fondo del antiguo uso de los sacrificios expiatorios había un piadoso sentimiento oculto bajo una capa grosera, y que la transformación que experimentó en el Cristianismo no fue un perfeccionamiento, sino un retroceso, cierto es, y todo el mundo lo sabe, que los sacrificios con que los pueblos bárbaros creían apaciguar la cólera de sus dioses eran, en su origen, sacrificios humanos; y en tal sentido, se verificó un indudable progreso cuando se comenzaron á ofrecer animales en vez de hombres. Reapareció después el sacrificio humano, aunque, á la verdad, como una metáfora; no se trató ya de un sacrificio formal, ejecutado por el sacerdote; y, sin embargo, la condenación y ejecución criminal del Mesías, del hijo de Dios, que había aceptado su suerte con resignación por un pueblo extraviado y sus jefes, se consideró como un sacrificio

(1) *Der alte und der neue Glaube*, I, 7.

expiatorio. Este nuevo despertar de la creencia en la eficacia de la sangre humana para la remisión de los pecados, es el que parece haber arrastrado á los primeros cristianos «á su delirio de inmólación. La muerte de un mártir, según Orígenes, era bastante á asegurar la salvación de la humanidad, como sucedió con Cristo. Así es que muchos buscaban ocasión de morir, y quisieron dar su vida para juntar su propio sacrificio con el del Hombre-Dios» (1).

¿Significa esto que los mártires del Cristianismo deben ser tenidos por fanáticos equivocados, supersticiosos egoístas ó místicos ridículos? ¡Líbreme el cielo, no ya de insinuar, pero de creer siquiera tan sacrílega é impía abominación! Hubo una época en que la idea de los martirios cristianos tuvo tantos apologistas como detractores. Los unos veían en ellos la mejor y casi la única prueba de la verdad de la religión cristiana. Los otros se burlaban de cuantas leyendas inventó sobre ellos la tradición de las iglesias. Nuestra edad es más justa. No hay nadie hoy que piense disputar á los mártires su sublimidad y su grandeza; nadie, ó casi nadie, que no reconozca en su inmólación el desafío á las persecuciones suscitadas por las absurdas leyes del imperio romano. El escritor que más injusto ha estado con el cristianismo, en cuanto al punto aludido, es el ya popular Merejkowsky (2). Por lo mismo, son muy significativas sus afirmaciones sobre los mártires cristianos del tiempo de Juliano el Apóstata. Hablando de una de las más rabiosas persecuciones de este emperador, dice textualmente: «Nadie pensaba en huir; todos se sentían contagiados por la fiebre del martirio. Los bátavos y los celtas se espantaban ante aquella prisa por morir de todas aquellas gentes sonrientes y humildes. Hasta los niños se arrojaban sobre las lanzas y los sables. Juliano quiso detener la matanza, pero era demasiado tarde: las moscas volaban hacia la miel. No pudo sino

(1) Picard, *Semites et Aryens*, pág. 94.

(2) *La mort des dieux*, II, 1.

exclamar con desesperación y amargura: *¡Desgraciados, si la vida os pesa, no os sería difícil abreviarla por vuestra mano!*» En páginas anteriores, hemos visto á los estoicos hacer aseveraciones semejantes.

No repetiré lo que he dicho más arriba. Estoy convencido de que entre los mártires de las religiones del mundo, los cristianos han sido los más nobles, los más desinteresados, los más populares. A ellos pertenece, sin disputa, el honor de haber entrevisto esas grandes verdades de instinto, que hacen de la abnegación el sentimiento religioso por excelencia y la clave de la salvación del mundo; á ellos corresponde la gloria de haber matado las divinidades paganas al precio de su vida y al grito supremo de la fe: *Creo en la unidad de Dios. Credo in unum Deum*. Tengamos presente que el martirio es cosa muy grande y muy santa para ser mirado como alucinación de hombres obcecados; mirémosle siempre como la protesta de la libertad evangélica contra la resistencia viva y tiránica del agonizante paganismo; pero guardémonos de un exclusivismo que nos prohíba estudiarlo con criterio científico, psicológica é históricamente.

La sociología, según en otro artículo veremos, trata principalmente de investigar la conformidad de sentimientos de los individuos en las corrientes que Durkheim (1) llama *suicidógenas* y Richard (2) *típicas*, haciendo ver el importante papel que en ellas juegan la imitación ó el ejemplo. Basada en tales datos, nos enseña aquella ciencia que «lo que se llama creencia general, y que se contagia á todos, se reduce á la fe en la fe de otros» (3); y que «las emociones morbosas del sentimiento religioso poseen, más que ninguna otra, tendencia á propagarse en forma epidémica» (4). La frase de Tertuliano: *La sangre de los mártires es semilla de cristianos*, ha sido siem-

(1) Obra citada, pág. 115.

(2) *L'année sociologique*, 1898.

(3) González Serrano, *Goethe*, 472.

(4) Ribot, *Psychologie des sentiments*, II, 9.

pre el secreto del prestigio de todas las sectas oprimidas. La experiencia enseña que las persecuciones, cuanto mayores son, más favorecen la expansión ó institución que se persigue. Sienkiewicz (1) hace notar que «las desbordadas medidas de crueldad de Nerón respondían en igual proporción al anhelo de martirio de las masas... El pueblo romano hallábase ya harto de sangre, y manifestaba un cansancio creciente y una alarma que cada día tomaba proporciones mayores, á causa de la actitud sin precedentes que observaban en el trance postrero los condenados... Y temores semejantes al del supersticioso Vestinio, empezaron á dominar á millares de individuos... Entre las multitudes referíanse consejas maravillosas respecto á la índole vengativa del Dios de los cristianos. El tifus de las prisiones, que se había extendido por la ciudad, venía á dar pábulo mayor á la general zozobra... El número de funerales aumentaba incesantemente, y se repetía de boca en boca la afirmación de que serían necesarios nuevos *piacula* para apaciguar al desconocido dios... Se hicieron entonces ofrendas en los templos de Jove y Libitina... Y, por último, á despecho de todos los esfuerzos de Tigelino y sus secuaces, siguió propagándose por el pueblo la opinión de que la ciudad había sido incendiada por orden del César, y de que á los cristianos se les estaba castigando injustamente».

De igual modo, como observa Green, la persecución de los puritanos y los presbiterianos, á comienzos del siglo xvii, sirvió sólo para dar una nueva vida y una inmensa popularidad á las doctrinas que estaba destinada á destruir. Cuando, en el suceso de los *babis* relatado más arriba, pululaban por las calles de Teherán dilatadas filas de mártires como un incendio viviente (ya se ha dicho que los desgraciados llevaban fijas en todas las partes de su cuerpo mechas encendidas), vióse á gentes y personas, hasta entonces extrañas á la secta, ó que apenas pertenecían á ella, salir de su casa, ir á denunciarse á sí

(1) *Quo vadis?*, 242, 377.

mismas y agregarse al cortejo de los ajusticiados, para ser torturadas con ellos y ahogadas en aquel baño de sangre. No hay que dudarlo: es tan agradable al hombre sufrir por algo, que en muchos casos el incentivo del mártir basta para hacer creer. «La abnegación absoluta—dice Renán (1)—es para las naturalezas delicadas el más exquisito de los goces, y una especie de necesidad.»

Y ahora, ¿se reconocerá ya que los perseguidores crean los mártires, como el caritativo Juan de Robles de la popular conseja creaba los pobres de su hospital? ¿Se reconocerá inversamente que sin perseguidores el mártir es una energía inútil, un apóstol inoportuno? Muchos ejemplos de este último caso pudieran aducirse: á fin de no fatigar al lector, citaré tan sólo uno tomado de la historia de un pueblo muy calumniado en punto á intolerancia (2): el pueblo árabe. Nada más inexacto que figurarse á los secuaces del islamismo como una secta fanática, intolerante y hostil á todo culto que no fuese el de Alah: era, por el contrario, transigente y civilizada, como lo demuestra muy bien la acogida que tuvo San Francisco de Asís cuando, inflamado por la llama de indiscreto celo, se presentó al sultán de Egipto, creyendo encontrar en él un segundo Diocleciano. Bossuet, en el panegírico de aquel santo, no tiene reparo en decir: «Corre al martirio *como un insensato*, sin que detengan su ardor ni los ríos, ni las montañas, ni el vasto espacio de los mares. Va al Asia, al Africa, á todos los países donde cree que es mayor el odio contra el nombre de Jesús; predica á estos pueblos la gloria del Evangelio, y les descubre las imposturas de Mahoma, su falso profeta. Estas impugnaciones tan vehementes, ¿cómo es que no excitan la ira de estos bárbaros contra el generoso Francisco? *Al contrario: admiran su infatigable celo, su invencible firmeza, su prodigioso menosprecio de todas las cosas del mundo, y le*

(1) *Les apôtres*, c. XIX.

(2) Véase mi escrito *Democracia y clericalismo*, VI, 45.

rinden mil homenajes de honor. Francisco, indignado de verse tan respetado por los enemigos de su Maestro, reproduce las invectivas contra su monstruosa religión; pero, ¡extraña y maravillosa insensibilidad!, nada consigue, sino mayores muestras de deferencia. Viendo este bravo atleta de Jesucristo que no podía merecer el don de que le diesen la muerte, decía á su compañero: Salgamos de aquí, hermano mío; huyamos de estos bárbaros demasiado humanos para nosotros, puesto que no podemos obligarlos, ni á adorar á nuestro Maestro, ni á perseguir á los que, como nosotros, somos servidores suyos».

¿Por qué, pues—volvemos á preguntar,—deben los mártires clasificarse entre los suicidas? Compendiando nuestras investigaciones, obtenemos una respuesta triple: a) porque el martirio es tan general en la humanidad como el suicidio, é implica como él la negación de la sensibilidad y la personalidad sensible; b) porque su sacrificio nace de un sentimiento egoísta, cual es la intolerancia; c) porque ambas tendencias se propagan de un modo epidémico. ¿Podrá pretenderse que hombres que se lanzan á la muerte en condiciones de exaltación, sugestión colectiva y desprecio por la vida terrestre, no son suicidas? Pues entonces, ¿qué es el suicidio? ¿Quiere alguno decirme cómo debe definirse? En un artículo que preparo volveré á ocuparme de él desde un punto de vista más psicológico, y haré ver que esas variedades religiosas, y otras más individuales todavía, tienen su razón social en la misma naturaleza humana.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

BAJO D. AMADEO DE SABOYA

CÓMO SE FORMÓ EL ÚLTIMO MINISTERIO RADICAL

I

Aquello ni fue reinar ni fue vivir. La catalepsia que padecía España había inficionado á los hombres de todos los partidos. ¿Era posible que la obra sustancial de las Constituyentes de 1869 subsistiera después del trágico atentado de la calle del Turco? Asesinado Prim, la verdadera cabeza de la revolución había caído por el suelo. Tomó Topete interinamente la jefatura del último Gobierno efímero que formó la Regencia del duque de la Torre, y hubo quien se alegró, considerando el hecho como un feliz presagio para el partido conservador de la nueva Monarquía, y como afirmado el poder por mucho tiempo en manos de los que se habían agrupado en torno á la jefatura del general Serrano. El mismo Topete adoleció de este error, engriéndole la idea de que, á su llegada á Madrid, el rey electo le ratificaría la confianza que había recibido sobre el cadáver ensangrentado del marqués de los Castillejos.

Era un espíritu supersticioso que auguró mal de que el día de la entrada del príncipe italiano en Madrid cubriera las calles de la capital la misma alfombra de nieve que se enrojeció nueve días antes con la sangre de Prim; y cuando, presentada la dimisión del Gabinete que había presidido, compuesto de Montero Ríos, Moret, general Antequera, Sagasta, Echeगा-

ray y López de Ayala, el rey Amadeo, con aparente aprobación de todo el mundo, propuso la constitución de un Ministerio de conciliación en que por partes iguales entrasen ministros de las dos significaciones en que se habían dividido los que habían elaborado la Constitución y el nuevo Trono y se alistaban respectivamente en los dos organismos necesarios para el turno de la gobernación, quedó recónditamente tan molestado, que pretextando un gran sacrificio, se obstinó en no tomar parte en el primer Gabinete del reinado que acababa de inaugurarse.

El Ministerio quedó constituido por el general Serrano, que lo presidía con Ulloa, Sagasta, el general Pieltáin y López de Ayala, que ya públicamente comulgaban de conservadores, y con Ruiz Zorrilla, Martos, Moret y el general Beránger, que presumían de ser la izquierda radical. Con todo, los conservadores natos de la revolución no se satisfacían con obtener un ministro de ventaja sobre sus adversarios, además de la que les daba la personalidad del duque de la Torre, que seguía siendo el eje del poder y de la política, y Ríos y Rosas, á pesar de sus inclinaciones hacia el duque de Montpensier, bramaba de la rustiquez moral de Topete, pues le decía:—Ha cometido usted una torpeza: lo primero es meter un pie en la situación; y cuando el pie se ha metido, moviéndole á derecha é izquierda, se ensancha y despeja el terreno sobre que se asienta. ¡Ya verá usted cómo les trepan los radicales!—Y en efecto, fue así: viviendo con vilipendio, aquel Gobierno tiró seis meses y veinte días en el poder; pero ¡qué seis mesecitos!

Ríos y Rosas se equivocó en el pronóstico que formó, cuando se excusó Topete, en el juicio que había formado acerca del influjo predominante que en el rey erigido por el sufragio de unas Cortes revolucionarias creyó que había de ejercer el partido radical.

Ríos y Rosas creyó que D. Amadeo, asesorado de su consejero íntimo el marqués de Dragonetti, vendría á secundar en España la política que debía haber observado en su propia

casa de Italia, donde los reyes de Cerdeña, desde 1848, se habían entregado sistemática y absolutamente en brazos de los hombres de opiniones más avanzadas: lo uno, para despertar el patriotismo agitador é impulsar por medio de él las revoluciones que habían de dar por resultado la unidad italiana; lo segundo, para salvar en su propia monarquía el símbolo de esta unidad y sus avances, y ponerla á cubierto de las eventualidades de los grandes trastornos políticos, toda vez que las masas fanatizadas en los clubs y en las masonerías, inevitablemente habían de juntar á la pasión por la unidad el afán de las reformas democráticas, cuya última aspiración se condensa en el Gobierno republicano. Ríos y Rosas sabía que en Italia, desde 1848, el Gobierno de la gran evolución se llamó primero César Balbo; después Gioberti; después D'Azeglio, y en seguida Cavour, de 1853 á 1861. En este año, Lamármora presidía el Gabinete del gobierno italiano. A Lamármora sucedió Ricasoli; á Ricasoli, Lanza, y tras Lanza se guardaban en el pecho del rey Víctor Manuel los nombres de Mingheti, de Depretis, de Cairoli, de Crispi, todos procedentes de la legión avanzada que ayudó las empresas de Garibaldi, cuya fe política fundamental fue la República. Era lícito que Ríos y Rosas abrigase, bajo D. Amadeo, la misma aprensión. Mucho empujaban de atrás los que, con la vista puesta en la dinastía proscrita y en las noticias redentoras que del príncipe heredero D. Alfonso llegaban del Teresiano de Viena, sin abandonar el manubrio de las reformas revolucionarias, vivían asidos al pabellón conservador; pero la situación existente el 4 de Enero de 1870 estaba entregada de todo punto á las fuerzas más avanzadas que la Revolución produjo de sí misma; y Castelar, el ídolo de los demócratas doctrinarios de los dos mundos; Figueras, en cuya habilidad estratégica se tenía gran fe; Pi y Margall, que encendía los fanatismos plebeyos; el marqués de Albaida, que era el sentido práctico y común del Parlamento; Salmerón, que había engendrado una generación de filósofos indomables, y toda aquella juventud que se había formado en torno de hom-

bres de tal empuje, gravitaban más en la pendiente fatal de los sucesos que todas las ilustraciones y todos los estadistas que no habían podido evitar en 1868 la catástrofe de la Monarquía secular.

Ríos y Rosas creía que la parte de estos estadistas que se había creado en el palenque de las Constituyentes de 1869, reforzada por los elementos valiosos de la revolución á que se habían adherido, bastábanse á sí mismos para sostener la avalancha del republicanismo, cada vez más desesperado y audaz, y para prestar un cimiento sólido á la Monarquía, que había salido del voto de los 191. ¡Error notable en un hombre de su ilustración, de su experiencia y de su perspicacia! Pero su propio patriotismo le ofuscaba y le impedía ver claramente la realidad. Si hubiera sido posible salvar de algún modo la Monarquía de D. Amadeo de Saboya, hubiera sido compeliendo á este príncipe á proseguir en España el mismo procedimiento empleado por su augusto progenitor en Italia, y con el que, habiendo atravesado toda la revolución nacional de aquella península, pudo simbolizar en su casa y dinastía todo el movimiento que le disputaban los partidarios ardientes de la República. Entregarse en brazos de los elementos conservadores, que por un espíritu de tradición superior á todas las más eficaces sugerencias, habían de tender en cuanto cada cual se sintiera elevado al nivel de sus aspiraciones personales á la sólida confirmación de lo que santifica el derecho, era lanzar la Monarquía extranjera, á la que se proponían servir, en el fallo inapelable de su completo fracaso. Esto fue lo que sucedió, y esto fue lo que, con su ruda franqueza, Ruiz Zorrilla había anunciado al mismo rey Amadeo: — «Señor — le decía en uno de aquellos esparcimientos que por algún tiempo D. Amadeo tuvo con el presidente de la comisión de las Cortes españolas, que había ido al palacio Pitti de Florencia á ofrecerle la corona, y que en Madrid le tomó solemnemente el juramento de su lealtad; — Señor, V. M. no puede figurarse el trabajo que me cuesta proponer á V. M. la consagración de un obispo, la

concesión de un título de Castilla ó la promoción al grado inmediato de un general.»—«¿Pues cómo?»—le interrumpió el monarca; y Ruiz Zorrilla continuó:—«Aquí tenemos un refrán que dice: *cada oveja con su pareja*; y cuando he consagrado un obispo, otorgado un título ó ascendido á un general, el general, el título y el obispo me han abandonado á la execración política de mi origen revolucionario y se han ido con los suyos. Perdóneme V. M.: V. M. hará lo mismo con sus pretendidos conservadores. En España, *conservador* es sinónimo de *alfonsino*».—¿Fue leal la advertencia de Ruiz Zorrilla á don Amadeo? Nadie lo dudará, como tampoco que Ruiz Zorrilla leía en el porvenir con mayor clarividencia que Ríos y Rosas.

Después del Gobierno primero de conciliación, D. Amadeo, durante su rápido paso por el trono, gobernó con dos Ministerios radicales y cuatro fusionistas. Con Ruiz Zorrilla, que había heredado la jefatura del general Prim sobre su hueste política, fueron ministros Rivero, Martos, Moret, el marqués de Mendigorria, Becerra, Echegaray, Gasset y Artime, Montero Ríos, el general Beránger, Ruiz Gómez, Madrazo, Mosquera y el general Pieltaín: total, catorce ministros. El duque de la Torre, en el partido fusionista, perdió de hecho la jefatura personal, aunque casi hasta su muerte conservó la moral. Trató de disputársela á Sagasta, y quiso ensayar otra jefatura militar con Malcampo: no obstante, el émulo de Ruiz Zorrilla era Sagasta, y Sagasta fue elevado sobre el pavés de todas las estirpes conservadoras de la revolución, hasta por Cánovas del Castillo, el representante genuino del *alfonsismo*, que le arrimó bien su hombro. Cuatro Gabinetes conservadores tuvo D. Amadeo, y en ellos fueron ministros el general Serrano Domínguez, el general Malcampo, Sagasta, Ulloa, López de Ayala, De Blas, Alonso Colmenares, Angulo, el general Bassols, el general Zavala, Candau, Balaguer, el general Gaminde, Montejo Robledo, el general Carbó, Groizard, el general Topete, Camacho, el general Rey y Caballero, Romero Robledo, Echegaray y Martín Herrera: total, veintidós, de los

que ocho fueron generales. No hay que decir que en este fusionismo había una parte que desde bastidores, y con manos ocultas, manejaba á su arbitrio el jefe del partido alfonsino, Cánovas del Castillo, que públicamente dió á una de aquellas cuatro combinaciones ministeriales á Elduayen; pues todo el mundo sabía que, cualquiera que fuese el punto que ocupasen y la representación política que afectaran desde el principio de la revolución, es decir, desde la batalla de Alcolea, eran hechuras exclusivas de Cánovas del Castillo, con quien ocultamente á diario comulgaban, rigiendo su conducta por sus mandatos, Ulloa, el general Zavala, López de Ayala y Romero Robledo.

La situación que en poco más de año y medio se creó, puede bien traslucirse por el siguiente interesante episodio de aquel período agitado de nuestra política contemporánea.

II

Hallámonos en 30 de Mayo de 1872. Aquel día, festividad del Corpus, el rey Amadeo había personalmente presidido, con su Gobierno, la histórica procesión que se celebra en todo el mundo católico desde que fue instituída por el Papa Urbano IV en 1264, es decir, un año antes del nacimiento de Dante Alighieri. Por la noche hubo banquete en palacio. Ruiz Zorrilla había sido invitado á este banquete, y los salones de su casa de la calle de San Marcos se hallaban materialmente repletos de toda la plana mayor del partido progresista democrático, que le reconocía por jefe, y por una inmensa concurrencia de los que, sin haber ocupado posiciones culminantes en la administración ni en la política, eran familiares en ellos. Era de creer que en el regio alcázar el *jefe de pelea* del partido radical habría conversado con D. Amadeo, y había infinita ansiedad por conocer sus impresiones.

Los salones de Ruiz Zorrilla ofrecían un carácter particu-

lar, que los diferenciaba de los de los otros jefes de partidos populares, cuyas puertas permanecían siempre abiertas para cuantos, á título de patriotas, las asaltaban con la mayor franqueza para mendigar destinos. Aun con ser la casa accesible á todos, no estaba franqueada á todos. Antes de que en ella se admitiese á alguno, se hacía preciso saber quién era, de dónde venía, adónde iba y quién le presentaba. Por algo, en materia de selección de gentes, Prim, argüido en cierta ocasión por Ruiz Zorrilla, tuvo que decirle: «*Pero, D. Manuel; ¿cree usted que yo he conspirado con arzobispos?*» La casa militante del partido que Ruiz Zorrilla dirigía, era para él *La Tertulia Progresista*. Su casa particular se reservaba para sus íntimos y predilectos.

El tono de aquella casa lo daba María Barbadillo, la esposa de Ruiz Zorrilla, mujer no agraciada, sí agradable, grave y sencilla, de una bondad exquisita y de una suprema modestia.

La tertulia habitual de esta dama era toda de familia: la mujer del general de ingenieros D. Francisco Ruiz Zorrilla; la de D. Sabino Herrero, Candelaria Ruiz del Arbol; la mujer y las tres hijas del magistrado del Supremo y senador electivo D. Miguel Zorrilla, que había sido diputado desde las Constituyentes de 1854 y había militado con el general O'Donnell en las filas de la antigua Unión liberal; la mujer y dos hijas de otro magistrado, Barbadillo; las del general Hidalgo y su hermana la señorita de Escartí, y algunas más que no recuerdo.

Por aquella sala pasaban los saludos respetuosos y del afecto de todos los que iban á conversar en la inmediata. Pocas galanterías, ni de parte de los jóvenes. Nada de música, ni baile, ni mesa de tresillo, ni dulces, ni tés. En una y otra estancia discurrían las horas, y se hacían siempre cortas solamente hablando ú oyendo hablar al jefe y á los demás. En la de los hombres se hacía política del jefe, y en la de las señoras se cultivaba la adoración que Ruiz Zorrilla profesaba á la

suya, y cuya única recomendación se sustentaba en el profundo respeto con que por todos se la trataba. Por su parte, María Barbadillo, enamorada de su marido, adivinaba los que la profesaban sentimientos sinceros de adhesión, y éstos eran sus más amigos.

Muy pasadas las once y media de la noche, Ruiz Zorrilla llegó de flamante uniforme y llevando al cuello las insignias de la orden italiana de *la Anunziata*, que en aquella Monarquía es casi de príncipes, como en España y Austria la del *Toisón de Oro*. En su mirada viva, en su sonrisa habitual, nadie pudo adivinar la menor impresión desagradable de su ánimo. Entró, como siempre, bromeando amablemente con su mujer. Saludó á todos. No contestó á derechas ninguna pregunta de las que cayeron sobre él como un diluvio, é inmediatamente se retiró á sus habitaciones reservadas á cambiar de traje. María Barbadillo le siguió, ignoro si por propio impulso ó si por muda indicación de su marido, pues los dos se entendían sin hablarse. Todos quedaron esperando, aún con mayor ansiedad que antes; y algunos, inspirados en los engreimientos íntimos de sus propios deseos, comentaban, con halagüeños augurios, la placidez que en el jefe habían notado.

No recuerdo si fue el marqués de Arlanza, si Juan Manuel Martínez, Andrés Solís ó algún otro de los más íntimos de la casa, quien, acercándose á Pepe Chacón, que estaba conmigo, dejó caer algunas palabras en su oído. Preguntéle yo: — *¿Qué te ha dicho?*—Y me contestó muy en secreto:—*Casi nada; don Manuel ha dicho á María: «Mañana nos vamos á Tablada», y María le ha contestado: «¡Ay! ¡Gracias á Dios!»* Los dos nos miramos, y quedamos estupefactos. Teníamos motivos para presumir que aquello era cierto.

Ni en D. Manuel, ni en su señora, conoció después nadie el menor cambio en sus espíritus. D. Manuel contó á todos, hasta con minuciosidad, las bagatelas del banquete y de la recepción, las personas que asistieron, sobre todo las damas y

los trajes que vestían, y hasta bromeó, dando celos á su mujer, por haber dado el brazo á la bella condesa de la Almina. ¡Ni una palabra de impresiones políticas á ninguno!

III

Para apreciar las circunstancias de la situación embarazosa en que *el jefe de pelea* del partido liberal de aquella efímera Monarquía se hallaba, hay que bosquejar á grandes rasgos el cuadro que entonces ofrecía la política general.

Si la larga propaganda que Olózaga, heredando *los odios tradicionales* de su partido, había hecho contra la dinastía legítima y secular en censura de los célebres *obstáculos tradicionales*, contribuyó en 1868, como antes en 1854, á las causas fundamentales de la revolución de Septiembre, no arrimaban menos el ascua respectiva al común incendio, por una parte, el empuje de la democracia, que lidiaba por conquistar é imponer los derechos políticos que son ya base de la sociedad moderna, y por otra las corruptelas con que, desde un principio, había funcionado en España la máquina constitucional. El ideal, en este último punto, un ideal casi quimérico, aun en naciones donde las prácticas parlamentarias han creado hábitos consuetudinarios y están tan arraigadas como en Inglaterra, es el turno pacífico de los dos partidos de gobierno, en que la teoría divide las opiniones directivas en el disfrute del poder.

Moderados y progresistas, en un principio, habían profesado esta doctrina desde las Cortes del Estatuto; pero en los hechos el sistema se había falseado siempre. Desde 1843 á 1854 no hubo más que Gobiernos moderados, cualquiera que fuese el sobrenombre con que sus infinitas fracciones se engalanaban, y de 1856 hasta 1868, á pesar del panliberalismo y de los resultados de la Unión liberal, los conservadores de todos los matices, desde O'Donnell á Narváez y desde Posada

Herrera á Nocedal y González Brabo, habían ejercido del mismo modo el absoluto monopolio de los Gobiernos, con exclusión sistemática del partido liberal, sólo impuesto por la violencia en 1840 y en las dos fechas revolucionarias posteriores, y la vez única que, después del célebre retraimiento de los *progresistas*, en la primavera de 1864, la Corona, bien inspirada, trató de allanar el camino para que aquel partido saliera de su actitud, colocándose en posición para ser llamado legalmente al poder, para lo que á la caída del Ministerio Arrazola-Benavides se trató de formar el mixto de unionistas disidentes y progresistas dinásticos que, presidido por el marqués del Duero, había de ofrecer puestos en su seno á Ríos y Rosas, don Ignacio Cantero y D. Antonio Cánovas del Castillo; un mar de intrigas lo destruyó momentos antes de jurar, aprobada ya la lista de sus ministros por la reina Isabel, para constituir en cambio el Ministerio Mon, que fue el inconsciente motor decisivo de la revolución, á pesar de los Gobiernos últimos de resistencia del general Narváez y del de paños calientes del duque de Tetuán, á quien sorprendió el famoso y sangriento 22 de Junio de 1866.

La injusta expulsión de la reina D.^a Isabel II había dado satisfacción á los que traían en su abolengo, por base, el divorcio con la dinastía desde el regreso de Fernando VII de la cautividad de Valençay. Las conquistas políticas democráticas se hallaban consignadas en el Código de 1869. Al rey de los 191 venido de Italia tocaba, por su parte, establecer, cuando menos, y ya que no siguiera el ejemplo que de su país traía, la normalidad práctica del sistema parlamentario, y, bien definidos los dos partidos políticos de la Monarquía, hacer que la teoría del turno pacífico fuera una realidad.

Por una arcana imposición de los hechos, al trocarse la interinidad revolucionaria en la normalidad legal por que se suspiraba, se efectuaba simultáneamente otra de las modificaciones sustanciales más importantes que desde 1840 ocurrían en nuestra política. El cambio de las jefaturas militares, que

desde la exaltación de los duques de la Victoria y de Valencia habían dirigido los partidos militantes de gobierno, pasando de éstos sucesivamente á los duques de Tetuán y de la Torre y al marqués de los Castillejos, por las jefaturas enteramente civiles que desde entonces han ejercido, en aquella efímera Monarquía, Ruiz Zorrilla y Sagasta; durante la República, Figueras, Pi y Margall, Castelar y Salmerón; durante el reinado de Alfonso XII y de la Regencia de la reina María Cristina, Cánovas del Castillo y Sagasta; y desde la muerte de Cánovas, Sagasta y D. Francisco Silvela.

Herido mortalmente, en una noche de nieve, el general Prim, fue sustituido en la jefatura del Gobierno interinamente, como se ha insinuado ya, el general Topete; y después de la entrada de D. Amadeo en Madrid, en aquella mañana en que apareció la capital cubierta del blanco sudario de nieve también, su primer Gabinete lo formó el general duque de la Torre, como jefe que había sido del Poder ejecutivo durante toda la larga interinidad revolucionaria; pero aquel Ministerio, primero de los siete ya referidos con que D. Amadeo reinó, y que los periódicos satíricos del tiempo llamaron *los siete pecados capitales*, fue como la consagración de toda la obra realizada, y así entraron coaligados en él Ulloa y López de Ayala, antiguos unionistas de O'Donnell, del mismo modo que su presidente, el general Serrano, y los dos primeros, especie de fiadores de la política conservadora que nadaba en lo oculto entre dos aguas, Sagasta y Ruiz Zorrilla, que procedían del partido progresista histórico, y Martos y Moret, que representaban la moderna democracia monárquica, y á los que se había afiliado el general Beránger. Rota á los seis meses esta coalición, bajo la cual se hicieron las elecciones generales para las primeras Cortes ordinarias, trataron de definirse los dos partidos parlamentarios, y Ruiz Zorrilla, que presidió el primer Gabinete compacto, que se formó el 24 de Julio de 1871, ya quedó calificado como jefe del partido liberal, aunque *jefe de pelea*, como lo confirmó Martos, que por su cultura intelec-

tual se creía ó creía á Rivero con más títulos que aquél para encauzar la herencia directiva del general Prim, y Sagasta, aunque bajo la tutela inmediata del duque de la Torre, y aun de Topete, bien que Topete fuese el comodín de todos, como bajo la Restauración el general Martínez Campos, y dentro de poco tal vez lo sea el general Weyler por haber fracasado en el ensayo de este mismo papel el general Polavieja, el del partido fusionista, que no era más que el partido conservador.

A los períodos geológicos y orgánicos de la Creación pueden compararse aquellos estremecimientos seísmicos y ciclónicos de los períodos febriles, rápidos y turbulentos en que se intentó realizar la división de estas fuerzas políticas, acabando antes con el Trono que mancomunadamente habían levantado, que con la acerada violencia de sus recíprocos rencores. En dos años se vivió más que en un siglo.

El primer gabinete *liberal* de Ruiz Zorrilla duró dos meses y doce días, desde el 24 de Julio al 5 de Octubre de 1871; el primero *conservador*, de Malcampo, más bien de transición, dos meses y diez y seis días, del 5 de Octubre al 21 de Diciembre. Los turrónes de aquella Nochebuena fueron para el segundo *conservador*, ya definitivo, primero que presidió Sagasta; pero su duración fue de dos meses menos un día, es decir, del 21 de Diciembre de 1871 al 20 de Febrero de 1872. También á Sagasta tocó presidir el tercero, que articuló con el anterior, y como en él tomó *la alternativa* de ministro *el pollo de Antequera*, Romero Robledo, la mano traviesa de Cánovas desde que se sentó en el Parlamento antes de cumplir los veinticinco años y ya lo aguzaba de galgo contra su émulo Ríos y Rosas, aquél, que siempre contó, y aún cuenta, con la fortuna que da la audacia, decía:—*¡Ea! ¡Ya se acabaron las crisis!* Pero á los tres meses y seis días, es decir, el 20 de Mayo, también le tocó caer. Entonces el duque de la Torre quiso cortar con la autoridad de su persona y de su nombre el hilo de aquella *mansa anarquía*, como Rivero apellidaba á aquella instabilidad epidémica, y formó el cuarto Ministerio conservador,

no sólo con Topete, sino con Elduayen, que Cánovas le dió. ¡Inútiles esfuerzos! Vino el día del Corpus, el banquete de palacio y la retirada de Ruiz Zorrilla á Tablada. Total: el último Ministerio conservador del reinado de Don Amadeo, duró... diez y ocho días.

Aunque verdaderamente la corta duración de cada uno de estos Ministerios no se prestaba para exagerar ningún linaje de impacencias, ni para determinar otros tantos cambios radicales de política, por sujetarse al nimio precepto convencional del *turno pacífico*, derrotado el primer Gabinete de Ruiz Zorrilla, de mala manera, en la elección de presidente del Congreso que acababa de reunir, los *cimbros*, contrariados por la derrota de Rivero, ya no dieron tregua ni cuartel á sus adversarios. Se hizo imposible la vida legal con el Parlamento abierto, y Candau, bajo el Gobierno de Malcampo, á fin de dominar el plazo constitucional de la vida de las Cortes de la conciliación, para elegir otras compactas ó de partido, entretuvo hábilmente las Cámaras con las discusiones de la *Internacional*, pues en el menor proyecto político que hubiera sometido á su deliberación habría sido derrotado en el momento. Esto no obstante, al sucederle en el poder Sagasta el 21 de Diciembre, no bien se presentó al Parlamento, el 22 de Enero siguiente, en la primera sesión y por una cuestión tan baladí como la de si se prorrogaba ó no por haber pasado las horas de reglamento, se pidió votación nominal, en que fue derrotado por 172 votos contra 121.

Componíase aquella Cámara de 95 unionistas de todas las fracciones, desde la de Ríos y Rosas hasta la de Cánovas del Castillo; 61 progresistas que seguían al jefe del Gobierno; 62 que reconocían la jefatura de Ruiz Zorrilla; 42 cimbros ó radicales de Rivero y Martos; 55 tradicionalistas de Nocedal y Canga Argüelles; 16 moderados de Esteban Collantes y Torreno; 47 republicanos de Figueras, Pi, Castelar y Lostau; un unitario, García Ruiz, y 8 indefinidos é indefinibles, entre los que se contaban el duque de Montpensier, el general Contre-

ras, el sobrino del príncipe de Vergara D. Cipriano Segundo Montesinos, el general Topete y otros cuatro.

Entonces se dió el peregrino caso de que el Ministerio derrotado, al llevar á la Corona la exposición de su derrota, falseando todos los principios del sistema representativo, descompusiera aquellas cifras que le habían sido hostiles, para demostrar que el Gobierno monárquico no había quedado vencido; pues mientras en los 121 diputados que votaron con él se computaban como tales los 46 sagastinos, los 46 fronterizos, los 19 canovistas, los 9 montpensieristas y un moderado, que le dieron su óbolo, de los 172 que votaron en mayoría se descontaron 34 votos de los republicanos, 29 de los carlistas y 7 de moderados, dejando reducida la legalidad del acto á los 100 radicales y 2 independientes del partido monárquico contrario. Con todo, hubo que suspender las sesiones.

Todo el mundo esperaba que Sagasta seguiría el ejemplo dado en caso análogo por Ruiz Zorrilla al ser derrotado en la cuestión presidencial. Pero no fue así.

El rey Amadeo permaneció indeciso mucho tiempo; hasta que, resolviéndose por aprobar aquella mixtificación, tras la crisis de 20 de Febrero, otorgando de nuevo á Sagasta los poderes ministeriales y el decreto de disolución de aquellas Cortes y la convocatoria para otras nuevas, irritó hasta el frenesí al partido vencedor, cuyos elementos más radicales, no parándose en barras, comenzaron á divulgar que si Sagasta y sus conservadores convertían la nueva Monarquía en *barricada para su propia defensa*, ellos, sin oír *las proposiciones del miedo*, y costara lo que costase, andarían todo su camino del lado de la libertad.

Como empeñados en acumular leña para el incendio, dos hechos culminantes, entre otros mil que sería prolijo recordar, vinieron á enconar las cuestiones hasta el punto de considerarse ya para siempre irrealizable todo conato de conciliación: la sustracción de dos millones sacados de la Caja de Ultramar para los gastos de las elecciones generales, y el mando del du-

que de la Torre para el ejército formado en el Norte, á fin de contener y combatir la insurrección carlista, que en un momento estalló formidable, no sólo en las Provincias Vascongadas y Navarra, Cataluña y Aragón, sino en Valencia, en las dos Castillas y en Extremadura.

Del primero de estos dos hechos, que fue por mucho tiempo el escándalo de los escándalos por su inaudita y flagrante inmoralidad, llegó á formularse acta de acusación ministerial, que juntamente suscribieron los republicanos de Pi y los alfonsinos de Toreno, mientras que los radicales de Ruiz Zorrilla, atizados por Martos, desfilaban del salón de sesiones del Congreso y se pronunciaban en político retraimiento.

Alfonsinos, republicanos y carlistas, alentados por estas discordias y en previsión ya clara de un porvenir de victoria no lejano, se apresuraban á tomar las posiciones convenientes para el combate definitivo con la revolución. Los últimos, abandonando el Parlamento, corrieron á las armas. Los republicanos promovían por todas partes continuas asonadas, mientras la palabra del tribuno Castelar, en cada discusión, asestaba heridas de muerte hasta á los mismos prestigios históricos y personales que en su favor pudiera invocar el príncipe reinante, tan temerario en la aceptación, poco meditada, de la corona, como inexperto é inhábil para conducir la nave del Estado. No sólo los alfonsinos de perpetuo abolengo, como Salaverría, Bugallal, Esteban Collantes y Toreno, multiplicaban cada día sus declaraciones en favor del teresiano de Viena; ministros que habían sido de la Revolución, como Ardanaz, expresaban que sus simpatías estaban con el príncipe D. Alfonso, y generales, como López de Letona, que ejercía mando en el ejército del Norte, ponían sus espadas al servicio de la causa restauradora.

Aquella situación insostenible tuvo que venir á nueva crisis el 22 de Mayo. Pero ¿á quién ni adónde tender la mirada? Las irreverencias del partido radical, que, espoleado por Martos, iba más allá de donde Ruiz Zorrilla quería, siendo

éste en muchas ocasiones impotente para contener cierto género de manifestaciones, habían lacerado en Palacio, más que el ánimo del rey D. Amadeo, el corazón de la reina Doña María Victoria. En esta señora se había explotado la delicadeza de sus sentimientos, hasta convertirlos en una aversión insuperable contra todos los elementos del partido radical, y una camarilla formada *para despopularizar* la nueva dinastía, como se decía entonces, había llenado su mente de ideas y prevenciones no bien meditadas, que en la intimidad de su hogar había transmitido á su marido. Así, aunque en aquella ocasión todo el mundo veía el advenimiento del partido radical al poder como un hecho inevitable, en todo y en todos se pensaba en Palacio, menos en Ruiz Zorrilla y el partido de que era jefe.

Los adeptos del duque de la Torre, por su parte, sin conocer la red en que habían dejado prenderse desde que á sus Gobiernos les fueron otorgados ministros de la causa restauradora, que era la única profundamente nacional, perseguían otro absurdo irrealizable: coronar al general Serrano en el Norte, ó con los laureles marciales, como á O'Donnell cuando victorioso volvió de la guerra de Africa, ó con las olivas de la paz, como á Espartero cuando concluyó su tratado de Vergara, y hacerlo entrar triunfante en Madrid, ya para hacer la segunda edición del Regente usurpador de 1840, ya para constituirse, bajo el prestigio del éxito, en una jefatura política, semejante á la del duque de Tetuán en 1856, y presidir una segunda Unión liberal.

Hallábase Serrano en Zornoza al ocurrir la crisis. Explotaba el ponderado éxito de la acción de Oroquieta, ganada por el general Moriones, en la que, como el general Córdova decía en el Senado, oyó menos balas que en la que durante la primera guerra civil le valió el ascenso de alférez á teniente, y tenía entabladas, bajo el mayor sigilo, ciertas negociaciones con que halagaba la esperanza y el triunfo de la paz.

Planteada la crisis, primeramente se le brindó por telégra-

fo la presidencia del nuevo Gobierno, que él ni aceptó enteramente ni enteramente declinó, aconsejando se formara bajo la presidencia interina de Topete. Después le escribió el rey mismo, pidiéndole que viniera; pero ya tenía él enredado el famoso *convenio de Amorevieta*, que al cabo firmó el 24 de Mayo, y le convenía *dejar hacer* en Madrid, mientras él maduraba allí la sorpresa de tan gran victoria.

Aun Ruiz Zorrilla, haciéndose superior á las propias dificultades que en torno de sí le levantaban sus mismos amigos, aceptó la situación que se creó el 26 de Mayo, aunque no más que como transitoria, y aun ofreció contribuir con sus partidarios á normalizar en las Cortes la Hacienda, votando los presupuestos; pero cuando el día 29 llegó á sus manos, por conducto confidencial, el famoso convenio con los carlistas, su indignación no tuvo límites.

En el Salón de Conferencias del Congreso fue leído este documento, y los generales Rey y Sanz negaban su autenticidad, diciendo que *no conocían general español capaz de suscribir á tales vergüenzas*. (¡Todavía había pundonor militar!) Pero el documento era auténtico, y aquel mismo día, por medio de una proposición incidental, se pidieron al Gobierno explicaciones de él, firmando la proposición cinco radicales, que eran Ruiz Zorrilla, Martos, Becerra, el general Beránger y Sanromá, y dos republicanos: Pi y Margall y Sorní. Ruiz Zorrilla la apoyó, y su lenguaje fue el de un verdadero hombre de Estado, que conocía las dificultades con que tenía que lidiar un reinado intruso y prendido con alfileres. Pero Martos intentó después poner los puntos sobre las *íes*, y Ríos y Rosas, que presidía el Congreso, no le permitió hacer uso de la palabra.

El alboroto que esto produjo fue de los mayores que se han presenciado en lides parlamentarias. Á la noche la ola de la indignación repercutió sobrado viva en la Tertulia Progresista-Democrática, que se arrogaba la jerarquía de un poder soberano en la opinión. Después hizo el coro la prensa. Los

clamores de todas partes llegaron al cielo, no dejando nada para la tierra... y en Palacio se titubeó, discutió mucho y aun retardó todo lo posible enviar á Ruiz Zorrilla la invitación de la Mayordomía para el banquete con que al día siguiente el monarca celebraba la festividad religiosa y nacional del *Corpus*.

IV



Si lo que ocurrió en el banquete de Palacio quedó en el misterio por algún tiempo para la generalidad de los contertulios de la casa de la calle de San Marcos, los actos del jefe de ella, que fueron su consecuencia, no se hicieron esperar. Al día siguiente Ruiz Zorrilla se presentó en el Congreso mucho más temprano de lo que tenía por costumbre, aun con ser de los más exactos en éste como en todos los deberes que le imponía su posición, por nimios que fuesen.

Esperó la llegada del secretario D. Adolfo Merelles, y le entregó su renuncia del cargo de diputado; y suplicándole diese lectura de ella en el primer despacho, se retiró á su casa. Todavía no había atravesado los dinteles de la puerta de la calle de Floridablanca, y ya salían varios diputados y ujieres: unos, á la calle de Santa Catalina, donde vivía Rivero; otros, á la del Pez, en busca de Ríos y Rosas; otros, á la Presidencia del Consejo, en busca de Topete; y muchos más, á los Ministerios y á las casas de los prohombres de los diversos partidos, que solían retardar un poco su llegada á las sesiones.

Ríos y Rosas no se hizo esperar, y costóle trabajo moderar el fácil y espontáneo ardimiento que el general Topete tomaba en todas las cosas, y que entonces llegó al último extremo de la contrariedad.

Rivero, Martos, Figuerola, Becerra, y toda la plana mayor del radicalismo, aterrada de la inopinada resolución del jefe, pidieron á Ríos y Rosas aplazase hasta el día siguiente

dar cuenta al Congreso de aquella comunicación, y confiése á Castelar que, con los republicanos marqués de Albayda, Chao y Ladico, y los radicales Romero Girón, Fiol y Torres Mena, habían presentado una proposición de censura contra Ríos y Rosas por su conducta con Martos, entretuviesen aquella discusión, en tanto que comisiones de los dos Cuerpos, de la Tertulia y de otros círculos pasaban á casa de Ruiz Zorrilla á disuadirle de su resolución.

Entender éste lo que se había pedido al presidente de la Cámara, y ponerse en camino para el Congreso, fue cosa de un momento. Candau acababa de contestar á Castelar, y Ardanaz, ya declarado alfonsino, se levantaba á apoyar otra proposición de no ha lugar á deliberar para indultar á Ríos y Rosas, cuando Ruiz Zorrilla entró y ocupó su asiento. Mientras Becerra, Romero Ortiz, Topete, Esteban Collantes y Chico de Guzmán debatían, él sostenía otro pugilato *sotto voce* con sus propios amigos; y cuando la proposición de Ardanaz fue aprobada, y Ríos y Rosas ocupó de nuevo su sitio, pidió la palabra, y en cortísimo pero elocuente discurso renovó la dimisión que á Merelles había presentado.

«Mi determinación—dijo—no es un acto indeliberado ni un impulso de mi pasión. Los que ocupan posiciones como la mía necesitan fe para cumplir sus deberes, y á mí me falta la fe hace mucho tiempo, y no tengo la energía que he tenido en momentos supremos. No quiero engañar á mi partido y á mi país. Tengo que decir, con la franqueza de un hombre de bien, que el papel político que me ha tocado es superior á mis fuerzas. No puedo desempeñarlo bien, y me retiro.»

Los conservadores de la revolución no tuvieron una protesta ni una apelación que hacer. Fingieron cierto desdén, y se levantó la sesión. Pero hasta *La Época*, heraldo del alfonsismo, decía pocas horas después: «Todo el mundo hace justicia á la lealtad del proceder del Sr. Ruiz Zorrilla. *Al perder la fe en algo* que no ha apuntado en su discurso, ha creído que no le tocaba á él, que tantos compromisos tiene en cierto sen-

tido, seguir á sus correligionarios en la pendiente por donde la fatalidad los arrastra».

Aquella misma noche se celebraba una sesión magna de personas caracterizadas en casa del general D. Fernando Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorria, y otra, más bulliciosa, en la Tertulia Progresista. De ambas salieron delegaciones á casa de Ruiz Zorrilla: ambas volvieron con una misma impresión. La determinación del jefe de pelea era irrevocable. Unos creyeron ver en ella herido de muerte al rey, al que Ruiz Zorrilla profesaba el anhelante afecto que se profesa á un hijo; y aunque en él no era correspondido, él no podía menos de lamentar que tan pronto hubiera caído en tal extravío del fin práctico de su misión, lo que hondamente le laceraba sus sentimientos irreprochables. Otros sólo vieron la herida mortal de un partido, al que se precipitaba por corrientes por donde la lealtad de Ruiz Zorrilla á su monarca no le había de permitir lanzarse. Entre la perversión común en que en España entonces, antes de entonces y después de entonces han sufrido y sufren todas las ideas, hasta las más nimias, de lo que se debe á la honradez, á la rectitud y al honor, Ruiz Zorrilla jamás olvidaba que él mismo había sido el que fué á Italia para arrancar á aquel príncipe del seno de una familia de ejemplares virtudes sobre el trono. Algunos, por último, sólo pensaron, en crisis tan profunda, en suplantar su jefatura; tentativas que zozobraron en el debate de la reunión de casa del general Fernández de Córdoba, y en las manifestaciones entusiastas del Círculo político, donde á Ruiz Zorrilla se le veneraba con idolatría.

En efecto: cuando el sábado 1.º de Junio, en el expreso de las seis y media, salía de la estación del Norte para Tablada el jefe de pelea del partido radical, entre las frenéticas aclamaciones de más de veinte mil partidarios que, aun contra la voluntad de Ruiz Zorrilla, bajaron á despedirle, tal vez quedó flotando sobre el país el velo del caos, que se acentuó luego aún más cuando sobrevino la República; pero las sentencias

supremas de las cosas quedaban pronunciadas. Fallada y castigada en su aislamiento y en su impotencia, la política utilitaria y doctrinaria de los monopolios tradicionales del Poder, que los amigos del duque de la Torre habían ensayado restaurar sobre las inmoralidades de los dos millones de la Caja de Ultramar, y la superchería del convenio de Amorevieta; fallada y castigada la política de la indisciplina, la emulación y la irreverencia de aquellos que, dando á Ruiz Zorrilla, como por condescendencia de su tácita superioridad, el dictado de *jefe de pelea*, le acechaban desde baluartes escondidos para deponerlo en la primera contrariedad que le fraguaran con hábiles aunque disfrazados manejos; y fallada y castigada la temeridad de aquel príncipe que, con absoluto desconocimiento de las condiciones ingénitas y seculares de nuestra raza, vino aquí á implantar una monarquía extranjera, que el primero de los Napoleones no pudo aclimatar ni un solo día, ni en la época de aquel poder sobrenatural con que su voluntad se convirtió en la única ley imperiosa y brutal en todo el continente, puede decirse que en aquel acto quedó prejuzgado el fin inmediato de la obra de la revolución, y puesto de bulto, hasta para los más ciegos, su absoluto y total fracaso.

Díjose que el rey Amadeo observó desde una de las ventanas de Palacio la escena de la despedida de Ruiz Zorrilla para Tablada. En Madrid, los conservadores de la revolución que gobernaban, quisieron imbuir á la opinión y al rey que aquél era un hecho sin importancia. En Palacio no se participó de estas impresiones, y en Italia se conoció el hecho con alarma verdadera. Aquí se trató á Ruiz Zorrilla, por su resolución, con esta frívola irreverencia con que aquí se habla de las cosas más trascendentales y de los hombres más respetables, acostumbrados como estamos á tratarlo todo de *tú* en las columnas de los periódicos y en las tribunas pedestres del *café*. El enojo de Ruiz Zorrilla, ¿quedó justificado ante la historia? Que en el banquete del día del *Corpus* de 1872, en el real alcázar, se le designase un décimo lugar á la izquierda del rey, ocupando

otros preferentes Malcampo y otros de menor jerarquía, era un desaire que, aunque deliberado, podría considerarse llevadero, conociendo la corriente imperante en las intrigas interiores de la camarilla formada en aquella morada, entre cuyos oráculos se hallaba el desinteresado Alvareda. Que el rey Don Amadeo, primero, y después la reina Doña María Victoria, trataran de convencerle, á él, á Ruiz Zorrilla, al progresista de 1854, al proscrito de 1866, al orador de los puntos negros de la Revolución, jefe á la sazón del partido más avanzado de aquella Monarquía, cuyos adeptos, ó encarnaban en ella hasta resellar en su molde todas las tendencias de los fanatizados republicanos, ó divorciados de ella se dejarían absorber por estos últimos combatientes acérrimos de la democracia, *de que los partidos revolucionarios crean las dinastías y los partidos conservadores las consolidan; de que los partidos populares no deben ir al Poder sino en situaciones extraordinarias, y de que mientras un voto libre de los comicios no diera á la Corona el norte para un cambio radical de política, el deber constitucional imponía sostener Gobiernos conservadores*, era verdaderamente un error de entendimiento ó de sugestión para aquellos príncipes mal aconsejados y sin experiencia, que reflejaba los egoísmos regicidas de los que les rodeaban, ó tal vez de los que desde Italia llenaban su espíritu de semejantes ideas, en cuya responsabilidad iba envuelta la propia sentencia y el propio fallo definitivo de aquella dinastía, *apuntada con alfileres*.

Después de estas declaraciones, hechas por aquellos monarcas á Ruiz Zorrilla en la noche famosa del día del *Corpus* de 1872, á Ruiz Zorrilla no le quedaba que hacer más que su renuncia del cargo de diputado, que presentó á las Cortes, y su retirada á sus posesiones de Palencia, llevándose la adhesión y los votos de los que creían que si la revolución de Septiembre de 1868 se había hecho para lanzar del trono una reina como Doña Isabel II, cuya única responsabilidad consistía en haber carecido ó de criterio ó de energía para haber denunciado á las execraciones de la opinión los que, vendiéndola en

aras de sus personales egoísmos, cubrían con la responsabilidad á que la exponían su propia responsabilidad; tantos trastornos, tanta sangre, tantas luchas, no se habían suscitado para hacer en el trono una mera suplantación de nombres, sin más garantía, ni más provecho, ni más utilidad.

V

De que la conducta de D. Amadeo se ajustaba á las inspiraciones que de fuera recibía, es dato suficiente el testimonio de la prensa italiana que tenía relaciones oficiosas con los hombres que dirigían la política de Víctor Manuel. Cúpome á mí entonces el honor de impugnar los juicios equivocados que sobre los asuntos de España divulgaba entonces la prensa romana, y desde las columnas de *La Tertulia*, de Madrid, que dirigía D. Juan Manuel Martínez, y recibía las inspiraciones directas y personales del Sr. Ruiz Zorrilla, me vi en la necesidad de parar los pies á *La Riforma*, de Roma, en un artículo que no sólo causó impresión en Roma, sino en el campo genuinamente conservador de Madrid; pero de *La Tertulia* lo reprodujeron íntegro *La Época*, *La Política* y casi todos los periódicos alfonsinos de España. Este artículo decía así:

«Á LA RIFORMA.—Los periódicos italianos se ocupan en estos días con marcada insistencia de los asuntos políticos de España. La suspensión primero, y la disolución después, de las últimas Cortes, continuando en el poder el partido tres veces derrotado por el voto del Parlamento contra las prácticas sinceras del sistema parlamentario; las protestas del partido radical, que no sólo se ha creído desairado, sino vulnerado en sus derechos; la actitud de los poderes responsables, auxiliándose de hombres y partidos que sacrificaron á la dinastía secular en aras de su ambición y avaricia de mando, y se aseguran en el poder por medio de actos de fuerza y de intriga, de despecho y de transgresiones sistemáticas y continuas de las

leyes reformadas: todo esto, comentado con razonable criterio por *The Times* y *L'Independance Belge*, y extendido por Europa con intencionada malicia por las hábiles declamaciones de *La Época*, heraldo de las aspiraciones restauradoras, ha creado en el Continente, y sobre todo en la otra península mediterránea, una atmósfera de grandes temores y recelos, que no se justifica, sino que es hasta nociva al alto concepto que merece nuestro decoro nacional.

»Ni la Italia, ni el rey Víctor Manuel, ni sus experimentados estadistas; ni sus periodistas ilustres, pudieron imaginarse, al ceder á la revolución de España uno de sus príncipes para que viniera á coronarla, que este trono, que debía ocupar en momentos de contradicciones y de fuerza, como naturalmente son los períodos revolucionarios de todos los pueblos, estaba levantado sobre flores y amasado con plácemes universales. El rey Víctor Manuel y el entonces duque de Aosta entendían perfectamente que esta corona que se les ofrecía era fruto de la contradicción, producto del derecho democrático moderno, y que, por lo tanto, no estando en España extirpadas las clases que representan otro derecho más resistente, como más antiguo, á la lucha y á la contradicción aquel príncipe venía, y á soportar las tormentas que la libertad levanta para consolidar sus conquistas permanentes.

»Hay un error en Italia acerca del carácter y tendencia del radicalismo en España; error que los hombres del partido español utilitario conocen y explotan para denunciarnos, donde no se tiene cabal concepto de lo que somos y representamos, ante la opinión pública, como enemigos del orden y de la institución monárquica. Estos saben que, para nosotros, la libertad y el derecho democrático están sobre toda institución. Y aunque no ignoran cuál es nuestro profundo acatamiento á la obra completa de la revolución de Septiembre, que significa la evolución triunfante del derecho en la sociedad democrática actual, tergiversando el sentido explícito de proposiciones claras, que no pecan de audaces, y de intenciones rectas, que

no hay necesidad de disfrazar con ninguna suerte de disimulos, con estudiada falacia nos representan vacilantes en el sostén de nuestra obra, movidos por extrañas influencias, prisioneros de ellas, inclinados á destruir lo que hemos fabricado con más fe y patriotismo que ningún otro. ¡Con estas maldades creen asegurar ó prolongar, al menos unos días más, su para todo y para todos funesta dominación.

»No somos, sin embargo, como los radicales de Italia y de otros países agitados, la vanguardia de la demagogia demoleadora y petrolista; pero partido que ha hecho una revolución, que le ha trasfundido su espíritu con el que ha creado una legalidad, á la que ha rodeado de garantías para que no se falsifique ni en su esencia formal ni en sus procedimientos mecánicos, tampoco estamos dispuestos á ocupar la retaguardia de la más ultrajante de las servidumbres. Si después de haber batallado y padecido más de medio siglo para llegar á la suspirada aurora de las reformas necesarias, por un acto, siempre peligroso, y aconsejado ahora por las mismas intrigas que en todo tiempo han esterilizado nuestros esfuerzos, se nos lanza de nuevo, con un desconocimiento completo de las exigencias de la realidad, al odioso y odiado campo de nuestros pasados padecimientos, se comete por cuantos lo ejecuten un error gravísimo, que anula todo lo que constituye el triunfo de la revolución y nos empuja al campamento que, con la erección del trono fundado en nuestro conquistado derecho democrático, nos apresuramos pacíficamente á levantar.

»No somos, pues, partidarios de la violencia. Hemos hecho una ley nueva, y vigilamos escrupulosamente su cumplimiento, dispuestos á no consentir que por nada ni por nadie se conculque. Por eso hemos protestado enérgicamente, y por eso hemos recordado que el pacto que á todos por igual nos obliga, es la práctica sincera y leal de la Constitución que hemos creado, y es nuestra garantía, y de los procedimientos que le son inherentes.

»Ya ve *La Riforma*, de Roma, que no es el partido radical

de España—partido avanzado, sí, pero tan avanzado en sus ideas de libertad como en las de equidad y de orden, que de ellas emanan—el partido radical anárquico y turbulento de Italia, que se abraza con la república socialista y llega hasta las últimas exageraciones del desbordamiento social. En cuanto á los demás periódicos adversarios, de cualquier color que sean, ya se sabe cómo en todas partes alardean, gritan y declaman. Crea de buena fe *La Riforma* que entre nosotros no alcanza mayor eco que los que, con ideales parecidos, se publican en Roma, Florencia ó Nápoles.

»Un temor, empero, abrigamos aquí todos, y es el único que no podemos desvanecer al ilustrado colega de Roma, si también es objeto de su atención. O la revolución de España se ha verificado con un fin eficaz, respondiendo á exigencias imperiosas del progreso universal, ó no es más que un hecho efímero y transitorio. Si su fin es grande y fecundo, ¿cree *La Riforma* que hemos creado la Monarquía de 1869 para no operar en ella más que una mera sustitución de nombres? Hoy el trono no representa el llamado derecho divino, sino el derecho popular; no la arbitrariedad, sino la equidad que representa la justicia. Justicia y fidelidad reclamamos. ¿Es esto un acto de dignidad, ó una rebelión? Medítenlo los políticos de Italia, á los que hoy tanto preocupa la situación difícil que en España atravesamos todos.»

La contestación de *La Riforma* fue extensísima y razonada:—«*Noi prevedenamo*», decía entre otras cosas, «*che la via, la quale toccava percorrere al duca d'Aosta non era cospersa di fiori, e ch'egli siccome scrive LA TERTULIA era chiamato alla lotta e alla contraddizione e ad affrontare le tempeste che solleva la libertà per consolidare le sue conquiste permanenti. Ma il giovane principe, quantunque uno ó due anni prima di esser inalzato sul trono di Carlo V, fosse stato nominato ammiraglio ed avesse potuto osservare da Genova e dalla Spezzia gl'irati flutti del mare, non conosceva il procelloso mare della politica e poteva essese inadatto a fondare un trono POPOLARE la'dove*

ogni prestigio della monarchia si esa perduto. Inoltre, per legami domestici, egli e congiunto ad un focoso prelato della santa sede, e facilmente gli sarebbe stato impedito per malefici influssi, di combattere il maggior nemico che abbia la Spagna, l'oscurantismo che la invade e le impedisce di respirare.» *La Riforma* casi confesaba el fracaso de la monarquía de D. Amadeo, aun vista desde Italia, y por hombres como los de *La Riforma*, que eran, y han sido, los ministros que han salvado la monarquía de Víctor Manuel y de su hijo Humberto (Crispi, Cairoli, Giolitti). Así, en otro párrafo, decía:—«*Il nostro giornale non fu partigiano della candidatura del duca d'Aosta al trono de Spagna. I nostri amici, interpellati dal marchese di Montemar, dettero consigli, i quali, si accettati, non avrebbero condotto i progressisti spagnuoli a tentativi, a prove che temiamo riusciranno inefficaci.»*

Después de esta polémica no tardaron en sentirse en Madrid los efectos de las impresiones de Roma. A los trece días del retraimiento de Tablada, hasta en Palacio clamaban todos, y Alvareda el primero, por su vuelta. El rey Amadeo, que no había contestado oportunamente á la invitación que Ruiz Zorrilla le había dirigido, pidiéndole su venia para pasar á despedirse, después de la crisis de la víspera del día de San Antonio, ponía en manos de D. José de Olózaga una carta suya, autógrafa, llamándole á Madrid y recordando á su honor las promesas hechas en el Palacio Pitti al rey Víctor Manuel, su padre.

Ni aun esta apelación habría sacado á Ruiz Zorrilla de aquel retraimiento, sin la conferencia, á solas, de Rivero, con él y con María Barbadillo, después de rechazar la misión de los ministros del Gabinete que Córdova presidió interinamente en su nombre, de los diputados y senadores que fueron á Tablada en comisión, y de las trescientas ó más personas que á estas Comisiones se agregaron en el tren especial que en Madrid se les puso, y que, desde la estación de Magaz hasta Tablada (¡siete kilómetros mortales de andadura!), tuvieron

que ir, pocos en coche, varios en los cincuenta carros que se pudieron arbitrar por lo pronto, y gran número á pie. Madrid le hizo una acogida entusiasta, como sólo se recordaban la entrada del general O'Donnell con el ejército de Africa, y la entrada de los generales Serrano y Prim con el ejército de Alcolea. ¡Y, sin embargo, virtualmente el retraimiento continuó!

El poder que Ruiz Zorrilla formó en el séptimo y último Gobierno de D. Amadeo fue infructuoso para impedir lo que ya era y fue inevitable. D. Amadeo no era en España la Monarquía, sino una mera faz de la interinidad revolucionaria. Entre él y la patria no había los vínculos de solidaridad que sólo legitiman unidos el derecho y la historia. Ruiz Zorrilla había luchado por nobles ideales, anhelando ver implantadas en su patria las reformas jurídicas y sociales que han transformado todos los pueblos modernos, juntamente con aquella sinceridad de los procedimientos políticos que hacen populares las instituciones. ¡No lo pudo conseguir! Esta fue, después de él, de D. Amadeo, y de lo que tras de D. Amadeo y de él vino sobre España, la obra insigne, la obra gloriosa de la Restauración de D. Alfonso XII.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

EL AÑO SOCIOLÓGICO

1901-1902

SUMARIO.—Los *Annales de Sociologie* y *L'Année Sociologique*.—Carácter de estas publicaciones.—Los católicos y la sociología.—El criterio científico puro.—El determinismo y la sociología.—Metafísica y sociología.—Estructura de los *Annales*.—Las monografías.—Examen de las de MM. Durkheim y Mauss y M. Bouglé.—Apreciación general del *Año Sociológico*.—El movimiento literario de la sociología, según éste.—La sociología general.—Indicación de las tendencias dominantes.—Sociología especial.—Resumen de sus diversos capítulos.

Tomaré este año como fuentes de estudio del movimiento sociológico reciente, con *L'Année Sociologique*, de monsieur Durkheim (1), que ya en diversas ocasiones me sirvió para tareas análogas, una nueva y por extremo interesante publicación, especialmente dedicada á la sociología: los *Annales de Sociologie et mouvement sociologique*, de la *Société belge de Sociologie* (2). Prescindo, por esta vez, de los *Annales de l'Institut international de Sociologie* (3), entre otras razones, porque se prestan mejor para mi objeto los *Anales* de la Sociedad belga, los cuales, aparte el criterio, tienen una mayor analogía con el *Año Sociológico*, en cuanto ambos se proponen reflejar, de un lado, algunas de las más salientes preocupaciones

(1) Año sexto. Un vol. Alcan.

(2) Año primero. Un vol. Alcan.

(3) Se ha anunciado la publicación del vol. XI.

de la sociología, mediante las memorias ó monografías originales; y del otro, recoger y presentar, en amplios resúmenes bibliográficos ó en notas breves, el movimiento, que podríamos llamar literario, de la sociología contemporánea.

Es curioso y altamente sugestivo el examen comparativo de estas dos publicaciones, de que me propongo dar idea en este artículo. El *Año* es un instrumento de trabajo y de información exclusivamente científico; hállase concebido, según un criterio de libre investigación, sin otro pensamiento íntimo que el que desde luego supone la contemplación de los problemas de la realidad social, desde el punto de vista totalmente desinteresado de la mera curiosidad doctrinal, y el cual pensamiento no es otro que el de hallar la verdad, si es posible hallarla, y sea cual fuere. Implica el *Año*, según esto, una plena libertad interior, una ausencia total de *miedo* al error, una conformidad previa con los resultados de la investigación, una falta absoluta de dogma indiscutible, de creencia firme, de cuya virtualidad soberana se está seguro...

Los *Anales* de la Sociedad belga entrañan, por lo menos en algunos de sus iniciadores, una situación de espíritu diferente, aunque la tal situación de espíritu no se refleje de un modo exclusivista, ni mucho menos, en la labor, por extremo simpática, de sus miembros. ¡Ya quisiéramos nosotros que todos los representantes de la misma que por el mundo viven é intervienen en obras de investigación y de propaganda doctrinal, procedieran como ellos!

Porque conviene advertir que la Sociedad belga de Sociología, que publica los *Anales* á que me estoy refiriendo, está compuesta, principalmente, de gentes reclutadas en los centros católicos, de la más pura ortodoxia. Basta fijarse en la procedencia de algunos de los más notables redactores que figuran en el volumen que tengo á la vista: A. Vermeersch, S. J. C. Van Overbergh, F. Deschamps, F. Béthune, L. de Lantsheere, el abate Deploige; todos, creo, profesores en la Universidad católica de Lovaina. La Sociedad se fundó en Di-

ciembre de 1899, y desde entonces viene trabajando con buen éxito indudable.

Pero, naturalmente, el criterio con que estos beneméritos investigadores trabajan, no puede ser aquel que reina en quienes se estiman libres de todo supuesto ó seguridad ortodoxa; lo cual, por otra parte, hace doblemente interesante su labor, y además, eleva ésta á la categoría de un ejemplo que conviene señalar á quienes la ortodoxia priva de volar, por lo menos, con el minimum de alas que pide, y exige, toda empresa que pretende ser científica.

En rigor, la ortodoxia de los sociólogos belgas no parece una ortodoxia demasiado insinuante; pero es, al fin, una ortodoxia. Asoma ella, expresamente, como *obstáculo* que ha sido preciso vencer ó explicar en una declaración previa; basta leer, para convencerse, el trabajo, muy interesante por cierto, de M. Vermeersch (S. J.) sobre *Los católicos y la sociología*. Hablando del esfuerzo que supone la tarea de la sociología, escribe: «Posible ó no, el esfuerzo se ha intentado. Todo un conjunto de escritores se ha puesto á sueldo de la sociología. Se han creado cátedras en la enseñanza pública de América, Inglaterra, Bélgica, España, Francia, Suiza, y las diversas escuelas que la dividen prueban por sí solas su vitalidad». Y añade: «¿Cuál de esas escuelas podrá ser seguida por los *católicos*? ¿Qué actitud conviene á los creyentes frente á la nueva ciencia? En otros términos: ¿hay sitio para los *católicos* entre los *exploradores de la sociología*...? El autor cree que sí; más aún: cree que de las tres actitudes, de *hostilidad*, *abstención* y *concurso activo* que los católicos pueden adoptar ante la nueva ciencia, debe tomarse esta última, seguros de que no ha de padecer *su fe*, y de que el catolicismo habrá de salir ganando, porque «religión y sociología—escribe—nos parecen llamadas á una reciprocidad de servicios, gloriosa para Dios y saludable para la humanidad». Y unas páginas más adelante dice: «A la sociología, además, le corresponde comprobar, por el método que le es propio, las enseñanzas morales de la Igle-

sia», para terminar su trabajo, impregnado, sin duda, de cierto espíritu progresivo, con estas palabras: «¡Oh día feliz, en el cual la ciencia, hija de la tierra, llegue á arrojarse en los brazos de la hija del cielo, una fe libre ya de todo prejuicio!» «Las ciencias morales y sociales, más que cualesquiera otras, deben sellar tal unión. Trabajando en playas comunes, iluminadas también por la razón, pero sobre las cuales la fe se complace en haber proyectado sus luces, están llamadas á levantar sus partes terminales, por donde el edificio del saber humano se une con el templo levantado por Dios. A este título es al que solicitamos la contribución efectiva de los católicos en la sociología.»

Ciertamente, no es ese el título que conviene en una investigación científica. El hombre de ciencia, católico ó no, no puede investigar los problemas del saber, más que á título de hombre imparcial, desinteresado y libre de toda idea preconcebida, á la cual se subordine el resultado último de su labor. M. V. se revuelve, con razón, contra aquellos representantes, más ó menos autorizados, de la nueva ciencia, que niegan la legitimidad de la indagación sociológica que, v. gr., no presuponga el *determinismo* «proclamado como la primera ley intangible de su república cerrada». El lo dice con frase gráfica: *república cerrada*; la sociología científica no debe ser una república cerrada, ni por el *prejuicio* de la concepción determinista, ni por ninguna otra petición previa ó acomodo metafísico, ó negación metafísica; tan ilógica es la posición de quien impone como condición preliminar, para una construcción sociológica científica, la negación de toda exigencia metafísica y el determinismo, como la de quien va á la sociología en busca de argumentos para fortificar una fe. La argumentación del sabio escritor belga, contra las pretensiones del determinista sociólogo, podría desenvolverse, con igual fuerza, contra la posición de creyente por encima de todo. La sociología debe ser para el científico un campo abierto, siempre abierto, á toda indagación libre, y en el cual no puede negarse el derecho á

la vida á ninguna hipótesis racional, por arriesgada y radical que ella sea, y sean cuales fueren las consecuencias á que la misma pudiera conducir: la verdad, la gran verdad sobre todo, y la verdad como *resultado*, no como *supuesto* por un acto de fe ó del imperativo categórico ó de un prejuicio anti-metafísico.

Que es como debe leerse y aprovecharse—añadiré—la colección de interesantes monografías de los *Anales*, en las cuales hay mucho que recoger y utilizar, aun desde el punto de vista de la sociología científica, que no es, que no necesita ser ni católica, ni, claro es, anticatólica, sino puramente científica.

Y dejando estas consideraciones, que me han parecido indispensables, para señalar el carácter propio de las dos publicaciones á que voy á ceñirme en este rápido resumen, terminaré esta parte, haciendo notar que los miembros de la Sociedad belga, hechas las salvedades que para su creencia se contienen en el trabajo de M. V., tienden á colocarse en el terreno objetivo de los métodos científicos. Con ocasión, por ejemplo, de ciertas dudas manifestadas por la *Rivista italiana di Sociologia* acerca de los términos en que podrían conciliarse las «creencias dogmáticas y el libre examen científico», decían aquéllos: «Esperamos poder mostrar por la práctica que esas dos cosas pueden conciliarse con tanta más facilidad cuanto que no tienen el mismo objeto. Y esto, porque la sociología debe ser una ciencia, en el sentido moderno de la palabra, y no una metafísica». Si no temiera alargar demasiado estas líneas preliminares, hasta convertirlas en el asunto principal de este trabajo, haría aquí ciertas reservas, con el propósito de recabar la legitimidad de la investigación filosófica y de los *alardes* metafísicos en la sociología; pero basta lo expuesto, y pasemos ya á nuestro *Año Sociológico*.

*
* *

Como antes indicaba, los *Anales* y el *Año* tienen una es-

estructura análoga; sin embargo, hay que señalar entre ellos, como se verá, importantes diferencias. En las dos publicaciones se contienen monografías originales y movimiento bibliográfico; pero prescindiendo de que los *Anales* ofrecen cierta estructura y composición, que reflejan el carácter colectivo de la institución que los redacta, y el *Año* no, la parte destinada en ambas á recoger las manifestaciones literarias de la sociología, difiere notablemente.

Los *Anales* comprenden, como un verdadero anexo, el *Movimiento sociológico*, que no parece redactado expresamente para los *Anales* mismos. En efecto: el *Movimiento sociológico* es, en sí mismo, una publicación periódica—trimestral—de la Sociedad belga de Sociología, un suplemento de la *Revue Neo-Scholastique*, dirigido por Cyr. Van Overbergh, y que ahora se ha unido con numeración diferente al volumen primero de los *Anales*. El objeto primordial de este suplemento es, sin duda, el de procurar á los lectores de la citada *Revue* un resumen al día, de las obras de sociología. Consecuencia de esto es que no contenga una representación tan ordenada y sistemática del movimiento doctrinal de la sociología, como los análisis y notas del *Año*. Además, el *Mouvement sociologique* belga resulta, para nuestro propósito presente, menos aprovechable que el *Año*, porque éste comprende los trabajos de sociología más recientes y más en relación de continuidad con mis *Años sociológicos* anteriores, mientras los *Anales* abarcan épocas á que ya nos hemos referido. El *Mouvement sociologique* empieza en Mayo de 1900, y llega hasta 1901; en cambio, *L'Année* comprende los estudios, libros y revistas, desde Julio de 1901 á Junio de 1902. Por este motivo, sólo habré de referirme á *L'Année* en la brevísima reseña de la bibliografía sociológica. Por lo demás, los *Anales* y el *Año* agrupan sus trabajos de información en secciones un tanto análogas, lo cual indica un criterio, también análogo, en punto á la extensión del campo propio de la sociología. Los *Anales* comprenden capítulos de sociología general, sociología filosófica, política, jurídica, et-

nográfica, literaria, histórica, estética, geográfica, de psicología colectiva, y además de sociología demográfica, religiosa y económica; y el *Año* comprende las secciones siguientes: sociología general (con varias divisiones); sociología religiosa (con varias secciones también); sociología jurídica y moral (ídem); sociología criminal y estadística moral (subdividida); sociología económica (lo mismo); morfología social y variedades.

*
* *

Monografías.—Es, acaso, la parte más importante de los *Anales*: el cuadro de las monografías en que se contienen los estudios de la Sociedad belga, revela que ésta se pone algunos de los problemas científicos que hoy atraen con mayor fuerza la atención de los sociólogos. En efecto: fuera del trabajo ya citado de M. Vermeersch acerca de los católicos y la sociología, figuran en los *Anales*: 1.º, una larga y erudita memoria de M. Van Overbergh, sobre el *Materialismo histórico de Karl. Marx*, trabajo hecho directamente sobre los principales escritos de Marx, y enderezado á desentrañar la naturaleza del *Materialismo histórico* en el propio Marx y en sus colaboradores inmediatos; 2.º, una nota del R. P. de Munnynck, sobre las *Doctrinas realistas en sociología*; 3.º, otra de Van Houtte, acerca de *Los resultados recientes sobre la concepción científica de la historia*; 4.º, otra de F. Bethune, relativa á la *Manera como se debe concebir la historia literaria*; 5.º, una memoria de M. Legrand, sobre *El régimen sucesorio de los bienes rurales*, trabajo serio y meditado; 6.º, un resumen de una interesante discusión de la Sociedad belga sobre la *Filosofía de la historia y la sociología*; 7.º, una memoria, por extremo interesante, de M. de Lantsheere, acerca del *Origen de la pena desde el punto de vista sociológico*; 8.º, otra, muy completa, de M. Deschamps, sobre *Las causas sociales del feminismo en los Estados Unidos*; y 9.º, otra de M. Hocepied, acerca de la *Antroposociología*.

El *Año*, de M. Durkheim, sólo comprende una monografía

ó memoria general y una *revista general*, pero ambas importantísimas: la memoria es de MM. Durkheim y Mauss, acerca de *Algunas formas primitivas de clasificación*, *Contribución al estudio de las representaciones colectivas*, y la *Revista general* refiérese á las teorías recientes sobre la división del trabajo.

Una y otra merecen alguna consideración especial.

En el estudio de MM. Durkheim y Mauss plantéase, examínase y hasta se procura resolver, un interesante problema de psicología sociológica, ó, si se quiere, un problema de sociología evolutiva, á cuya solución se aplica el análisis psicológico. ¿Por qué y cómo clasifica el hombre? O, en otros términos, ¿cómo llega el hombre á distinguir y separar las cosas que contempla y sus propias ideas? ¿Qué influjos se pueden señalar en el desenvolvimiento de lo que podríamos llamar fuerza intensiva de clasificación, que en el hombre surge primero de un modo rudimentario y va poco á poco especificándose á medida que se acentúa su progreso mental? El hombre, ¿propende á clasificar naturalmente, por una especie de necesidad interna de su entendimiento individual, ó, por el contrario, se ha visto impulsado á disponer sus ideas bajo determinada forma, en virtud de influjos externos circundantes? ¿Cuáles son éstos? Porque los autores se inclinan á la segunda de las hipótesis indicadas; y además se inclinan, después de haber examinado la relación en que se encuentra la labor lógica de la clasificación con la vida social, á ver en la elaboración de aquélla un influjo sociológico.

Hay, en efecto, en la formación del espíritu lógico y discursivo del hombre, una especie de influjo social, á causa de que el centro de toda la construcción psíquica y lógica del hombre es la *sociedad* misma. «Esta, y no el hombre mismo, es la que se objetiva» por el hombre en toda la ordenación intelectual de su vida. El mundo, para el hombre primitivo, es su tribu, su grupo, y á las necesidades de éste refiere su estructura mental ó cuanto es obra de su estructura mental. «La presión ejercida por el grupo social sobre cada uno de sus

miembros, no permite á los individuos juzgar con libertad de nociones que la sociedad ha elaborado por sí misma, y en las cuales ha puesto algo de su personalidad. Semejantes construcciones son sagradas para los particulares. En su virtud, la historia de la clasificación científica es, en definitiva, la de las etapas á través de las cuales este elemento de afección social se ha debilitado progresivamente, dejando un lugar cada vez más libre al pensamiento reflexivo de los individuos» (1).

Siento de veras que la índole de este trabajo me impida considerar más despacio el estudio de MM. Durkheim y Mauss, que creo tiene interés: 1.º, como muestra de precisión y rigorismo en la indagación sociológica; 2.º, por la trascendencia que desde muchos puntos de vista supone la tesis sustentada.

La *Revista general*, de M. Bouglé, comprende y resume, de una manera coordinada, los principales resultados recientemente adquiridos, dice, por las ciencias sociales en lo relativo á la división del trabajo, sus formas, sus consecuencias y sus causas. La base bibliográfica sobre que M. Bouglé construye es muy completa, como puede verse en la larga nota de trabajos consultada.

*
* *

Diremos ahora algunas palabras acerca de la marcha que siguen los estudios sociológicos, tal cual aquéllos se reflejan en los análisis y notas del *Año*, de M. Durkheim.

Por de pronto, resulta éste no menos nutrido que todos los anteriores; más de cuatrocientos trabajos de sociólogos de todos los países figuran en él, ya analizados ampliamente, ya brevemente reseñados, ya, por fin, anotados en su lugar oportuno; la primera impresión, pues, que la simple lectura del índice del *Año* produce, es la de que en el mundo científico continúa creciendo el interés atractivo que los estudios sociológicos

(1) *Année*, pág. 72.

despiertan. La curiosidad humana sigue ahondando en el estudio de todos los aspectos, formas y relaciones de la actividad social del hombre; y esa curiosidad no encuentra, como es natural, la meta: es inagotable, como lo es la realidad en que la misma quiere penetrar, y poco á poco penetra.

Pero conviene determinar ó definir algo más la impresión que la lectura del *Año* me ha producido.

De los diversos capítulos que, reflejando las varias direcciones tomadas por la investigación sociológica, han formado los autores del *Año*, indúcese, como consecuencia racional importante, que la religión, ó mejor, la sociología religiosa, continúa ocupando el primer lugar en la atención científica de las gentes. Al menos, la sección de sociología religiosa es aquella en la cual se analizan mayor número de trabajos, y la que, además, ocupa mayor número de páginas del *Año*. Casi tanto como la religiosa, parece interesar la sociología jurídica y moral. A fin de que el lector pueda formarse una idea de la respectiva extensión de las diferentes secciones, y recoger un dato que tiene su importancia, para empezar á formar juicio respecto de la marcha que sigue la curiosidad científica en la sociología, he aquí, en resumen, la extensión de cada una de ellas, y el número de trabajos analizados por extenso en el *Año* en las mismas; las colocaré por el orden que desde el punto de vista de estos datos resulta:

Figura, como digo, en primer lugar la *Sociología religiosa*, con 79 trabajos, analizados en 128 páginas; en segundo, la *Sociología jurídica y moral*, con 60, estudiados en 120 páginas; en tercero, la *Sociología general*, con 38, cuyos análisis ocupan tan sólo 43 páginas; en cuarto, la *Sociología económica*, con 32 trabajos, analizados en 89 páginas; en quinto, la *Sociología criminal y estadística moral*, con 23 estudios, recogidos en 35; en sexto, la *Morfología social*, que comprende 14 trabajos y ocupa 21 páginas; y en último, *Variedades* (estética, tecnología, lingüística y socialismo), con 10, analizados en 22 páginas.

* * *

Para hacer el resumen é indicar la impresión que á mi ver se desprende del examen de las distintas secciones del *Año*, seguiremos el orden con que en el mismo están colocadas.

Sociología general: esto es, *Sociología teórica*, ó sea trabajos en los cuales se contienen estudios acerca de los problemas fundamentales de la ciencia sociológica, á diferencia de aquellos en los cuales más bien se estudian aspectos sociológicos de la vida y de las instituciones humanas; los análisis de esta sección están hechos por MM. Durkheim, Aubin, Bouglé, Parodi, Mauss, Hubert y Fauconnet, y se refieren á trabajos sobre: 1.º, el objeto y el método de la sociología; 2.º, la filosofía social y teorías generales; 3.º, la mentalidad de los grupos y la etnología colectiva; 4.º, la civilización en general y tipos de civilización, y 5.º, historia de la sociología.

Basta leer esta división en capítulos de la sociología general, para sentir una primera impresión, que luego se confirma, considerando los trabajos mismos que en ellos se analizan, respecto de la indeterminación en que aún está el objeto de la sociología; esta vez la indeterminación proviene, sobre todo, del lado de la *Historia*, y se refleja, especialmente, al ver cómo se estima de sociología general la labor de construcción sociológica pura, v. gr., contenida en las obras de Giddings, *Inductive Sociology*, y de Groppali, *Sociologia e Psicologia* y *Lezioni di Sociologia*, y aquella otra que tiene un carácter histórico, aunque éste sea de alcance general, v. gr., la contenida en los trabajos que se refieren á la civilización y á los tipos de civilización.

Pero la indeterminación se acentúa al observar que, por ejemplo, en el capítulo de *Objeto y método de la sociología*, la mayoría de los trabajos analizados son de ciencia histórica: Salvemini, *La storia considerata come scienza*. Croce, *La storia considerata come scienza*. Villari, *L'histoire ¿est elle une science?* Lacombe, *L'histoire como science*. Xenopol, *Étude critique sur une histoire universelle*.

Naturalmente, no es éste un cargo á la redacción del *Año*:

es una indicación de un fenómeno que el observador advertiría, examinando por sí mismo la literatura científica, sociológica, ó que contiene *sociología*. Antes, del análisis hecho por la redacción del *Año* de los trabajos citados, con más otros relativos al concepto de la civilización y á las formas de ésta; con más aquellos otros, como el de Lindner sobre *Geschichtsphilosophie* (Filosofía de la historia), y los que se refieren al aspecto psicológico de la vida social, reflejan perfectamente el estado actual de la evolución científica de la sociología.

En efecto: ésta, libre, cada día más libre, de la mera preocupación biológica, tiende hoy á reconstruirse bajo la acción convergente de dos fuerzas: la de la *psicología* y la de la que un tiempo se llamó *filosofía de la historia*; y merced á este doble influjo, que determina el doble criterio psicológico y genético que en la sociología se advierte, la sociología tiende á abarcar: 1.º, problemas de estructura y de funcionamiento social; 2.º, problemas de evolución social. Quiero decir, que la sociología tiende á abarcar la determinación *psicológica* del fenómeno social y de la sociedad—realismo sociológico,—y, á la vez, las leyes de la génesis positiva, á través del tiempo y en el espacio, de la vida de las sociedades; con lo cual, claro es, cada día aumenta la complejidad de nuestra ciencia, como consecuencia de la mayor penetración intensiva de las investigaciones sociológicas.

Los trabajos más arriba citados, con otros muchos—verbigracia, los de Vierkandt, *Natur-und kultur in socialem individuum*; de Gumplowicz, *Una legge sociologica della storia*; de Kidd, *Principles of western civilisation*, etc., —representan el lado genético y evolutivo-histórico de la sociología, mientras los de Bouglé, *Le procès de la sociologie biologique*; Tarde, *Le réalité sociale*; Orano, *Psicologie sociale*, y los citados de Giddings y Groppali, representan quizá el otro.

Para terminar estas consideraciones acerca de la primera sección, señalaré los dos interesantes ensayos de Ward y de Squillace, encaminados á reseñar y caracterizar las varias doc-

trinas de la sociología moderna, y titulados, respectivamente, *Contemporary sociology* y *Le dottrine sociologiche*.

*
* *

La amplia sección de *Sociología religiosa* aparece, como de costumbre, dividida en varios capítulos, á saber: 1.º Concepciones generales y metodología. 2.º Formas elementales de la vida religiosa (religiones primitivas, creencias y prácticas populares inorganizadas). 3.º La magia. 4.º Creencias y ritos relativos á los muertos. 5.º El ritual (calendario religioso, y fiestas, ceremonias completas, ritos manuales y orales, objetos y lugares de culto). 6.º Representaciones religiosas (representaciones religiosas de seres y de fenómenos naturales; representaciones de los seres religiosos; los mitos, leyendas, cuentos y dogmas). 7.º La sociedad religiosa. 8.º Estudios de conjunto sobre las grandes religiones.

Como se ve, por este cuadro de meras indicaciones, la materia que los Sres. Hubert y Mauss abarcan, en sus análisis críticos y bibliográficos, es variada, y ofrece un bosquejo muy completo de los problemas que interesan á los especialistas en la ciencia de la religión.

No sería posible dar aquí una idea, ni aproximada siquiera, de la tarea informativa de los citados escritores. Me limitaré únicamente á señalar algunos de los más interesantes trabajos analizados.

Por ejemplo: en el primer capítulo, no pueden quedar en el olvido los libros de M. Jastrow, *The Study of Religion*, y de Lang, *Magie and Religion*; en este último se contiene una detenida discusión de la notable obra de Frazer, *Golden Bough* (capital en este género de estudios). También debe citarse el trabajo de Achelis sobre *El éxtasis*, visto en sus hechos, en sus causas y en sus efectos.

Con ocasión de examinar las formas elementales de la vida religiosa, se estudian no pocas manifestaciones de la vida religiosa primitiva, ó de los pueblos que se reputan primitivos.

Así, Kingsley trata de los pueblos negros (del África occidental); Abel, de la *Vida salvaje en Nueva Guinea*; Cabaton, de *Les Champs*; Frazer, de las *Tribus de la Australia central*, etcétera, etc.

En los capítulos de las ceremonias y ritos, son varias las obras interesantes: Burdick, *Foundation Rites*; Usener, *Milch und Honig*; Keating, *The Agape and the Eucharist in the early Church*; la muy curiosa de Gottz, sobre *La oración en el cristianismo primitivo* (que viene á colmar—dicen sus críticos—una importante laguna en la historia del cristianismo), con más la de Roberts, sobre la *Historia de la confesión*.

Las representaciones—pura psicología, aunque aquí sea una psicología histórica, objetiva, genética—religiosas, clasificadas, como hemos visto, en varios grupos, según los diversos fenómenos estudiados, comprenden dos de especial interés, en cuanto con ocasión de las mismas, se hacen algunas manifestaciones por parte de la redacción del *Año*, manifestaciones que, á mi ver, tienen cierto valor constructivo: esos dos grupos son el de las *Representaciones religiosas de seres y fenómenos naturales* y el de los *Mitos*.

Las representaciones de seres y fenómenos naturales debieran constituir—dicen los Sres. Hubert y Mauss—un capítulo especial del *Año*. En efecto: las nociones del alma, del tiempo, del espacio, de causa, de ley, etc., son nociones de carácter general, por las que se determina la evolución de la mentalidad humana; pero, «desgraciadamente, no se ha podido dar á esos hechos un lugar propio, porque el estado de la ciencia no nos permite aún intentar el estudio de las representaciones colectivas como tales. Tenemos que estudiarlas á través de las religiosas», lo cual, después de todo, se justifica porque la mayoría de esas nociones se han formado en el seno de la religión. Fenómeno éste, añadiríamos nosotros, que explica el interés grande que, para la formación de la sociología, como estudio de la evolución social (material, moral y psicológica), tiene de fenómeno religioso.

E. M.—Agosto 1903.

Por lo demás, no son muchos los trabajos registrados en el grupo de que tratamos, si bien en él figura la obra, ó mejor, el volumen IV de la magistral obra de Groot, acerca del *Sistema religioso de China*, y más especialmente, acerca de *El alma en la filosofía y en las concepciones populares*.

En cuanto al grupo de los *Mitos*, las obras examinadas de Winternitz, *Las leyendas del diluvio*; Preuss, *Kosmische Hieroglyphen der Mexikaner*; Grupe, *Griechische Mythologie und Religionsgeschichte*, y otras, van precedidas de una *introducción*, y llevan al final una interesante *conclusión*. De ambas se infiere la alta importancia sociológica de los mitos: los mitos, se dice, son un hecho social, esto es, «un producto ó una manifestación normal de la actividad colectiva»; son «instituciones sociales»; no se deben, pues, considerar como cosa contingente ó pegadiza. Por lo cual conviene estudiarlos, toda vez que por su estudio puede llegarse al conocimiento de alguna de las leyes de la actividad mental del hombre. Y también se infiere de las consideraciones finales de los Sres. Huber y Mauss, que de los estudios de los mitos no resulta aún clara y precisa una solución para la cuestión de sus orígenes. «El mito es, esencialmente, vago y multiforme», y su significación es tan flotante como su forma.

Para terminar con la sociología religiosa, anotaré las obras de Wissowa, *Religion und Kultur der Römer*, y de Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu-Christi*.

*
* *

Con el objeto de abreviar este resumen, me limitaré, en las secciones restantes, á indicar su estructura y á señalar algunas de las obras analizadas.

Sociología jurídica y moral.—Figuran, en primer término, los trabajos acerca de las *Teorías generales sobre la moral y el derecho*, y se registran aquí los interesantes trabajos de reconstrucción de la ética y de la ciencia del Derecho; por

ejemplo, la de Ratzenhofer, *Ética positiva*; Vidari, *Elementi di Etica*; Miceli, *Studi de Psicologie del diritto*, y Kohler, *Einführung in die Rechtswissenschafts*. Seguidamente se analizan varios estudios de *Sistemas jurídicos*, por Durkheim y Fauconnet, figurando entre ellos los del sabio Kohler acerca del *Derecho de los bechuanas y de los hotentotes*; de Mazarelle, Degoras y Daresté. El grupo de trabajos sobre *Organización social* (agrupaciones previamente constituidas fuera de la organización política, y Sociedades sin Estado) aparece dividido en varios artículos: A). *Formas elementales de organización social*: trabajos de Schurtz, *Clases de edad y Asociaciones masculinas*—muy sugestivo á mi ver; Gee, *The Seri Indians*; Szanto, *Las tribus griegas*, y Seevom, *Tribal Custom in Aglo-Saxon Law*. B). *Las clases*: los trabajos de Wittich, *Die Frage der Freibauern*, y otros.—C). *Los Municipios*: obras de Viollet, *Les Communes françaises au moyen age*; Loncaó, *La genesi sociale dei Comuni italiani...*

Viene á continuación el grupo de estudios sobre la *Organización doméstica*, distribuido bajo estos epígrafes: A). *La familia*: Lavaillé, *Tribus du Sudest de l'Indo-Chine*; Rundstein, *El método comparativo aplicado á la historia del derecho eslavo*; Caillemer, *Origen y desenvolvimiento de la ejecución testamentaria*; Herreros, *La sucesión contractual*, etc.—B). *Matrimonio y moralidad sexual: condición de la mujer*; figura aquí el interesante libro de Crawley *La rosa mística, estudio sobre el matrimonio primitivo*, y varios trabajos de Thomas, Esmein Révész, etc.

Pocos son los libros que tratan de la *Organización política*; por ejemplo, los de Polier y Marans—de cierto interés—acerca de los *Estados compuestos*; Deslandres—muy completo,—sobre la *Crisis de le science politique*, etc., etc. Acerca del *Derecho de propiedad*, se registran trabajos de Tschuprow, Pininski y otros. También se da noticia de algunos estudios acerca de las *Obligaciones*, el *Derecho criminal*, *organización judicial*, etc.

*
* *

En la sección cuarta del *Año* hay que distinguir: de un lado, varios trabajos recogidos bajo la rúbrica de *Estadística de la vida doméstica y conyugal*; y de otro, los analizados por M. Richard en cuatro grupos diferentes, á saber: 1.º La criminalidad general en los diversos países; un estudio de Lombroso, *Delitti vecchi i delitti nuovi*. 2.º Factores de la criminalidad y de la inmoralidad general, mucho más nutrida, con estudios de Krose sobre el *Influjo de la confesión en la moralidad*; de Berg, Richmond, Garnier (*La criminalidad juvenil*), Mans, etcétera. 3.º *El suicidio*, tres trabajos de Baer, Von Mary, Grofwahl; y 4.º El funcionamiento del sistema represivo, obras interesantes de Sutherland, Perrier, Dorado y otros.

*
* *

En la sección de *Sociología económica* aparece muy nutrido el primer grupo de *Estudios generales*; figura al frente una obra importante: el *Curso de Economía política*, de G. Colson, más otras del empuje de la de Levasseur sobre las *Clases obreras y la Industria en Francia antes de 1787*; Tarde, *Psicología económica*; Patter, *The Theory of prosperity*, etc., etc. En el grupo de *Sistemas económicos*, se analizan por M. Simiand dos obras, una de ellas fundamental: la de Sombart, *El capitalismo moderno. Génesis del capitalismo*, etc., y la otra del más alto interés: la de Thounar, *Essai sur le système économique des primitives*.

Bajo el epígrafe común de *Regímenes de producción*, se analizan varios estudios sobre los *trusts* (de Clark y Dos Pasos), la cooperación y otros; á continuación se agrupan diversos trabajos sobre las formas de la producción y los elementos de la distribución (Varlez, *Les salaires dans l'industrie gan-toise*, y Schloss, *Los modos de la retribución del trabajo*). M. Simiand y M. Bourgin analizan también unas cuantas obras y artículos sobre las *Clases económicas y Asociaciones profesionales*, recogiendo luego, en el artículo especial de la

acción del Estado en la vida económica, otros varios sobre política comercial (Grunzel, *Sistema de política comercial*, etcétera). Legislación social (el libro bien conocido de Metin, *El socialismo sin doctrinas*, etc., etc.).

*
* *

La *Morfología social*, según ya indicamos, forma en el *Año* una sección independiente, que además comprende varios capítulos: I. Las bases geográficas de la vida social, con el análisis del trabajo de Schrader, *El factor planetario de la evolución humana*. II. La población; es decir, como se ve, los dos factores componentes del sér social concretamente considerado; en este último capítulo figuran varias obras de Coste, Lasch, Caudelier, Ottolenghi, etc., etc. III. Agrupaciones urbanas; y IV. La habitación.

*
* *

La última sección, señalada con el epígrafe *Divers* en el *Año*, comprende, como oportunamente se dijo, cuatro capítulos: en el primero (La *Estética*) se analiza, por los Sres. Hubert y Mauss, el interesante libro de F. Gummere *The Beginnings of poetry*—Los comienzos de la poesía.—«Con este libro, dice su crítico, la estética se convierte definitivamente en una rama de la sociología». Además se da cuenta del trabajo de Bruno Kuske, *Der stand des ornamentikfrage*. En el segundo (*Tecnología*), en el cual se procura llamar la atención hacia las relaciones que hay entre el *útil*, el arma, etc., etc., y la vida social, se señalan los trabajos de Giglioli (varios) y el de Schurtz. En el tercero (La lingüística), á cargo de M. Meillet, se analizan un excelente estudio de Wundt (*Sprachgeschichte und Sprachpsychologie*, escrito para responder á las críticas de M. Delbrück; otro de Meyer-Lubke, *Introducción al estudio de la lingüística romana*, y otro de Thumb. Por fin, en el cuarto

(*Socialismo*) se da cuenta de un trabajo de Peixoto sobre *La revolución francesa y el socialismo francés moderno*, y de la conocida obra de M. G. Le Bon, *La psicología del socialismo*.

Y tal es, en resumen, breve y necesariamente muy incompleto, el movimiento literario de la ciencia sociológica en el período á que, dadas las fuentes que utilizamos, se han tenido que contraer nuestras consideraciones y noticias.

ADOLFO POSADA

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS.—*Anales de la Universidad* (Chile).—Problemas históricos de la conquista de Chile.—Los compañeros de Valdivia.—Los metros de los cantares del Arcipreste de Hita.—Memoria del rector de la Universidad.—Reformas en la enseñanza secundaria y superior.—La Extensión universitaria.—El Instituto Pedagógico.—El internado del Colegio Nacional.—*La Revista Nueva* (Chile).—El modernismo en América.—El Paraguay intelectual.—Progresos modernos.—*Boletín de la Sociedad Jurídico-literaria* (Colombia).—Iberoamericanismo.—Un proyecto de Biblioteca hispanoamericana.

Hace muchos años que los *Anales de la Universidad* (Chile) gozan del crédito de una publicación seria é interesante para los hombres de estudio. En el último cuaderno recibido (Enero á Junio 1902) hallamos, en confirmación de esto, importantes trabajos que pasamos á reseñar.

Problemas históricos de la conquista de Chile.—D. Joaquín Santa Cruz, después de consignar que la conquista de Chile ha sido magistralmente historiada por varios autores, entre ellos los Sres. Barrios Arana y Amunátegui (Miguel Luis), advierte que aún quedan algunos puntos oscuros, susceptibles de nuevas investigaciones. Estos puntos son, entre otros, los siguientes:

1.º Provisiones dadas por Pizarro á Pedro de Valdivia, ó sea facultades dadas á éste en el nombramiento, una vez que obtuvo del gobernador del Perú la autorización para emprender la conquista de Chile.

«Es curioso que ningún historiador la haya copiado ni que ella exista en archivo alguno de Chile, Perú ó España. La

provisión, sin embargo, se pregonó en el Cuzco, y hay muchos testigos que la oyeron pregonar, y aun que la leyeron. Pero todos están contestes en que Valdivia tuvo su primitiva provisión ó nombramiento como *teniente de gobernador*, bajo la jurisdicción de Pizarro.

»Se comprende que Valdivia no conservara ese nombramiento que le daba un carácter de subalterno; tanto más, cuanto que, pocos meses después de llegar á Chile, fue electo gobernador por el pueblo de Santiago. La provisión primitiva de Pizarro fue, en consecuencia, astutamente guardada ó destruída por Valdivia.

»Igual conducta siguió Valdivia con la provisión que de *teniente* le hizo después Vaca de Castro, la que se guardó sin darla al público, gloriándose de ser *teniente del emperador* y no de Vaca de Castro.»

Más tarde, en 1539, se dió una segunda provisión, cuyo texto también es desconocido. El contrato de compañía, que en cuanto á los productos de la conquista firmaron, por mediación de Pizarro, Valdivia y Sancho de la Hoz, nada dice de la jurisdicción que á cada cual debía corresponder. Puede, sin embargo, deducirse de los documentos publicados por Medina en el tomo VIII de su colección. En una declaración de Gregorio de Castañeda, hecha en 1548 ante La Gasca, dice aquél: «Y porque hiciese esta ayuda (á Valdivia) el dicho Pero Sancho iba por general, como persona que ponía más cabdal, y Pedro de Valdivia por *teniente de capitán general y gobernador, y que si el dicho Pero Sancho no cumpliese lo sobre dicho, fuese ninguna la Compañía y quedase la conquista al dicho Pedro de Valdivia como de primero, y que de esta manera los mandó el marqués.*

»Castañeda refiere á continuación cómo Sancho de la Hoz no cumplió nada de lo ofrecido, y que entonces Valdivia se negó á reconocerlo como general, explicándose así todos los sucesos de una manera natural.»

Por otra parte, en la renuncia de Sancho de la Hoz, pu-

blicada por Gay, se expresa «que el dicho Pero Sancho de la Hoz quería hacer dejación é revocación de *una provisión que el marqués D. Francisco Pizarro le había dado*». Confírmase así lo declarado por Castañeda; hubo efectivamente provisión de Sancho de la Hoz, que modificaba la primitiva provisión á favor de Valdivia. Después, en Atacama, nuevamente expone Sancho de la Hoz que «de su espontánea voluntad hacía é hizo dejación de la dicha *provisión*, uso y ejercicio de ella, pues el dicho señor marqués se la había dado por razón de la dicha compañía... y renunció todo el favor y mando de la dicha *provisión*... y quiere que el dicho capitán Pedro de Valdivia *use y ejercite, como siempre ha usado y ejercido é gozado, su PRIMERA PROVISIÓN*».

«Nada más terminante, y en consecuencia queda resuelto, á mi ver, el problema de las provisiones de Pizarro sobre la conquista de Chile.»

2.º Formación de la hueste de Valdivia. Creíase, hasta ahora, que Valdivia salió del Cuzco con sólo 150 hombres. Documentos nuevamente publicados por Medina modifican esta creencia.

Valdivia creía poder contar con muchos de los antiguos compañeros de Almagro en la primera expedición de éste á Chile; con los expedicionarios de Pedro de Candía y Diego de Rojas, y con los soldados que traería Sancho de la Hoz.

Para maestro de campo y tesorero real, había nombrado Pizarro á Alvar Gómez (á quien se creía hermano de Almagro), quien, en efecto, se unió á Valdivia con su hijo Juan Gómez y otros siete. Varios testigos afirman que la expedición se hizo con no más de 20 soldados, que aumentaron á 36 con la llegada de Rodrigo de Araya y los suyos, á los cuales hay que agregar dos sacerdotes y doña Inés de Suárez, quien «empeñó y vendió sus alhajas para ayudar á los expedicionarios, como lo afirma Valdivia en una cédula inédita» que el Sr. Santa Cruz posee. Aparte estos españoles, fueron á las órdenes de Valdivia muchos *yanaconas* ó indios del Perú, que más tarde

ascendieron al número de 1.000; pero no se sabe cuántos eran al salir de Cuzco.

A esta tropa originaria se agregaron en el valle de Tarapaca algunos soldados procedentes de Lima; otros procedentes de la desbaratada expedición de Rojas (unos 30); 25, poco más ó menos, á las órdenes del capitán Francisco de Aguirre, y hasta 60 que dirigía el capitán Juan Bohón. Posible es que con ellos vinieran muchos indios; pero no se sabe el número.

El maestro de campo, Alvar Gómez, murió antes de empezar la campaña. Le sustituyó Pedro Gómez, quien no sabía leer ni escribir, «lo cual era raro entre los conquistadores de Chile, casi todos, al par que hidalgos, hombres de alguna instrucción, como luego veremos».

Pedro Sancho de la Hoz sólo trajo cuatro compañeros, por lo cual se rompió el contrato de compañía entre él y Valdivia. En Copiapó recibió éste nuevos refuerzos, aunque escasos (cinco hombres); pero con ello su fuerza subió á 150 españoles.

«Expondré aún, como circunstancia ignorada, la de que al poco tiempo de haber partido Valdivia del valle de Copiapó, en donde había sido recibido con una obstinada resistencia por parte de los indígenas, llegaba al valle un nuevo socorro para la expedición. Componíase éste de 15 á 20 soldados, al mando de un capitán, Valdivieso. Los indígenas cayeron sobre ellos traidoramente y los ultimaron, con excepción del *capitán Gasco*. Debió éste su salvación á sus conocimientos medicales, después de haber sanado de una enfermedad á uno de los caciques principales del valle.»

3.º Nombres de los compañeros de Valdivia.—Los vecinos de Santiago (de Chile) firmaron, como es sabido, un acta pidiendo á Valdivia por gobernador. Está publicada en el libro I del Cabildo, pág. 88. El Sr. Santa Cruz ha completado y rectificado la lista de los firmantes, que llegan á 145. Como se ve, es casi la cifra entera de los expedicionarios españoles.

En el mismo cuaderno de los *Anales*, el profesor Hanssen trata de *Los metros de los cantares de Juan Ruiz* (el arcipreste

de Hita), apoyándose en la excelente edición de Ducamín. Es este trabajo demasiado técnico y minucioso para que podamos extractarlo aquí; pero lo señalamos gustosos á los eruditos. La variedad de metros y ritmos que el Sr. Hanssen encuentra (graves de ocho sílabas, agudos de siete y de seis, endecasílabos, alejandrinos; ritmo trocaico, villancicos, serranas, etc.), hace muy interesante su análisis.

La Memoria del rector de la Universidad, correspondiente al año 1901, que también publica los *Anales*, es de una importancia grandísima para formar idea de los progresos pedagógicos de Chile. El rector, Sr. Barros Borgoño, da cuenta de las reuniones y acuerdos del Consejo de Instrucción pública, con su resultado en la legislación, y de las reuniones periódicas del profesorado universitario, prescritas por la ley.

La primera reforma llevada á cabo es la de la Facultad de Leyes. Sin grandes modificaciones aparentes, envuelve un cambio substancial del régimen antiguo.

Dos ideas fundamentales la distinguen: la introducción de nuevas asignaturas y el espíritu impreso á la enseñanza de los diferentes ramos.

A las materias que antes se enseñaban se han agregado «la *Historia general del derecho*, que viene á completar el estudio de las instituciones romanas; la *Hacienda pública* y la *Estadística*, el *Derecho agrícola é industrial*, y además, la *Medicina legal*, enseñanza que permitirá dar rumbo más seguro á las investigaciones criminales.»

Se ha desarrollado también el estudio del Derecho internacional privado, y se han creado otras nuevas asignaturas no obligatorias.

«Como lo indica el nombre de los ramos establecidos en el nuevo plan de estudios, al comentario del Código se ha sustituido la enseñanza del derecho correspondiente, dando así mayor generalidad á esta enseñanza y elevándola por encima de nuestra propia legislación, la cual no debe presentarse al criterio del alumno como única é incommovible base de sus cono-

cimientos jurídicos, sino como la expresión de ideas más fundamentales y sintéticas, aplicadas á un estado social determinado.»

En la Facultad de Ciencias físicas y matemáticas se ha variado la forma de ingreso al curso especial de arquitectura, agregándole un año preparatorio, y permitiendo que á él se incorporen los alumnos aprobados en los cuatro primeros de la segunda enseñanza.

Es de notar igualmente «la extensión y seriedad que ha alcanzado» la enseñanza científica, así «como la tendencia práctica y experimental que sus profesores le han impreso. El alumno que hoy obtiene su título de ingeniero en cualquiera de las especialidades de esta profesión, no ha adquirido solamente la alta preparación científica que tales estudios requieren, sino que ha visto y ejecutado trabajos que le han dado ocasión de aplicar sus conocimientos y desarrollar sus aptitudes técnicas.

»Para conseguir este objeto, ha sido necesario ensanchar y completar los laboratorios existentes, crear otros nuevos y dar á cada clase los elementos y condiciones materiales que exige una enseñanza práctica. De este modo, los cursos superiores de matemáticas han venido á ocupar todo el edificio universitario».

Se han instalado también otros laboratorios nuevos, como el de electro-química y el de radiografía, en la Facultad de Medicina. En ésta se han inaugurado los trabajos de extensión universitaria con una serie de cursos rápidos dedicados á propagar los adelantos de la ciencia. «Estos cursos, que no han obedecido ni pueden obedecer al orden permanente de nuestros estudios superiores, se imponían, con tanta mayor razón cuanto más grande es el aislamiento intelectual de los que, fuera de nuestros principales centros, se consagran al ejercicio de la profesión médica.

»Esta enseñanza ha sido encargada á profesores de nuestra Facultad, ó á individuos especialmente preparados en una ma-

teria determinada; ha abrazado los puntos que más podían interesar al ejercicio práctico de la Medicina; y extendiendo á las provincias los beneficios de la acción docente del Estado, ha venido, sobre todo, á uniformar los conocimientos médicos y á nivelar la capacidad profesional.

»El resultado de este primer ensayo ha sido bastante satisfactorio. Más de cuarenta y cinco médicos de diferentes ciudades de la República se han incorporado en estos cursos; han visitado al mismo tiempo nuestros hospitales; han visto ejecutar operaciones nuevas; han conocido el uso de muchos instrumentos y aparatos introducidos recientemente en la práctica, y han podido imponerse del movimiento científico de la Medicina en la parte que más directamente les concierne.»

Las reformas verificadas en la segunda enseñanza son trascendentales. Su efecto principal consiste en «dividir los estudios en dos ciclos, de tres años cada uno, de los cuales el último no es más que el complemento científico del primero».

Se encierran en este *primer ciclo* todas las asignaturas de humanidades, pero circunscritas á las nociones más prácticas y elementales. El castellano queda reducido al conocimiento estructural de la lengua, al arte de hablar y escribir correctamente. Las matemáticas, limitadas á la aritmética y á la geometría plana, se completan con la contabilidad, que se ha trasladado con este objeto del quinto al tercer año. Las ciencias físicas y naturales comprenden la morfología y clasificación de las diferentes especies vegetales y animales; la higiene, derivada del conocimiento elemental de la Anatomía y Fisiología humanas, y las nociones de Física y de Química más necesarias para dar una idea general de estas ciencias.

»En el estudio de los idiomas vivos y de la historia, para conseguir los fines prácticos que se persiguen, se han tenido que modificar más profundamente los programas. Según el antiguo régimen, principiaba desde el segundo año el aprendizaje simultáneo de las lenguas extranjeras, y la historia iniciaba, en el tercero, su desarrollo sistemático.» Resultaba de

este régimen, que los alumnos salían con conocimientos muy deficientes de idiomas y de historia. Para remediar este defecto se ha limitado á una sola lengua viva el estudio de los tres primeros años, con seis horas semanales de clase; y respecto de la Historia, además de su desarrollo en los tres últimos años de humanidades, se da un curso especial en los tres primeros, de historia y geografía de Chile y la América, teniendo como centro los acontecimientos del siglo xv y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

En el segundo ciclo se desenvuelven y sintetizan los conocimientos adquiridos en el primero, del modo siguiente:

«La enseñanza del castellano se continúa con la literatura preceptiva y la historia literaria, que ya no se limitará solamente al estudio de las letras españolas y al comentario de sus principales autores, sino que se extenderá también á las literaturas antiguas y extranjeras, que antes se enseñaban con el idioma correspondiente, dejando siempre un vacío en el orden del desenvolvimiento intelectual.

»Las Matemáticas se completan con el estudio del Algebra, la Trigonometría y de la Cosmografía, que se enseñará como asignatura independiente en los dos últimos años de este ciclo.

»En Historia Natural, al conocimiento concreto de los seres vivos sucede el de la Histología y Fisiología generales, que consideran las íntimas manifestaciones de la vida, y que, penetrando en el origen de las especies mismas, permiten formarse una idea de la transmisión y variaciones de sus caracteres, y elevarse al concepto de su evolución.

»La Física y la Química, enseñadas juntas en el cuarto año, se separan para ser estudiadas sistemáticamente en el quinto y en el sexto, dándoseles todo el desarrollo que las profesiones científicas exigen.

»En este ciclo se comienza el aprendizaje de un segundo idioma vivo, y se perfecciona el conocimiento del primero, que se ha estudiado intensivamente en el ciclo anterior.

»La Historia y la Geografía se desarrollan en un nuevo

curso sistemático de tres años, en que al orden cronológico de los acontecimientos se acompaña el estudio del régimen político y de las civilizaciones correspondientes.

»El alumno que termina este segundo ciclo se encuentra preparado para el bachillerato en Humanidades y en Matemáticas, y apto, por lo tanto, para seguir cualquiera de las carreras científicas á que su vocación le incline.

»Al mismo tiempo se ha procurado en esta reforma disminuir el trabajo mental de los alumnos, aumentando, en cambio, las horas consagradas á la gimnasia y á los ejercicios físicos.»

Para completar esta reforma se ha creado en algunos Liceos un *curso de aplicación*, que dura dos años y que, sobre un fondo común de conocimientos, tiene por fin «desarrollar las aptitudes especiales que requieren los negocios comunes de la vida», con mira especial á la minería, al comercio ó á la agricultura, «según las necesidades de la zona ó de la provincia á que pertenece el Liceo en que se ha implantado». De este modo, los alumnos que actualmente abandonan sus estudios al fin del tercer año, podrán seguirlos, «bajo una forma práctica, hasta la edad de quince años, por lo menos, y adquirir durante este tiempo la capacidad suficiente para ingresar como empleados en una oficina ó establecimiento industrial cualquiera, ó para dirigir sus propios intereses».

El siguiente cuadro dará una idea clara de la ductilidad, muy bien entendida, de este curso de aplicación.

<p>CURSO APLICADO Á LA MINERÍA (Liceo de Antofagasta)</p> <p>ASIGNATURAS</p>	<p>CURSO APLICADO Á LA AGRICULTURA (Liceos de San Fernando, Curicó y Temuco)</p> <p>ASIGNATURAS</p>	<p>CURSO APLICADO AL COMERCIO (Liceo de Quillota)</p> <p>ASIGNATURAS</p>
<p>Contabilidad Comercial y Minera.....</p> <p>Geografía Económica.....</p> <p>Complementos de una lengua viva...</p> <p>Nociones de Derecho Administrativo y de Minas</p> <p>Economía Política.....</p> <p>Dibujo de Máquinas.....</p> <p>Química aplicada.....</p> <p>Nociones de Metalurgia y Explotación de Minas</p> <p>Trabajos manuales.....</p>	<p>Contabilidad Comercial y Agrícola....</p> <p>Geografía Política y Económica.....</p> <p>Complementos de una lengua viva....</p> <p>Nociones de Derecho Administrativo.</p> <p>Economía Política.....</p> <p>Dibujo de Máquinas y Paisajes.....</p> <p>Química Agrícola y Zootecnia</p> <p>.....</p> <p>Trabajos manuales.....</p>	<p>Contabilidad Comercial y Bancaria.</p> <p>Geografía Comercial é Historia del Comercio.</p> <p>Inglés (correspondencia).</p> <p>Nociones de Derecho Civil y Comercial.</p> <p>Economía Política.</p> <p>Aritmética Comercial.</p> <p>Química y Física aplicada.</p> <p>Estudio de las mercaderías y falsificaciones.</p> <p>Trabajos manuales, caligrafía y escritura á máquina.</p>

El Sr. Barros cree, con razón, que para continuar este movimiento de adaptación de la enseñanza «á todas las necesidades públicas y á las exigencias que el mismo progreso hace surgir en las diversas capas de nuestra sociedad, y para dar unidad á todos los estudios», sería conveniente someter *todos los establecimientos de instrucción, sostenidos por el Estado*, á una misma autoridad directora é inspectora. «Así—dice—podría formarse un plan general de instrucción pública, en que, eslabonándose armónicamente todas esas enseñanzas, desde la primaria hasta *las últimas manifestaciones* de la enseñanza práctica y *especial*, diera cabida á las diferentes vocaciones y aptitudes que las circunstancias individuales determinen.»

En el bachillerato de Humanidades se han sustituido los temas de latín por otros de idiomas vivos.

«La supresión del latín, como ramo obligatorio, no elimina, sin embargo, de nuestra enseñanza el estudio de las literaturas antiguas, y esta misma lengua conserva su cátedra, para los que quieran conocerla, en el Instituto Nacional, y para los profesores de castellano, en el Instituto Pedagógico.»

Los estudios de bellas artes han sido también muy mejorados, creando un Museo de reproducciones y cursos de Perspectiva, Anatomía de las formas, Arquitectura artística, Grabado en madera, Estética, é historia del Arte, Dibujo ornamental y Escultura. Trátase igualmente de establecer un taller de fundición artística.

En otro párrafo de su Memoria ocúpase el Sr. Barros en lo referente al Instituto Pedagógico.

«Abierto este establecimiento, bajo la forma de un internado, en 1889, y convertido después en externado gratuito, ha sido el centro de un profesorado extranjero distinguido, que ha impreso el sello de una nueva disciplina á los estudios secundarios, y el plantel donde se forma y robustece de año en año el personal docente de nuestros liceos.

.....
«A fin de salvar los inconvenientes que, por no haber vivi-

do en un medio propio, ofrece el profesor chileno para la enseñanza de los idiomas vivos, he propuesto á V. S. se consigne anualmente en el presupuesto un ítem destinado á mantener en el extranjero dos ó más becas, que serían ocupadas por los jóvenes que, habiendo concluído sus estudios en el Instituto Pedagógico, quisieran adquirir la posesión completa del idioma que hubieren de enseñar.»

El Instituto Pedagógico suministra constantemente el personal de los Liceos. De los 140 alumnos que ha tenido hasta ahora, y no han abandonado el país ó seguido otra carrera, el 84 por 100 ha ingresado en el profesorado. Pero no todas las direcciones de éste ofrecen igual estímulo ó atraen de igual modo á la juventud.

«Así se observa que son muy pocos los que se dedican á las ciencias físicas y naturales; tan pocos, que faltan los profesores de este ramo. Sólo veintiuno han recibido tal título hasta la fecha, y entre veintisiete profesores, que concluyeron sus estudios el año pasado, apenas se cuentan dos en esta asignatura. Todos ellos están ocupados; y hay vacantes en nuestros Liceos que, por este motivo, no han podido proveerse en propiedad.»

El profesorado del Instituto, que dirige el notable escritor D. Domingo Amunátegui Solar, se distingue, no sólo por sus trabajos en aquel centro, mas también por sus publicaciones científicas. El Sr. Barros menciona, á este propósito, los «estudios del Sr. Hanssen, sobre castellano antiguo; los del señor Lenz, sobre el idioma araucano; la obra del Sr. Johow, sobre la flora de la isla de Juan Fernández, y las exploraciones geográficas del Sr. Steffen».

Para poder formar buenos profesores de gimnasia, se ha creado un curso libre de dos años, dando en él mucha importancia al *sport* y á los juegos al aire libre. También se han contratado en Europa un profesor de Física matemática y experimental y un mecánico de precisión, que dirija el taller de Taxidermia. Se piensa igualmente en crear un taller de vidriería.

La inspección técnica de la enseñanza es en Chile cosa seria. El Consejo de Instrucción pública encargó primero á don Rodolfo Lenz que visitara las clases de idiomas vivos extranjeros en algunos de ellos, y el año pasado se comisionó á los señores Poenisch, Taffelmacher, Montebruno, Díez y Bohn para que presenciaran los exámenes de algunos establecimientos en el norte y sur de la República.

«Las observaciones que estos profesores han suministrado en sus informes, no sólo han servido para conocer el estado de la enseñanza, sus defectos y sus necesidades, sino también para juzgar sus resultados y la correcta aplicación de los programas vigentes.»

La Memoria del Sr. Barros trata extensamente de las deficiencias de material, mobiliario y locales de los establecimientos de enseñanza y de su mejora, para lo cual en cada presupuesto se aumentan las partidas correspondientes. ¡Como en España!

El internado del Instituto Nacional—instalado en edificio propio—es un modelo en punto á comodidad, aseo é higiene de los niños, que tienen á su disposición baños de lluvia, de natación, etc.

«Desde que el niño entra al establecimiento es sometido al examen de un médico, que anota su talla, sus antecedentes y los principales caracteres de su constitución orgánica, para poder conocerlo físicamente, medir su resistencia, prever las necesidades de su desarrollo y atender prudentemente á los cuidados de su salud y de su vida. Con este objeto se ha establecido una oficina especial de antropometría, que lleva su registro correspondiente, y que servirá para dar más de un consejo oportuno á los padres de familia.

»Las horas de clase están perfectamente compensadas con las horas de recreo, y el trabajo mental con los ejercicios físicos.

»Entre éstos no sólo figura la gimnasia sistematizada, sino el *sport* bajo todas sus formas: foot-ball, cricket, juegos al aire

libre, esgrima, tiro al blanco, ejercicios de lanza y flecha, y trabajos de jardinería.

»Sin llegar á las exageraciones de la educación inglesa, que por vigorizar el cuerpo descuida mucho el cultivo del espíritu, se trata de fortalecer al niño, imprimiendo al mismo tiempo en su carácter y en su voluntad la resolución y la energía de que ha de aprovechar más tarde en la madurez de su existencia». Para lograr esto se ha estrechado la relación educativa de los profesores con los alumnos, dando á aquéllos «la participación tutelar que en todo sistema de educación bien concebido debe corresponder á su perfecto magisterio».

«Costumbres y precauciones inveteradas, exigencias y consideraciones sociales de todo género, permitían suponer que nuestros actuales profesores no aceptarían de buen grado este nuevo régimen; pues, formados en distinta escuela, habrían de mirar siempre como una pesada carga extraña á sus funciones la doble misión que se les encomendare.

»Por este motivo, y con el propósito de implantar en las mejores condiciones posibles la reforma, se ha contratado un cuerpo de profesores suizos, pensando al mismo tiempo que si en aquella nación había germinado con Rousseau y con Pestalozzi la primera semilla de la pedagogía moderna, convenía también á una República joven, como la nuestra, introducir en su enseñanza pública el espíritu viril y sobrio de aquel pueblo, donde es innato el concepto del derecho y el sentimiento de la libertad individual.

»Estos profesores, que se distinguen por su saber y su cultura, llegaron en el mes de Junio, y ya hablan más ó menos correctamente nuestro idioma. Todos ellos han podido hacerse cargo de sus respectivas asignaturas, y en contacto continuo con los alumnos, los dirigen en sus estudios y en sus juegos, los hacen practicar las lenguas extranjeras en sus clases y en sus conversaciones, y dan de este modo á la vida y á las tareas escolares mayor variedad, agrado y amplitud.

»Últimamente han sido, además, contratados dos profesos-

res dinamarqueses que servirán las clases de trabajos manuales y gimnasia».

En *La Revista Nueva*, de Chile (Noviembre de 1902), don Miguel E. Pando escribe sobre *El modernismo en América*.

Empieza quejándose de la indiferencia con que los críticos viejos han mirado la aparición del modernismo.

«Mucho habría ganado la crítica analizándolo detenidamente, dándole de una vez todo su valor y sabiendo, como sabía de antemano, que el hecho no era aislado, que tuvo su génesis allá en las lejanías de un pasado floreciente, y que por ende fue el resultado de otros muchos anteriores, producto más ó menos espléndido de ideas raras que, en un principio, quedaron como flotando en el espacio sin encontrar dónde posarse, y que luego, por una especie de asimilación inconsciente... se multiplicaron, crecieron y viajaron hasta encarnar en espíritus lozanos, sedientos de aire y luz, y ávidos de conquistas bulliciosas.»

Para el autor, el modernismo es—en sustancia—«un señaladísimo triunfo de la originalidad individual sobre toda norma anticuada, sobre toda ley de estrecheces académicas y sobre el intolerable formulismo, en fin, de las viejas escuelas literarias».

En América encontró el terreno muy bien preparado. Las generaciones jóvenes, lectoras de Taine, Renan, Tolstoy, Ibsen, aspiraban á algo nuevo y se agitaban, sin hallar su camino.

«En algunos cerebros harto acalorados, en donde las ideas andaban todavía dando saltos, se almacenaron de un golpe las nuevas fórmulas; y cuando quisieron salir luminosas y triunfantes, salieron todas en desorden, alocadas, atropellándose y sin la compostura exigida por la estética. Pero ¿qué les importaba á ellos la estética en cuestiones literarias, si eran independientes, ¡modernistas!, revolucionarios y rebeldes?...

»Por rebeldes y revolucionarios emplearon un lenguaje

tan extraño en sus más descabelladas concepciones, que, leyéndoles, á la larga acababa uno por volverse loco. Quién más, quién menos de entre ellos, se creyó con derecho á inventar palabras de todos colores y calibres con objeto de alcanzar más pronto la cumbre de la originalidad, y á título de innovadores, profesaban la impunidad más absoluta en cuestión de idioma, llegando, naturalmente, por este medio socorrido, á escribir un español babélico, espantoso, español de signos y jeroglíficos y monstruosidades tales, que más que un idioma parecía aquello un léxico de loros sabios, en el cual habían sido puestos á contribución retazos de lenguas exóticas.»

Pero del seno del mismo modernismo vino la reacción y el remedio, que trajeron algunos jóvenes de los que «no hojeaban los libros nuevos á la diablo y que, antes de jurar bandera, se habían tomado el trabajo de ahondar la tendencia de la causa que abrazaban».

El precursor de éste encauzamiento fue Rubén Darío. Distinguíanse también «como modelos de originalidad y buen decir»: Julián del Casal, en Cuba, y Gutiérrez Nájera, en Méjico. Formáronse legiones de literatos que comulgaban en la estética nueva, y que bien pronto se dividieron en cenáculos: los decadentes, los individualistas (que se embriagaban con observaciones sobre sí mismos) y los simbolistas. Los dos primeros grupos han desaparecido. El tercero se extrema en exageraciones antiartísticas. En oposición á él, ha nacido el *criollismo*, que no parece llevar trazas de arraigar en firme.

El autor cree que «para que la literatura en América subsista con aire de familia no necesitan los autores jóvenes, que se esfuerzan por elevarla al puesto que merece, alejarse, ni mucho menos, de las corrientes europeas. No necesita uno distanciarse de las nuevas ideas; no se necesita deformar el idioma para hacer literatura *característica*, por así decirlo, ó literatura de *originalismo*, si vale el término. Ejemplo: tres escritores escogidos de la nueva generación, César Zumeta,

José Enrique Rodó y M. Díaz Rodríguez, hacen labor intensísima dentro del modernismo, y manejan, sin embargo, admirablemente, magistralmente, el castellano. De los tres puede decirse que son impecables, y los tres han abordado temas difíciles, peligrosos, en punto á cosas de América, y han salido triunfantes de la prueba».

Concluye el Sr. Pando acusando á los literatos españoles de ver «con marcada indiferencia» todo lo que de América procede. Hay en esto exageración, aun referido á tiempos pasados. Respecto de los presentes, el mismo autor reconoce que «una buena parte de la gente intelectual de la Península, de la gente joven, sabe ya cómo siente, cómo piensa y en qué forma se expresa la de América; y sabe, además, que dentro de su literatura se mueve un noble vigoroso ideal de confraternidad, muy sincero y muy rico en mesiánicos gérmenes de renacimiento. Urge, por lo tanto, que los demás también lo sepan, para que España y América se unan *en más íntima comunión, como altas razones lo requieren*».

Estamos de acuerdo.

En el mismo número de *La Revista Nueva*, el Sr. Pane da noticias sobre *El Paraguay intelectual*. Los primeros escritores paraguayos de que se tienen noticias son: Ruiz Díaz de Guzmán (murió á comienzos del siglo xvii), autor de la primera historia del Río de la Plata; Fernando Mompo, orador, y Pedro Vicente Cañete, doctor *in utroque*, por la Universidad de San Felipe, en Santiago de Chile. «Sin género de duda fue el paraguayo más notable, por el brillo, la extensión y la fama de sus luces, de cuantos se distinguieron en la época colonial, y aun más en las provincias ajenas que en la propia. Más aún: fue personaje de primera línea en los tiempos de la independencia americana. Por eso, escritores tan conocidos y eruditos como los señores J. T. Medina y G. R. Moreno han tratado de desenterrar su nombre y su figura del olvido en que yacían hasta hace poco.» Fue catedrático en Santiago, y después asesor general y fiscal. Aparte de sus discursos forenses, escribió

monografías sobre Patronazgo (1789); Real Hacienda (en jurisprudencia civil y teología) (1800); fundación de Buenos Aires (1862); Intendencia de Potosí (1862); legitimidad de la Regencia española de la época (1810); la confesión y la traición (1812), y una historia de Potosí, que parece haberse perdido, á pesar de que, para D. José T. Medina, es la publicada por el boliviano D. Vicente Ballivian en el Archivo Boliviano (T. I.) con otra paternidad literaria. «Además existe en poder de sus herederos una gran cantidad de papeles inéditos, según me lo expresó hace poco el Sr. G. R. Moreno, quien lo supo por relación de un biznieto de Cañete, el ex-secretario de la Legación de Bolivia en Chile, Ivarnegaray.»

En la época de la independencia, figuran en primer término Gaspar Rodríguez, de Francia, el célebre tirano, y Mariano Antonio Molas. Nació éste en 1787 y escribió la Descripción histórica del Paraguay, cuya paternidad se disputan algunos.

En los tiempos de los presidentes López, hubo gran actividad política en el Paraguay.

«Tuvimos entonces arsenales, Armada, minas y fundiciones en actividad; las primeras líneas ferroviarias y telegráficas del Plata; palacios hermosos, diplomacia hábil, himno y canción nacional; Constitución, Marina mercante, Escuela Superior de Humanidades, imprentas y periódicos nacionales: todo ello por primera vez ó en escala nunca vista en el Plata.

»Ildefonso de Bermejo, citado por Valera en su carta americana sobre Santiago Estrada, era el director de aquella Escuela. El más fecundo de los poetas sudamericanos de la época, el oriental Figueroa, componía nuestro himno; un francés, Despuy, su canto. Sabios europeos, como Mantegazza, Parodi, Spegazzini, etc., visitaban nuestro país. Jóvenes estudiantes iban á Inglaterra y Francia á cursar estudios superiores.»

De aquel período sólo dos nombres quedan: Natalicio Talavera, poeta, y José Berges, orador.

Después de la guerra en que quedó destrozado el Paraguay, renació éste con gran vigor. Á pesar de que poetas como

Guido Spano cantaban la muerte de la heroica nación, ésta daba grandes señales de vida, dictándose una Constitución que «hacía la instrucción primaria obligatoria, y factibles la secundaria y superior (1870); y dos poetas nacionales contestaban al grito de muerte del bando argentino con un vibrante grito de vida, porque lo fue de patriotismo; se fundaba nuestro hoy floreciente Colegio Nacional de la Asunción (1876); iban á la patria maestros extranjeros ilustres, como Zubizarreta y Olascoaga (españoles), ó volvían á ella compatriotas preparados, como Machaín, de Chile; Rebandi, de Italia; G. Benítez, de Francia; Benjamín Aceval, Zacarías Caminos (médico y abogado), Benigno Ferreira (abogado y militar), José S. Decoud, Velásquez, Peña y varios más, de Buenos Aires ó Montevideo.»

He aquí los resultados de este renacimiento:

«En 1899, la proporción de analfabetos era de 630 por 1.000, y la de alfabetos de 369, excluyendo á los menores de seis años, lo que le colocaba por debajo de sólo nueve países del mundo: Norte-América, Australia occidental, Irlanda, Francia, Austria cisleitana, Bélgica, Hungría, Italia y República Argentina. Y en la capital, la proporción llegaba á 628 alfabetos por 1.000, lo que es notable, pues en las ciudades de los países indicados no llega á 567.»

La proporción sería mucho mayor si se prescindiera de los que han nacido antes de 1875 ó 76, ya que en el período de diez años, á partir de 1870, apenas hubo tiempo ni posibilidad material de que se difundiese la instrucción.

Aparte de las escuelas elementales, hay en cinco ciudades ó pueblos escuelas graduadas para cada sexo. En la capital existen: una de Agronomía, otra de Artes y Oficios, dos Normales, y las de Comercio, Idiomas vivos, Telegrafía, Dibujo, Pintura, Música, y el Instituto paraguayo, Sociedad subvencionada por el Estado. Para la segunda enseñanza hay cinco colegios nacionales. El de Asunción cuenta con gabinetes, laboratorios y museos bien montados.

En la Superior existen Facultades de Derecho y Ciencias sociales, de Medicina, de Farmacia y de Obstetricia.

«Verdad es—dice el autor—que casi todo nuestro progreso intelectual ha sido obra de maestros extranjeros, de los cuales son dignos de mención los Dres. Zubizarreta y Olascoaga, que han sido en el Paraguay lo que Bello y Barros Arana en Chile, pues á idénticos impulsos al adelanto general, agregan una reputación aproximada, ya que no igual, en muchos puntos del extranjero; etnólogos y naturalistas como Boggiani, Anisits, Bertoni, y en fin, miembros aventajados de centros europeos como el instituto Pasteur y las mejores universidades de la Italia del Norte, de Alemania, etc. Pero ya se van formando á la sombra de ellos sus dignos reemplazantes nacionales, entre los que recuerdo ahora á T. González, autor de interesantes apuntes de D. Penal, uno de ellos aprobado en el último Congreso latino-americano de Montevideo; E. González, de no menos meritorios sobre D. I. Privado y Jurisprudencia civil; C. Báez, de inteligentes estudios civiles y sociológicos; P. Peña, H. Velásquez, D. Decoud, E. Parodi, A. y O. Rebandi, de valiosos trabajos sobre ciencias naturales y médicas; Garay, Domínguez, Gondra, el P. Maiz, H. Decoud, M. Chávez, que elaboran pacientemente la nacionalización de la enseñanza en materia de historia, geografía, pedagogía, etc.»

El movimiento literario es aún escaso. El autor menciona á los poetas O'Leary, Guanes y Parodi; á los prosistas Domínguez y Gondra, historiador el primero, crítico el segundo, y á otros más, inferiores á éstos, como son: Godoy, López Decoud, Moreno, Garay, Diógenes Decoud, etc.

Lo referente á la situación de la mujer es interesante.

«El número de analfabetas—dice el Sr. Pane—es menor que en otros países; su inteligencia presenta, como en todas partes, el mismo rasgo de mayor vivacidad y menor solidez que la masculina. Pero mientras aquí (en Chile, donde leyó el autor este trabajo), por ejemplo, veo una escuela profesional de ni-

ñas, buen número de doctoras y mujeres que trabajan en oficinas y vehículos públicos, allá, fuera de algunos á quienes se nos ocurre sostener tesis feministas, seguimos con el mismo feminismo del majo español observado por José de Cuéllar, un neurótico escritor mejicano; esto es, con mucho endiosamiento de su belleza, á la usanza de Don Juan Tenorio, pero ningún esfuerzo por su dignificación social, conforme se acostumbraba antaño.»

En el *Boletín de la Sociedad Jurídico-literaria* de Colombia, el Sr. Romero León discute el *iberoamericanismo*. Después de hacer notar la viva oposición levantada en la América latina contra el *monroísmo* de los Estados Unidos, que lleva en su seno la intervención de la República yanqui en los asuntos de los demás Estados, advierte que la base fundamental del equilibrio político en América es la unión de la raza latina (1),

(1) Este mismo sentido inspira el estudio sobre *La acción de la diplomacia moderna*, publicado por D. Dionisio Ramos Montero, secretario de la Legación uruguaya en Chile, en *El Mercurio* de 11 de Abril último. (Véase también el mismo diario de 3 de Junio.) Uno de los párrafos de ese artículo dice:

«En Sud-América deberíamos proclamar como bandera de trabajo y de previsión la conveniencia de estudiar y de resolver las cuestiones internacionales de límites, pendientes aún entre la mayoría de los pueblos del continente; acercarnos más, conocernos más y hacernos merecedores del respeto de todos los países del mundo, por la corrección de nuestros actos políticos, internos y externos, y por la propaganda prestigiosa de nuestra diplomacia. Entonces, seguros de nuestra fuerza moral y convencidos de cuanto valemos, si nos apoyamos como buenos hermanos, proclamar bien alto, sin exclusivismos, conservando amistad inalterable con nuestra madre la vieja Europa y con nuestra hermana mayor del Norte, los grandes principios en que reposan nuestras progresistas y sabias leyes y nuestras respetuosas prácticas internacionales, y explicar al mundo sin jactancias, pero sí con tranquila conciencia y confianza en el porvenir, que «América para los americanos» significa también «Sud-América para los sudamericanos».

Esta idea ha sido comentada por D. A. Floro Costa en *La Nación*, de Buenos Aires, del siguiente modo:

«Los países sudamericanos deben conocerse, deben acercarse, deben mantenerse unidos aun cuando no pacten alianzas, como lo acaba de ob-

cuyo único vínculo, á la hora presente, es el idioma. Sabido es que también hay quien pretende destruir ese vínculo: «No es sólo en la Argentina — dice el Sr. Romero— donde se pretendió tener un idioma *nacional*, sino que en toda la América existen *muchos sostenedores*, como los llama el académico D. Ricardo Palma en carta dirigida al Sr. Mertajo, de la bandera revolucionaria, enarbolada con el folleto *Neologismos y Americanismos*».

Después de reanudadas las relaciones con la antigua metrópoli y de fundarse en muchas de las Repúblicas hispano-americanas Academias correspondientes de la Española, con lo cual parecía asegurado el porvenir de la lengua madre, «el deseo de tener literatura propia, formando una escuela verdaderamente americana, hizo nacer, no ideales y procedimientos nuevos, que era lo que se necesitaba, sino un sinnúmero de voces estafalarias y de construcciones viciosas».

El Sr. Romero dice ser partidario entusiasta del *america-*

servar el distinguido publicista D. Marcial Martínez, al decir que *todos los pueblos sudamericanos, de consuno deben empeñarse en que cesen los conflictos de las facciones políticas, manejarse con prudencia y honradez en la esfera de una política elevada, en términos que el resto del mundo pueda contemplar un grupo sólido y unido de pueblos patriotas.*

«Nuestros países—termina el Sr. Ramos Montero—están ya en edad de apreciar los resultados positivos que traerán esos contactos y los consecuencias del comercio, que todo lo espera del estudio y de las relaciones diplomáticas, hoy casi nulas, repetimos, entre los pueblos del continente; el día en que esos acercamientos se produzcan, y ese día felizmente no está muy lejos, puesto que los acontecimientos desarrollados en Venezuela y las enseñanzas derivadas de la contestación dada en Washington á la nota del señor ministro de Relaciones exteriores argentino, Dr. Drago, han despertado á muchos, los problemas internacionales de Sud-América serán estudiados y resueltos; se sacudirán nuestras cancillerías esa parálisis casi crónica y contagiosa de que parecen atacadas, ese deseo de dejar para después asuntos que cambian y se complican en razón directa del tiempo que pasa y de los intereses que se desarrollan en pueblos jóvenes, de crecimiento vigoroso y rápido.»

La misma tesis ha sido proclamada en un reciente banquete del alto comercio de Buenos Aires, por el Sr. Toruquist.

nismo, y creer firmemente que «América tiene ya su literatura gemela de la española, es cierto, pero distinta de ella»... «Mas mi fe — añade — en el *americanismo literario* no me ciega hasta el extremo de suponer que, sin barbarizar y aplebeyar la lengua, no podemos ser *americanos* independientes.» El idioma es indiferente, á juicio del autor, para la diferenciación literaria, que depende, sobre todo, de las ideas: «dos pueblos que hablen el mismo idioma, pueden tener literaturas distintas». No niega el Sr. Romero la legitimidad de usar, á veces, «ciertos términos especiales, ó voces usadas sólo en ciertas localidades», como han hecho Obligado y Zorrilla de San Martín, «los príncipes, en mi concepto, de la escuela americana»; pero esto «dista mucho del inmoderado deseo, hijo de la ignorancia, de inventar palabras que nada significan, ó que no son necesarias para designar un objeto determinado, porque existen ya otras de noble origen».

Hay, pues, que conservar el idioma; mas para esto «es preciso conocernos mutuamente; es indispensable estudiar el gran movimiento científico y literario de los pueblos que, aquí y en Europa, hablan la lengua de Cervantes».

Para conseguir ese propósito, el Sr. Romero propuso, hace ya tiempo, la formación en *España* de una biblioteca general hispanoamericana, creyendo que á las Academias correspondientes de la Española tocaba realizar el intento. Aunque éste fracasó entonces — no obstante ser muy bien acogido, — el señor Romero lo reproduce, dirigiendo á los Gobiernos de los diferentes Estados. Ellos «pueden establecer el CANJE DE PRODUCCIONES literarias, científicas, históricas, etc., etc., para la formación de una ó varias bibliotecas en cada República. Con tal objeto, los Gobiernos podrán imponer á los escritores nacionales la obligación de consignar cierto número de ejemplares de toda clase de trabajos literarios en las bibliotecas públicas, pagándose el valor de ellos si el Estado pudiera asignar al efecto una partida en la ley de Presupuesto, ó gratuitamente si no hubiere dinero.

«Aceptado este arreglo por todos los Gobiernos (lo que bien podía ser materia adicional de los tratados de amistad), y después de muy poco tiempo, se enriquecerían todas las bibliotecas de los pueblos americanos, proporcionando así medios fáciles de comunicación intelectual, cuyos resultados prácticos nadie puede desconocer.»

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

Mariucha, comedia, por D. Benito Pérez Galdós.—(Representada en el teatro Eldorado, de Barcelona.)

Para opinar acerca de *Mariucha*—la nueva comedia de Pérez Galdós—como obra dramática, me falta la impresión sensible del espectáculo, insustituible desde cierto punto de vista tratándose de obras teatrales, en las que hay un valor escénico independiente del valor literario. Pero la lectura de la reciente comedia del autor de *Doña Perfecta* me hace ver en ella una noble y elevada lección social, un simbolismo que en este caso no ha menester de interpretaciones para llegar á las inteligencias de la multitud.

El propio autor lo ha declarado en una carta dirigida á *El Liberal*, carta que es como prólogo abreviado de la comedia y explicación del sentido que ha querido darle. «El teatro—dice—ha sido siempre el vehículo más eficaz para transmitir una idea cualquiera á mucha y diversa gente... Los que armamos estos artificios del teatro hacemoslo sin darnos cuenta de ello, por manía de contarle algo que creemos bello y eficaz...»

En estas frases está contenida la doctrina del teatro, escuela de las costumbres, la teoría de la trascendentalidad artística de la dramática.

No hay que asustarse de este trascendentalismo, temiendo que vaya á convertir á la literatura en simple medio auxiliar de propagandas ajenas al arte. Hay quien teme que pierda la literatura parte de su sustantividad, y sacrifique su valor pro-

pio, ó al menos su serenidad y su culto á la belleza, si se presta á ser, como dice el Sr. Pérez Galdós, vehículo de sentimientos ó de ideas que excedan de lo estrictamente literario. A todos, en mayor ó menor medida, nos ha entusiasmado en alguna época y en alguna fase de nuestro pensar la teoría del arte por el arte; pero ha sido, en realidad, como protesta en favor de la independencia del arte, de su valor propio, de su carácter de fin dentro de su especial esfera. Mas en la complejidad de las cosas y negocios humanos, fines y medios son términos relativos que se cruzan, se enlazan y se suceden en la trama de la vida, y mirados desde puntos de vista diferentes, con relación á aplicaciones ú objetivos más inmediatos ó más distantes, los medios en cierta esfera son fines, y los fines medios para algún otro fin más lejano, más complejo ó más elevado. Así, esa teoría del arte por el arte, del arte independiente de las ideas ó sentimientos que exceden de lo artístico, nos conduciría á un arte vacío, de pura forma, sin calor, sin substancia ni sangre, que llegaría á encerrarse, tratándose de la literatura, ó en la perfección filológica ó en meros artificios de retórica, arte de refinados, de conocedores de la técnica profesional, que difícilmente podría llegar al alma de la multitud.

La literatura es la palabra, y la palabra cuerpo, de la que son alma ideas y sentimientos. Por eso en el arte literario, el trascendentalismo, la condición de medio, es más claro que en ninguna de las otras artes. Hasta en la más humilde, en la menos docente de las obras literarias, en la que más frívola parezca, hay siempre algún elemento trascendental, algo que no es exclusivamente literario, que no es forma, que no es arte puro.

En el teatro, por lo mismo que es género popular, comunicación con la multitud, se acentúa ese trascendentalismo. Por eso se dijo que es el teatro escuela de las costumbres, lo cual no debe tomarse al pie de la letra, en el sentido de que el dramaturgo se proponga siempre y en primer término edificar á la multitud y servirle lecciones de moral envueltas en ame-

nas fábulas; ha de entenderse en otro sentido más amplio, el de que presentando la literatura dramática costumbres, ó mejor lances humanos, lleva implícita alguna conclusión acerca de ellos, alguna moraleja más ó menos fundada. Con razón dice el Sr. Pérez Galdós en la citada carta, que desde la entonada tragedia hasta el más frívolo sainete, participan de esa trascendentalidad. Y en efecto: hasta en las más disparatadas piezas del género chico hallamos algo que es sátira moral, aunque venga envuelto en formas á menudo grotescas. Al excitar la risa con el espectáculo de rarezas, ridiculeces ó pequeños vicios comunes, coopera también ese teatro inferior al *castigat ridendo mores*, aunque no tengan vocación ni propósitos de moralistas los que le cultivan, pues el elemento moral de las obras dramáticas y de la novela existe aunque el autor no lo lleve á ellas deliberadamente. Nace de la índole misma de estas obras, que al presentar casos de la conducta humana sugieren una conclusión, un movimiento de aprobación ó desaprobación, y llevan implícito, por mucho que el autor extreme su objetividad, algún juicio de él acerca de los hechos con que ha compuesto la ficción literaria.

No es necesario decir que el grado de este trascendentalismo varía infinitamente según la índole de las obras. En unas está en germen, en otras se sobrepone al elemento artístico y lo reduce á un medio subalterno de expresión. Estas últimas obras tienen un pie fuera de la literatura propiamente dicha, y suelen resentirse de ese predominio del fin útil sobre el medio bello. No pertenece á este número la comedia de Galdós, que es, ante todo, obra literaria, expresión de belleza, aunque envuelva una lección social importante.

¿Cuál es esa lección? No es necesario devanarse los sesos para sacarla de las escenas de la comedia. La lección moral de *Mariucha* se encarna en dos personajes, en la protagonista y en León, y esos dos personajes representan el *self help* del sajón, que traducido á las fórmulas de nuestros refranes, es el *Ayúdate y Dios te ayudará*.

E. M.—Agosto 1903.

11

León es un antiguo calavera regenerado por el trabajo. Disipó un caudal; rodó cuesta abajo hasta tocar en los linderos del Código; se vió despreciado de los suyos, y en medio de aquel oprobio y aquella desnudez, una reacción interior hizo nacer en él al hombre nuevo. Apechugó con los más duros trabajos; pidió limosna, y poco á poco fué levantándose hasta crearse una vida honrada é independiente. La casualidad le hace conocer á Mariucha, hija de los marqueses de Alto Rey, nobles arruinados que viven casi de milagro, explotando la conmiseración de los amigos y haciendo esfuerzos inauditos para sostener, por medio de mil expedientes humillantes, una pálida sombra de su posición pasada. El ejemplo de León decide á María á trabajar para sostener á sus padres. Tras el ejemplo viene el amor. Mas entonces los padres de Mariucha, á quienes la boda de su primogénito con una rica viuda americana ha sacado de la extrema pobreza en que se vieron, se oponen á la boda de María con León, considerándola como un enlace desigual y vergonzoso para su ilustre casa. Cesáreo, el hermano de María, amenaza con resucitar la causa criminal en que complicaron á León las locuras de su juventud. Pero todo es en vano: María se muestra decidida á seguir la suerte del hombre á quien ama, y que ha sido maestro de su nueva vida. El cura del pueblo—que es el tipo ideal del sacerdote popular, protector de los pobres contra los poderosos—casa á los novios. Cesáreo y sus padres, los marqueses de Alto Rey, se alejan, se van nuevamente tras sus vanidades, y María y León se quedan en el pueblo á continuar la vida nueva, la vida del trabajo, del orden, de la sana alegría, libre de la presión de las preocupaciones sociales.

Tal es á grandes rasgos el argumento de la comedia. La lección moral que contiene es de las más provechosas y oportunas. Dice el autor en su tantas veces citada carta (y la cito tanto porque es una interpretación auténtica de la obra), que en *Mariucha* ha expresado algunas ideas comunes, del orden económico, que es el más vulgar de los órdenes. Pero ¡ah! esas hu-

mildes ideas, de ese orden que parecerá prosaico y rastrero á los que se emborrachan con los tropos del ideal, sin comprender que el ideal, para ser robusto y viable, tiene que brotar de una realidad que no sea un desierto, sino tierra laborable y habitable; esas humildes ideas son la mejor semilla que puede lanzarse á la multitud, al aconsejarla sobre la práctica de la vida.

Lo que critica Galdós en su comedia es el error de sacrificar á las apariencias y á las preocupaciones sociales las realidades de la vida. Lo que aconseja ó predica es el trabajo, el orden económico, la voluntad de vivir dignamente y la alegría de la vida, compañera de esa dignidad, que consiste en la independencia. Toma por símbolo una familia aristocrática para que el símbolo sea más tangible; pero el mal que *Mariucha* expone á la vista del público no alcanza sólo á las clases de la sociedad que se reputan superiores por los títulos del nacimiento, harto discutibles en las sociedades democráticas modernas. Penetra en todas las clases de la sociedad española; sube á las altas, desciende á las bajas, se estaciona en las medias. El caso de los marqueses de Alto Rey le vemos reproducido en la clase media, por el lamentable esfuerzo del querer y no poder, del aparentar lo que no se es, de sacrificar á un anhelo de representación social el presupuesto de la alimentación, el ahorro, la tranquilidad de la vejez. En el pueblo, aunque su miseria y su ignorancia le disculpen, toma ese mismo mal formas similares: imprevisión, despilfarro—el despilfarro que cabe en la pobreza, — empeñar la ropa para ir á los toros, ó gastarse el jornal en la taberna.

Si se pudiera hacer un estudio comparativo entre el presupuesto privado y doméstico de las familias españolas y los presupuestos públicos de la nación, es fácil que se hallase entre unos y otros marcada concordancia y similitud; una notable desproporción entre lo superfluo y lo necesario; escasez en la alimentación cuando se trata de familias de posición modesta; abundancia relativa de trapos y de diversiones; mucho

más almidón que jabón. Aun en los ricos, el presupuesto de la vanidad se traga con frecuencia al de la utilidad, ó le cercena. Ocorre, en suma, lo mismo que en los presupuestos del Estado, en que la instrucción, las comunicaciones, la agricultura, las obras públicas, todo lo que es de primera necesidad para un pueblo, aparece parcamente dotado, y en cambio devoran el patrimonio de la cultura y del bienestar una administración frondosa, gastos militares y navales excesivos con relación al resto de los servicios públicos; y hay todavía quien pide que con toda urgencia nos armemos y salgamos á correr nuevas aventuras, como Don Quijote, aun estando tan reciente el molimiento humillante que sufrimos de los yangüeses de allende el mar, y que ha sido, por lo visto, lección perdida.

Por eso la moraleja de la comedia de Galdós tiene un doble sentido y envuelve una doble lección: la lección inmediata que tiende á corregir las costumbres privadas, y la lección remota que, generalizando, puede aplicarse, no ya á los particulares, sino al Estado. Esta última podrá no haber estado en la mente del autor; pero no hay que forzar mucho el simbolismo de *Mariucha* para convertirla en una alegoría de la España vieja y la España nueva, que aun estando unidas por vínculos de filiación y de afecto, tienen que separarse porque caminan en dirección opuesta, como la María de la comedia, y los marqueses de Alto Rey, sus padres.

*
* *

La comedia de Galdós adolece, á mi juicio, de cierta languidez. El arte dramático tiene algo de la pintura de telones: necesita grandes brochazos, efectos de color que produzcan efecto á distancia y estén calculados para la perspectiva del espectáculo. En *Mariucha* casi no hay conflicto. Apenas apunta con la amenaza de Cesáreo de poner en movimiento la antigua causa criminal instruída contra León, cuando queda conjurado. Tampoco aparece un verdadero conflicto psicológico.

María no lucha: desde el primer instante se entrega á la revelación de la vida nueva, y á ella se abraza con inquebrantable decisión.

En la lectura reposada de la comedia de Galdós, esta falta de movimiento dramático aparece compensada por las bellezas literarias que la obra contiene; pero quizás en la representación escénica no sea tan fácil esa compensación que permite la lectura.

De los dos elementos que forman la obra dramática, el literario, que es el genérico, y el puramente teatral, que es el específico, el primero aventaja con mucho en la comedia de Galdós al segundo. Hablan los personajes unas veces con simpática ternura, como León cuando cuenta la historia de su conversión, el nacimiento del hombre nuevo; otras, con aguda ironía, á veces con noble y levantada elocuencia, como Mariucha cuando desprecia las riquezas de Teodolinda. El diálogo, aun cuando no muy animado, tiene una hermosa y sobria naturalidad; el estilo es noble, sin afectación, propio de una comedia de coturno, como ésta.

Para apreciar la verosimilitud de algunas escenas de *Mariucha* hay que tener en cuenta que hay varias medidas de verosimilitud, según la índole de las obras dramáticas. Desde luego la verosimilitud de *Mariucha* no es la de una comedia realista. En la boda de León y María quedan ciertamente infringidos el derecho civil y el derecho canónico; pero éste no es reparo que pueda hacerse con fundamento á una obra dramática que tiene que compendiar en cierto número de escenas culminantes, dotadas de valor representativo, mediante el cual condensan los menudos incidentes con que se tramitan y desarrollan los sucesos en la vida real, lo que en una novela, por ejemplo, puede explicarse más puntual y detalladamente, aunque nunca con la compleja minuciosidad que ofrecen los más sencillos lances de la vida. En la dramática todo es relativo, mucho convencional, y en obras como la de Galdós, que tienen un carácter idealista y simbólico, la medida de la vero-

similitud tiene que ser muy amplia y muy tolerante en los pormenores. La verdad de la obra no reside en éstos, sino en la concepción total de los caracteres de los personajes y en la congruencia entre las hipótesis y las conclusiones de la acción.

De revolucionaria ha sido calificada la obra de Galdós, y en cierto sentido puede admitirse que lo sea: en el sentido de ser protesta contra una tradición que vive y alienta aún, á pesar del cambio de los tiempos: la tradición del hidalgo menesteroso que desprecia el trabajo por plebeyo y alimenta con orgullo é ilusiones su miseria. Pero mirada desde otro punto de vista, es profundamente conservadora de los principios de la sociedad y de la familia, del matrimonio basado en el amor, del culto al trabajo, de la honrada independencia, de la voluntad constante, que no se aniquila ante la adversidad ni se tumba resignada en el surco.

No tiene, acaso, la nueva obra de Galdós la atractiva penumbra de idealismo, la delicada visión de ensueño que ofrece *Alma y vida* y ofrece también en parte *Electra*. Se desarrolla en un terreno más prosaico y realista (aunque la obra no sea realista, lo es su tesis); pero en ese terreno brotan no sólo los frutos de una sana enseñanza, sino también las flores peregrinas de la belleza.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—FEMINISMO: La coeducación de sexos.—PSICOFÍSICA: El tedio moderno.—LITERATURA: Eduardo Rod.—Los cancionistas de Montmartre.—OCULTISMO: La ciencia del soplo: fakires y yoguis.—EDUCACIÓN: Partidarios y enemigos de los exámenes.—ASUNTOS ECONÓMICO-BANCARIOS: Tarifas de cambios del Banco de España.—IMPRESIONES Y NOTAS: Las huelgas generales.—Lo que hoy vale la vida.—El porvenir del negro.—Aforismos de Letamendi.

FEMINISMO

LA COEDUCACIÓN DE SEXOS.—Una de las grandes conquistas del feminismo, el principio de la coeducación de sexos, está amenazado en la misma América, donde tan ferviente culto se le ha venido rindiendo. Olimpia Brown lanza en el *Woman's Journal* el grito de alarma: «Nuestra posición en el mundo pedagógico peligra». Ida Husted Harper grita por su parte: «Ha llegado la hora de que todos los amigos de la coeducación de sexos junten sus fuerzas para resistir á sus enemigos». Lo que ayer parecía un hecho definitivo—como dice el profesor Jusien en *La Revue*—resulta hoy en tela de juicio.

Los hombres pretenden—habían dicho las mujeres—que nosotras les somos inferiores en inteligencia; pues que nos permitan sentarnos en los mismos bancos, recibir las mismas lecciones y tener los mismos libros y los mismos maestros, y entonces veremos si esa inferioridad es cierta. Los hombres aceptaron, y en efecto, las alumnas derrotaron á los alumnos, conquistando todos los premios con facilidad.

La prueba ha durado veinte años, con el mismo resultado. Pero si en las escuelas y en los Institutos (colegios) el triunfo

de la mujer era innegable, ¿sucedería lo mismo en los estudios superiores? La mujer es un sér esencialmente receptivo; pero cuando se trata de facultades creadoras, tiene que contentarse con el segundo rango. Efectivamente: en la Universidad, en los trabajos de investigación, la mujer es inferior al hombre, y los feministas habían cantado demasiado pronto victoria.

Del ensayo de la coeducación de sexos había resultado algo falso: las jóvenes obtenían todos los premios y todos los honores, y sin embargo, en la prueba final de la vida resultaban derrotadas. Los hombres estaban quejosos, con razón, de aparecer siempre en segunda fila, y para evitar competencias que daban tan falsos resultados, la Universidad de Rochester, en Nueva York, decidió que en adelante los exámenes se hicieran separadamente, con lo cual se suprimía la rivalidad entre ambos sexos y la comparación, base del orgullo de la mujer. Quebrantada así la tesis de la superioridad intelectual femenina, el edificio entero del feminismo venía á tierra. De ahí la alarma en el campo feminista, que contaba ya con el triunfo en toda la línea, habiendo llegado á alardear de que, según las estadísticas de 1900, de 303 profesiones sólo en ocho no había mujeres.

No se veía que, en cuanto á la cantidad, el número de mujeres era insignificante en muchas profesiones; y en cuanto á la calidad, en ninguna profesión sobresale la mujer, pues hasta en aquellas que son más propias del sexo bello, son los hombres los que triunfan, lo mismo en la cocina que en la sastrería; y si no dominan en las escuelas, por el número siquiera, es porque el hombre ha encontrado algo mejor que hacer y ha dejado á la mujer esa profesión. Y lo mismo pasa con la profesión de escritor público, pues hasta en los países en que el número de mujeres escritoras supera al de hombres, no pueden presentar ellas nada equivalente á un Tolstoi, á un Nietzsche ó á un Mæterlinck; cuando han existido grandes intelectuales, no han necesitado, para afirmarse, la coeducación de los sexos.

Por otra parte, hay más que las posiciones oficiales en que

las mujeres puedan manifestar sus talentos: ellas trabajan, escriben, pintan, tocan, esculpen, predicán, curan y peroran. Pues bien: en ninguna de estas manifestaciones de la actividad han vencido al hombre. Van ya veinticinco años que las mujeres americanas gozan de todos los derechos de los hombres, y ya es tiempo de que puedan probar su capacidad científica. Se dirá que es todavía muy limitado el número de mujeres que han entrado en las carreras universitarias. Conformes; pero es precisamente la flor y nata del sexo, y la comparación se hace entre lo escogido de las mujeres y el vulgo de los hombres, y el argumento se torna contra la mujer; ¿por qué en tales condiciones, tan ventajosas para ella, no ha triunfado del hombre en la lucha por la vida, ella que le vencía siempre en las aulas?

Está demostrado por Hunter, Burdach, Heckel, Darwin y Havelock Ellis, que el hombre excepcional es más frecuente que la mujer excepcional, y la coeducación no puede cambiar los términos de esta proporción. Hay más: el número de seres engendrados viene á ser próximamente igual de un sexo que de otro. ¿Por qué, sin embargo, hay muchos menos hombres que mujeres? Porque al nacer, según Ellis, mueren muchos más hombres al pasar por «la prueba pélvica»; las cabezas de los niños son generalmente mucho más gruesas que las de las niñas, y al venir al mundo no pasan tan fácilmente por la estrecha puerta del paraíso terrenal. Recuérdese el caso de Julio César, que ha dado su nombre á la operación cesárea, y el de Víctor Hugo, que á los quince meses no podía todavía tener derecha sobre sus hombros su enorme cabeza.

El equilibrio, largo tiempo roto, tiende á restablecerse. A pesar de la agitación coeducacionista, grandes pedagogos habían sabido resistir á la corriente, como los rectores de las Universidades de Harvard, de Columbia, de Yale, de Clark y de Johns Hopkins; hoy se les da la razón hasta por algunos de los que antes favorecieron la coeducación, como Harper, rector de la Universidad de Chicago.

La separación de sexos en las clases exige modificaciones importantes en los programas y en los métodos, pues no debe modelarse la educación académica de la mujer sobre la que puede recibir una ínfima minoría, debiendo en definitiva triunfar el sistema adoptado en Europa. Algunos cursos pueden ser comunes á ambos sexos; pero en los estudios superiores debe dejarse al profesor la resolución de cada caso particular. Y una vez que el buen sentido haya prevalecido en el dominio intelectual, no tardará en prevalecer en los demás. Así se ve el efecto que ha producido la campaña de Ida Husted Harper contra los nacimientos numerosos; el presidente de la Universidad de Harvard, Eliot, deplora que las clases cultivadas no sólo no aumenten, sino que no se reproduzcan, y el presidente de la República, Roosevelt mismo, afirma que «el hombre ó la mujer que por su propia voluntad elude el matrimonio y tiene un corazón tan frío que no conoce la pasión, y un cerebro tan vacío y tan egoísta que rechaza la idea de tener hijos, no son más que unos criminales de lesa raza».

Cuidémonos, aparte de esto, de no confundir el feminismo intelectual con el moral: éste tiende á que la sociedad haga sufrir á la mujer lo menos posible, por la inferioridad natural de que es víctima. Este feminismo, perfectamente legítimo, triunfará sin duda, y á los hombres corresponderá el honor de su triunfo. El otro feminismo, el intelectual, es el que se ha ensayado en América, dando tan pobres resultados, enajenando á la mujer no pocas simpatías y perjudicando á la causa misma de la mujer.

PSICOFISICA

EL TEDIO MODERNO.—Tal es el título de un libro de Emilio Tardieu, próximo á publicarse, y cuyas primicias ofrece á sus lectores la *Revue Bleue*, de París.

En todos los tiempos ha sido conocido el tedio, pero el tedio moderno tiene caracteres especiales: en primer lugar, se ha

hecho corriente, agravando por medio de la reflexión continua los dolores de que se alimenta; y en segundo lugar, tiende á la desesperación y tiene el modo de obrar y la marcha de ésta. Su causa está en el progreso del espíritu crítico, siendo un producto del análisis, que disuelve las ilusiones bienhechoras, y del escepticismo, que lo reduce todo á polvo.

El hombre de los tiempos pasados era un creyente: tenía miedo, y la religión venía en su socorro; estimaba esta vida miserable, y contaba con las compensaciones que le reservaba la eternidad. Hoy el hombre ha liquidado sus creencias renunciando á Dios, y desde que nace se desposa con la muerte: de ahí su tedio.

«¿Dónde está Dios?—grita el personaje á quien hace hablar Nietzsche.—¡Lo hemos matado vosotros y yo, todos! Pero ¿cómo hemos hecho eso? ¿Cómo hemos podido beber el Océano? ¿Qué hemos hecho separando esta tierra de su sol? ¿Dónde va ahora? ¿Lejos de todos los soles? ¿No nos caemos ahora? ¿Hay todavía arriba y abajo? ¿No vagamos á través de la nada infinita? ¿No sentimos el soplo de la inmensidad vacía?»

El cristianismo respondía á todas nuestras preguntas; todos nuestros actos tenían un sentido; nuestros menores gestos tenían cierta dignidad. «Como un círculo encantado—decía Renan,—el catolicismo abarca la vida entera con tanta fuerza, que cuando uno se siente privado de él, todo parece soso.» La falta de la fe, esa es una de las razones algo generales, pero verdaderas, del tedio moderno.

Este tedio nace en el siglo XVIII con la decadencia de la fe. «El mal incurable del tedio—dice Scherer—lo lleva el siglo XVIII por todas partes; flota sin hallar dónde fijarse; cada fruto que muerde le deja un gusto de cenizas más amargo; es triste, triste como la muerte, y ni siquiera tiene la grandeza de la melancolía; todo para él es un espectáculo; él mismo se mira vivir, y este espectáculo ha dejado de interesarle; cansancio, aridez interior, postración de todas las fuerzas de la vida... á eso ha venido á parar.»

La Revolución quiere distribuir la dicha por igual á todos los seres; pero como esto no es posible, su fracaso produce enorme desencanto, que va en aumento en el siglo XIX. El espíritu crítico que ha concluído con Dios, prosigue sus triunfos desconsoladores, no dejando en pie más que el egoísmo. Esta nueva fe es triste; el hombre vale en proporción de sus ilusiones, y cuando éstas se agotan no hay gusto para nada. Se trata, pues, de un fenómeno de agotamiento moral y físico.

La imaginación, la facultad inventiva por excelencia, no perece, pero se halla como acobardada, convertida en una esclava de la realidad que no se atreve á salir de los dominios de lo sensible. Ser realista es despedirse de toda ilusión, consagrarse al estudio de sí mismo hasta el asco; descifrar á los demás hasta que encontramos su aspecto repugnante; tener la vida por el triunfo de los cínicos y la gloria de los malvados; el realismo registra la muerte de los dioses en el cielo y el fin de las ilusiones en la tierra; es el desencanto, y presenta la figura del tedio.

Cuando el tedio lleva al placer, le marca con su sello, y es la brutalidad que se sacia, la rabia del que se venga, las convulsiones y el sadismo del agotado. Cuando la imaginación reinaba, se concedía más á la vanidad, á la apariéncia; hoy son los sentidos los únicos proveedores de nuestras embriagueces. El amor ha quedado desembarazado de sus mentiras y de su acompañamiento sentimental, y se ha convertido en fiesta carnal, reducido al espasmo sensual, al minuto que representa el goce inatacable, la sensación absoluta.

El hombre actual, invadido por la desesperación, se siente conmovido por la prostituta, por esas criaturas complacientes que pueden darle en un instante el más fuerte goce de que es susceptible; entre él y su compañera de una hora hay innegable afinidad: ambos sienten las náuseas de la vida, y están igualmente á gusto en el desenfreno; es la misma desesperación inconsciente que se consuela con la suciedad obscena.

Producto del nihilismo moral, ha aparecido el tipo del *go-*

zador, hasta hoy sin ejemplo, pero que forma ya verdadera legión. En todos tiempos ha habido hombres de placer; pero el gozador de hoy es consciente hasta la obsesión del fin que persigue; quiere su parte de voluptuosidades para indemnizarse de su quiebra interior, y ensancha sus experimentos; ¡pero qué frágil es su sistema! Tiene que luchar hasta el paroxismo esos goces fugitivos que, sacados de la sensación, no son más que un relámpago, y el desgaste de su cuerpo le asusta como tesoro que se vacía. Había partido del tedio oculto, y vuelve otra vez al tedio después de recorrer en vano el estrecho círculo de los goces terrestres.

En el orden de los hechos sociales se nota la misma necesidad de gozar y de aturdirse. Se sufre por ser obscuro y pobre, y se quiere escalar las cimas á todo trance para dominar y para ser visto; se aburre uno en los subsuelos de la sociedad desde que han desaparecido la resignación, la esperanza, la fe en la Providencia, que estaba encargada de repararlo todo.

El tedio moderno, decimos, tiene por base la desesperación: de ahí el éxito de esos venenos, medio seductores, medio excitantes, medio narcóticos, de los cuales el más difundido es el alcohol. Conocer que se va á la muerte prematura en cuanto se pide al alcohol el auxilio de sus deliciosos vértigos, ¿no es un signo patente de desesperación y de tedio? La embriaguez actual tiene ese distintivo: no se busca en ella la alegría, sino el aniquilamiento del pensamiento roedor, la desaparición momentánea del tedio.

El tedio se manifiesta por múltiples rasgos en las costumbres del día. Estamos persuadidos de que no hay felicidad duradera, y la uniformidad nos parece opuesta á la dicha. El tedio nos acomete en todas partes, nos arroja de la casa en que acabamos de instalarnos, de la ciudad que habitamos, del sillón en que estamos sentados. Soñamos con probar todos los modos de existencia posibles, de desempeñar todos los papeles de la comedia para divertirnos más, y acabamos por hastiarnos de todo.

El aspecto de nuestras sociedades cambia á cada momento; las modas y las costumbres se transforman á cada paso, y dondequiera reina un deseo enfermizo de probarlo todo, de experimentar de todo. Y hay que señalar, por otra parte, cierta tendencia á la dulzura, la necesidad de ser compadecido, la rebusca quejumbrosa de las emociones tiernas y de las caricias. Hemos descubierto al niño, sér de poesía y de gracia siempre sorprendente y extraordinario, y nos disputamos su corazón. Hemos profundizado sobre todo en la mujer, y las letanías que la cantamos se han alargado prodigiosamente.

La cólera, sin embargo, es la que domina; la miseria comprobada de nuestra suerte nos pone furiosos. Sopla un viento que hiela, de desconfianza, de egoísmo, de maldad. Cada cual está asustado de su soledad y se muere desconocido. No se cree ya en nada. ¿Cómo no despreciar la humanidad, para siempre envilecida? Nuestro tedio se distrae con bromas lúgubres, farsas macabras de neurasténico desequilibrado.

LITERATURA

EDUARDO ROD.—Uno de los personajes salidos de la pluma de Eduardo Rod—dice en *La Nuova Antología* Juan Cena—tiene por un momento la idea de escribir una novela singular. Se veía un héroe armado de todo cuanto puede ser agradable: bello, joven, elegante, valeroso, etc.; al principio entra en la vida con todas las ilusiones; pero página tras página, las ilusiones se desvanecen, y el héroe se ve engañado por su amante, maltratado por sus amigos, burlado por la gente de iglesia, hecho ludibrio de las gentes de ley; entonces se hace escéptico, y de la teología pasa á la política, á la ciencia, al periodismo, que toma por un sacerdocio, y á las grandes empresas, donde se hace rico; reparte algo de lo que le sobra, y entonces todos le bendicen; pero eso le da asco, y se entrega al alcohol y á la morfina; y como estos venenos no logran aca-

bar con su existencia, reviste la sotana de sacerdote y se va á predicar por las aldeas un Dios en quien ya no cree. No es muy consoladora la historia; pero este héroe no es muy desemejante del mismo protagonista de *El sentido de la vida* y de lo que ha sido el mismo Eduardo Rod en gran parte de su obra.

Rod empezó á escribir sumamente joven. Nacido en Nyon, entre Ginebra y Losana, en 1857, se estrenó en 1879 con un opúsculo sobre el *Assommoir*, en que se declaraba partidario de Zola. Siguiéron tres ó cuatro novelas, entre ellas *Palmira Veulard*, que huele á naturalismo hasta en el título, y después *La carrera de la muerte*. No es fácil decir lo que es este último libro, incoherente y extraño, especie de diario íntimo de un misántropo, que ama á medias, que desprecia el presente y tiene miedo del porvenir, y que acaba por desear la muerte para unirse estrechamente con la tierra.

Imagínese ahora este misántropo en viaje de boda; no sabe por qué se ha casado, ¡cosas de la vida!, y se aburre en todas partes, hasta visitando los museos. «¡Qué cosa tan fatigosa es el genio del hombre!» Pero ama, no mucho, y la vida se le impone, aceptándola, á regañadientes, como un hecho. De pronto se encuentra con la novedad de que su mujer está en cinta, y el hombre se aventura en todas las hipótesis con ridícula angustia. ¿Se morirá el niño? ¿Morirá la madre? ¿Será varón? ¿Será hembra? ¿Qué vida será la suya cuando grite, llore y gruña sin cesar? Al fin, el nacimiento llega, y le ponen una hermosa niña en los brazos, «un paquetito de carne humana». El padre se asusta y se conmueve; pero no tarda la reflexión en hacer su obra, y el milagro se produce: ya tiene su vida una orientación; ya sabe que el hombre no tiene en sí mismo la razón de vivir; necesita que su vida se refleje en otros: primero en la familia, luego en el prójimo, en la sociedad. Tal es *El sentido de la vida*.

El punto estable estaba encontrado con el éxito obtenido; para afirmarlo, y siguiendo la moda de las fórmulas, lanzó al público el nombre y el programa del *intuitivismo*, sustituyen-

do á la observación externa del naturalismo la observación interior, aboliendo las descripciones, las relaciones retrospectivas, las escenas que conservan aire artificial ó teatral; volviendo, en fin, al símbolo. Este programa no fue seguido literalmente; pero *Los tres corazones* es la obra en que se muestra su aplicación, conteniendo su prefacio los principios de la nueva escuela, bastante distanciada ya del naturalismo, que, «so pretexto de verdad, lleva el desaliento á las masas con los innobles cuadros que pinta», así como del psicologismo, que «con el falso espiritualismo que reviste, y el grosero sensualismo que se encubre tras su elegancia, destila un veneno todavía peor».

En *Las ideas morales del tiempo presente*, Rod divide á los autores tipos en *negativos* y *positivos*: entre los primeros figuran Renan, Schopenhauer, Zola, Bourget, Lemaitre y Scherer, escépticos, pesimistas, indiferentes, aficionados, elegantes, incrédulos por la inteligencia y místicos por el sentimiento; entre los segundos están Dumas, reformador empírico; Brunetière, tradicionalista; Tolstoi, vagamente cristiano, y Vogüe, católico decidido.

Dejando á un lado *La sacrificada*, caso de conciencia punzante y novelesco, pasemos á *La vida privada de Miguel Teissier*, la obra que mayor fama ha dado á Rod. Un *leader* del partido que se propone la restauración moral de Francia, se enamora, siendo casado y con dos hijas, de una muchacha, por la que todo lo abandona sin poder triunfar de su pasión; muerta (en la segunda parte de la obra) su mujer, Teissier recoge sus dos hijas, y la mayor muere de sentimiento por no poderse casar con su amado, hijo de un enemigo político de su padre. Esta segunda parte carece de lógica, y el público la estimó siempre como muy inferior á la primera.

Otro de sus mejores libros, *El silencio*, es un estudio del amor, al que también viene dedicada *Las rocas blancas*, obra delicada, fundada en una leyenda valdense, y cuyas figuras reaparecen en *Anita* y en *El agua corriente*. *Último refugio* es

la novela que señala la cima alcanzada en la apoteosis del amor. Rod ha conquistado un brillante puesto en la literatura francesa, pero sin perder la originalidad que le da su procedencia, y permaneciendo siempre profundamente suizo en el ambiente de sus novelas, en las ideas y en el lenguaje mismo, como se ve en *Las rocas blancas*, en *Allá arriba* y en *El agua corriente*.

Rod no se pica de seguir escrupulosamente su método intuitivo, pero persiste en eliminar todo lo que no sea estrictamente necesario al desarrollo de la crisis de alma que se representa; conserva del naturalismo la precisión realista, y del psicologismo la agudeza del análisis.

*
* *

LOS CANCIONISTAS DE MONTMARTRE. — La canción es, para la mayoría de los franceses, una verdadera necesidad, un recreo indispensable. Es, como dice en *La Rassegna internazionale* Roger Lebrun, la extrinsecación del alma abierta y ligera de aquel pueblo, que en otro tiempo fue llamado alegre por excelencia, y en el que, como dice Beaumarchais, «todo acaba con una canción».

Hoy que la vida provincial está pendiente más que nunca, en Francia, de París, por todas partes corren las estrofas alegres, irónicas ó tiernas que los creadores de París lanzan al viento de la publicidad. En el Renacimiento, Clemente Marot fue quien dió á la canción carta de ciudadanía; en el siglo XVIII partió el nuevo canto de la hostería del *Caveau*, en Montmartre, propagándose á otros cenáculos, y siendo ilustrada por Piron, Collé, Panard y Clebillon, comensales de Landelle, así como por Gentil Bernard, el poeta exótico, y por el compositor Rameau. Mientras las turbas cantaban en las calles durante la Revolución el innoble *Ça-ira*, los selectos gozaban con las estrofas libertinas de Panard y las canciones sensuales del caballero de Panry. Restablecida la tranquili-

dad, apareció la canción artística, en que sobresalió Desaugiers, y la canción nacional, ilustrada por Berenger, hasta llegar á la canción moderna, que traduce la melancolía escéptica del pueblo de París.

Montmartre tiene un pasado glorioso, y ha llegado á ser el barrio preferido por la juventud estudiosa, por los artistas, por los modelos y por las jóvenes de vida alegre, habiéndose convertido en la nueva Citera de los enamorados y de los poetas. Hacia 1886, varios artistas se reunían en fraternales meriendas, afirmando su espíritu independiente; Emilio Goudeau, fundador de uno de estos cenáculos, *Los hidrópatas*, tuvo la idea de llamar á Montmartre á los artistas y cancionistas del barrio latino, que acudieron solícitos al llamamiento, y de año en año la canción de Montmartre fué adquiriendo fama y atrayendo al alegre barrio á los noctámbulos de París, abriendo el alma melancólica á la alegría, y siendo como el preludio de las alegres orgías de las noches parisienses.

El gato negro inauguró la era de las empresas comerciales de la canción de Montmartre, y su fundador, Rodolfo Salis, el hostelero gentilhomme, logró uno de los mayores éxitos conocidos; las bebidas que allí se daban en lugar de pagas, bastaban para tener afectos á la empresa multitud de poetas y de cómicos, que preferían aquella vida alegre de bohemios á un trabajo serio; y allí se aplaudía á Víctor Meusy, á Montoya, á Mac-Nab, Ferny, Jony, Donnais, D'Esparbés, Gandillot, Caran d'Ache, Steilen, Robida, Xanrof y muchos otros. Inaugurado en un local mezquino, se trasladó después á otro lleno de lujo y originalidad, hasta que en 1897 la muerte de Salis terminó *El gato negro*.

Contemporáneamente, Arístides Bruant inauguró su famosa hostería del *Mirliton*, y la multitud pasaba, de la urbanidad exquisita de Salis, á la chabacanería democrática de Bruant, que saludaba á sus clientes llamándolos *animales*, *cochinos* y otras cosas no menos divertidas para los aficionados. Por la boca de Bruant y por la de Jony, la voz del pueblo escupía su

odio y lamentaba su miseria. Bruant se retiró enriquecido, y Jony fué á parar á un manicomio; con ellos desaparecieron los demás iniciadores de la canción de Montmartre; pero no tardó en apuntar la actual generación de cancionistas, abundante y variada, más refinada, aunque menos fuerte que la primera. Con ella dió comienzo la era de las *cajas de música*, imitación grotesca del *Gato negro* y del *Mirliton*, de gusto más que dudoso.

La taberna artística vivía siempre en Montmartre, y en la típica hostería de *Aux Quat'z-arts*, nuevos artistas divierten al público. El más original es Rictus (Randou), salmodiando los *Soliloquios del pobre*, distinguiéndose también Marcelo Legay, con su levita romántica y popularísima, cantando *El sol rojo*, *El labrador* y el estribillo melancólico del *Moulin Rouge*:

Moulin-rouge, Moulin-rouge,
pour qui mouds-tu, Moulin-rouge,
pour la Mort du pour l' Amour,
pour qui mouds-tu jusqu'au jour?

Cancionistas sentimentales como Edmundo Tolet y Pablo Delmet; copleros de actualidades políticas como Bonnaud; immobilistas como Ferny; humoristas como Delorme, Moy, Lemercier, Bataille y Weil; mimistas como Chepfer; calemburistas como Hyspa: todos los géneros y todos los estilos tienen en Montmartre su representación, siendo proclamado «príncipe de las coplas» Javier Privas, delicado, profundo á veces, armonioso siempre. Se había creído que Montmartre estaba arruinado; no tenía más que enfermedad de plétora, de la que sabe salir siempre curado.

OCULTISMO

LA CIENCIA DEL SOPLO: FAKIRES Y YOGUIS.—Julio Bois publica en *La Revue* un interesantísimo trabajo sobre el fakirismo, para el que ha puesto á contribución sus estudios perso-

nales y cuanto se ha publicado en la India, Europa y América sobre la materia, pretendiendo ser el primero en presentar de un modo científico prodigios hasta el presente inexplicables.

Julio Bois no da ninguna importancia á los famosos experimentos de la flor del manguero, que crece en algunos minutos: no hay en tal milagro nada de misterioso; el fenómeno, ejecutado por fakires miserables en los vapores y en los hoteles, se verifica en tres tiempos: 1.º Exhibición de una grana, que se coloca en medio de la arena, y sobre la que se echa un velo. 2.º Levantado el velo, se ve una hierba de una pulgada de altura, sobre la que vuelve á echarse el velo. 3.º Vuelto á quitarse el velo, se ve una hermosa planta en todo su desarrollo, con hojas y flores, y el milagro queda hecho. Es asunto de prestidigitación, y nada más; y con él corre parejas el juego que consiste en meter á un niño ó á una mujer en un cesto, taparlo con una tela, demostrar después que allí no hay nada, atravesando el cesto en diferentes direcciones con una espada, volver á llamar al ausente y presentarlos ilesos al público asombrado, que cree que el niño ó la mujer han estado de viaje ó se han inmaterializado; todo se reduce á la destreza del paciente para evitar que le toque la espada, y á la destreza del que la maneja para evitar tocarle.

Hay diferentes clases de fakires. La más baja es la repugnante que conocemos en Europa: mendigos y gitanos mostradores de osos y monos, encantadores de serpientes, prestidigitadores ambulantes que viven miserablemente. Otra clase está compuesta de fanáticos, que afirman la oposición entre la materia y el espíritu, y que para libertar á éste condenan al cuerpo á toda clase de suplicios. Así se les ve años enteros en la misma actitud: á los unos se les paralizan las piernas por la inmovilidad; á otros se les secan los brazos por tenerlos siempre levantados é inmóviles; éstos cierran los puños hasta que las uñas les atraviesan la palma de la mano saliendo por el otro lado; aquéllos pasan el invierno entre nieves y el ve-

rano entre hogueras, buscando siempre las mayores mortificaciones.

Muchos de estos fanáticos hacen el voto de vivir desnudos, expuestos al sol, á la lluvia y á los insectos; Bois ha conocido uno que se había hecho enterrar hasta el cuello, y el doctor Regnault vió á un fakir mirar fijamente al sol, y sus muecas y dolores le hacían horrible; los hay que se estrangulan ó que se cortan la cabeza con una especie de guillotina. A uno que Bois había conocido en Africa, le volvió á ver en París en una feria de la barrera del Trono; era un tunecino, y para insensibilizarse aspiraba las acres emanaciones de un brasero, reiterando un movimiento de cabeza que le desarticulaba el cuello hasta el punto de parecer que tenía la cabeza enteramente desligada; un amigo de Bois le había llevado víboras auténticas cogidas en Fontainebleau, que mordieron al fakir en el brazo, sin que se diera por sentido, aunque para evitar el efecto del veneno se comió las cabezas de las víboras como quien come un bizcocho; á martillazos se metió un cuchillo bajo el ojo hasta hacerle salir por fuera de los párpados; metió la mano en un brasero ardiendo y la tuvo allí hasta que el olor á carne quemada hizo gritar ¡basta! á los más escépticos espectadores; luego se atravesó el vientre, los muslos, los brazos y las mejillas con espadas, como si fuera de manteca, é hizo, en fin, todos los estupendos prodigios propios del fakirismo musulmán, que no debe confundirse con el yoguismo indio; los yoguis son iniciados en el ocultismo, los fakires son simplemente fanáticos. Las maravillas que ejecutan son obtenidas por medios materiales y groseros, mientras que los yoguis practican el *pranayama* ó ciencia del soplo, método casi ignorado en Occidente.

Otra secta de fakires es la de los reclusos ó ermitaños (*vanaprasthas*); creen que es imposible practicar el yoga en su casa, y se van al desierto ó á las altas montañas para aislarse; uno de sus grupos es el de los *sidhas*, que corresponden á nuestros *mediums*, terapeutas y taumaturgos, teniendo predi-

lección por el misterio y las mixtificaciones; pertenecen á esa vieja raza arya oprimida secularmente en la India por conquistadores sucesivos, y creen que el único modo de respetar las Escrituras Sagradas es teniéndolas secretas.

Los únicos yoguis que valen de otro modo que por la teratología nerviosa ó mental, son los *filósofos* ó los *santos*, que practican sobre todo el gnana-yoga ó el hacti-yoga, es decir, la filosofía y la religión; lo mismo les da taparse las narices parar espirar, como los fakires sepultados vivos; se apartan de los importunos y de los imbéciles, y permanecen ignorados hasta en la misma India; se necesita el azar de las circunstancias para que uno de ellos, como Ramachrisma, por ejemplo, logre la popularidad y al mismo tiempo la estima de los sabios. Espíritus de primer orden desdeñan la vana erudición, siendo creadores de almas al modo de Sócrates.

Max-Muller nos ha dejado interesantes informes de uno de estos sabios, á quien él llamaba un «real Mahatma». Bois no le ha conocido, pero ha tratado mucho á su discípulo más eminente, Vivekananda, con quien estudió los Vedas y viajó por Egipto y por Asia. Ramachrisma no había recibido ninguna instrucción superior; apenas sabía algunas palabras de sánscrito, y sus paseos se reducían al jardín sagrado donde enseñaba, á la sombra del templo de la terrible diosa; la mayor parte de su vida de sesenta años fue devorada por los éxtasis; pero en aquellas crisis extrañas y sublimes no dejaba de conversar con los numerosos visitantes que de todo Bengala acudían á verle. Era un feminista religioso, y se complacía en decir que «la mujer no es más que una fascinadora que arranca el mundo al amor divino»; en la divinidad adoraba el principio divino y maternal, venerando los dioses de los demás pueblos y repitiendo con entusiasmo versículos de la Biblia, sentencias del Corán y máximas del Evangelio. Para vivir completamente de la vida mística abandonó á su mujer, que más tarde volvió á su lado para velar por él, cuidándole y venerándole. Su discípulo Vivekananda ha muerto este año, des-

pués de haber revuelto América con sus predicaciones vedantistas; había fundado á orillas del Ganges, frente á la pagoda en que vivió su maestro, un monasterio consagrado al dios Shiva, y allí vive todavía la familia espiritual de Ramachrisma, que Julio Bois ha estudiado de cerca para conocer las costumbres de las congregaciones indias.

El fin superior del supremo Yogha ó Raja Yogha es suprimir todas las agitaciones y modificaciones del pensamiento; el principio mismo del Yogha psicofísico ó Hata-Yogha es contener la vida para prolongarla, arder lo menos posible, imponer á los nervios una especie de insensibilidad y crear en sí una calma tan profunda, que la meditación no se vea turbada por las agitaciones del exterior; los fenómenos de catalepsia y de sueño artificial acompañan á la crisis sagrada; pero el yogui llega á un éxtasis mucho más profundo que el de nuestros sujetos hipnóticos, y sólo puede compararse con el que describen los neoplatónicos y los de nuestros místicos. La diferencia está en que los místicos cristianos llegaron al éxtasis por una exaltación de su fe y por una predisposición natural, pero sin buscarlo ni quererlo, pues sabido es lo que la gran Santa Teresa misma desalentaba á las que se sentían atraídas por el éxtasis, y que la Iglesia consideraba frecuentemente como satánicas las crisis de los místicos. En Asia no hay ortodoxia, no se teme á los herejes y se acepta á todos los videntes; por eso el Yogha es mirado como el más alto de los estudios, como «la ciencia experimental del éxtasis».

Toda la atención del Yogui se fija en el gasto de oxígeno de su cuerpo; de lo que se trata es de espirar la menor cantidad de ácido carbónico; cuanto más se come, más oxígeno se consume. Por eso se recomienda la dieta, y el asceta no suele hacer más que una ligera comida por la noche. El ejercicio aumenta también la dosis de ácido carbónico espirado; por eso se prescribe el reposo y los movimientos lentos. Por la misma razón busca en lo posible la uniformidad de la temperatura, procurando que el calor ambiente se acerque todo lo

posible al calor del cuerpo; cuanto más confinado es el aire, menos ácido carbónico contiene la respiración; el eremita se refugia en una celda subterránea que no tiene más que una puerta murada por su asistente con tierra arcillosa, y habla siempre en voz baja, hasta acabar por llegar al silencio absoluto (*maunaviata*); la meditación gasta muy poco oxígeno y contiene la respiración; cuanta más intensidad adquiere la abstracción mental, más se apacigua la vida física. Con este propósito el yogui practica el *trataka*, que consiste en mirarse la punta de la nariz ó el entrecejo; el corazón late doblemente, y el sueño se anuncia. Esta autohipnosis es favorecida por dos posturas ó *asanas*: la *sidasana* y la *padinasana*, contribuyendo eficazmente al mismo resultado el *pranayama* ó ejercicio del aliento. De allí se pasa al segundo y tercer grado, que son el *pratyahara* ó aislamiento, y el *dharana* ó concentración. Con estos ejercicios, el espíritu se halla en condiciones de entrar en la meditación ó *dyana*, y de ésta al *samadhi* ó éxtasis no hay más que un paso.

Los orientales se burlan de nuestro hipnotismo, pues en el yoguismo todo sale de la persona misma, aislada de toda influencia, siquiera el *guru* ó maestro realice en los comienzos un importante papel de sugestión. La autohipnosis tampoco puede confundirse con estos ejercicios, mucho más profundos; lo único que puede compararse con ellos son los *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola, habiéndose pretendido que hasta hay cierta ciencia del aliento en las noticias unidas á los *Ejercicios*.

El éxtasis de los yoguis es muy distinto del de los neurasténicos; en Occidente se llega á ese estado por temperamento morbooso constitucional. En Oriente la crisis no es accidental, sino voluntaria; es una forma de abstracción llevada al extremo de ocasionar cambios fisiológicos; es una disciplina mental resultado del monoideísmo, y demuestra cumplidamente la influencia de lo moral sobre lo físico.

Hay diferentes especies de yogha: el *bhaki-yogha* recuerda

nuestros métodos conventuales, estando basado en la oración y el culto; el *gnana-yogha* corresponde á nuestras escuelas filosóficas, y hace esperar que por el solo esfuerzo de la razón se llegue á lo divino; el *hatha-yogha* se ingenia en imitar las posturas y costumbres de los animales sagrados, con la esperanza de comulgar así con las fuerzas naturales que representan; y el *raja-yogha*, ó *yogha regio*, es como una síntesis de todos los demás, siendo á la vez místico, racional, físico y moral; sólo las personalidades más distinguidas de la alta casta son susceptibles de dedicarse á este *yogha* supremo.

La celda del yogui, la *gufa*, es una especie de caverna á semejanza del dormitorio de la tortuga; no tiene más que una puertecita, que da á un terreno por donde no pasan hombres ni animales, y debe estar cerrada; no puede contener más que los objetos más indispensables, tales como una jarra de cobre para el agua de las abluciones, hojas con los granos de que se alimenta el solitario, y á veces un puchero de tierra porosa con agua. Con frecuencia usa el asceta, como tapiz para la meditación, una piel de pantera ó de tigre, y un tridente de hierro le sirve de bastón. Lo clava ante sí al empezar sus ejercicios, y alrededor arrolla las flores de jazmín amadas de los dioses; ese es todo su lujo.

Para encuclillarse y concentrarse, el *yogha* prefiere la piel de un felino, que le aísla de la electricidad, del calor ambiente y de las influencias psíquicas circundantes; y para dormir lo hace en una camada de heno, de paja, de algodón ó de kusa con algo de lana, esperando interceptar así la radiación de la temperatura terrestre. Se priva de toda carne y de toda bebida alcohólica, alimentándose de leche, miel, manteca y arroz con algunos granos indígenas, trigo, cebada, guea y mungo. La elección y exclusión de alimentos son resultado de largos siglos de observación.

Un colegio de yoguis meditando es la cosa más pintoresca que pueda imaginarse; se cree uno en una escuela de desarticulación; los animales sagrados representan para el yogui las

energías fatales del dios oculto en él, y para volver á la fuente de los seres, el mejor camino es imitar el gesto especial y familiar que caracteriza á cada animal simbólico; de aquí la imitación de la serpiente, de la rana, del elefante, de la vaca, del mono, del pez y del pájaro, para lo cual se necesita una serie de esfuerzos y trabajos de dislocación que asustarían al más fanático occidental, si se le impusieran como condición para el logro del supremo bien. Las posturas místicas ó *asanas* son treinta y dos, y constituyen la gimnasia del cuerpo y de la voluntad. Las más filosóficas y usadas son la *padmasana* y la *siddhasana*: la primera consiste en poner el pie derecho sobre el muslo izquierdo y el pie izquierdo sobre el muslo derecho; en seguida se cruzan las manos por la espalda y se cogen con ellas los pulgares de los pies cruzados, apoyando la barba en el pecho y fijando la mirada en la punta de la nariz. Todo esto es relativamente fácil, sobre todo al lado del ejercicio del *pranayama* para el dominio del aliento, del que trataremos en otro número.

EDUCACIÓN

PARTIDARIOS Y ENEMIGOS DE LOS EXÁMENES.—¿Deben existir ó deben suprimirse los exámenes? De existir, ¿debe haberlos de ingreso, de asignaturas y de grados, ó debe suprimirse alguna de estas pruebas? ¿En qué deben consistir los exámenes y cuántos ejercicios deben practicarse para llevarlos á cabo? ¿Qué garantías han de exigirse para que la prueba tenga las condiciones necesarias de seriedad y de autenticidad? ¿Deben ser iguales para toda clase de alumnos y para toda clase de materias? ¿Quiénes deben ser los examinadores? ¿Deben los Tribunales estar constituídos exclusivamente por el personal oficial, ya de catedráticos numerarios, ya de catedráticos y auxiliares? ¿Debe darse intervención en los exámenes al profesorado no oficial? ¿Deben los tribunales estar formados por personas extrañas al cuerpo docente?

Todo el problema de los exámenes—decía yo en *La segunda enseñanza*, órgano de la Asociación de Catedráticos, que tengo el honor de dirigir—se encierra en la serie de preguntas anteriores, contestadas del modo más diverso, según los puntos de vista de cada cual, su experiencia, sus sentimientos y hasta sus pasiones.

Lo extraño es que, siendo el problema de los exámenes la clave para la solución del problema trascendentalísimo de la enseñanza, ligado con todos los problemas sociales y políticos y eje de muchos de ellos, no existe una política pedagógica definida que permita apuntar entre las soluciones de tal ó cual partido político las que haya de dar al problema de los exámenes. Así se ve que, dentro de una misma situación política, dos ministros que se han sucedido en la dirección de la enseñanza, el marqués de Pidal y D. Antonio García Alix, han adoptado criterios diametralmente opuestos en la solución de estas cuestiones; así se ve entre los liberales quienes abogan, como D. Amós Salvador, por las más radicales soluciones, suprimiendo de cuajo toda clase de exámenes, y quienes sostienen la necesidad de mantenerlos, como todos los ministros del partido que han pasado por el departamento de Instrucción pública.

No es, pues, la cuestión de los exámenes una cuestión política, ya que los más caracterizados personajes de uno ú otro bando coinciden en soluciones idénticas militando en partidos opuestos, ó en soluciones contradictorias figurando en el mismo partido. Esto prueba cumplidamente que en las soluciones propuestas para este problema influyen causas secundarias y motivos extraños.

Consignamos el hecho y no queremos ahondar en sus causas, ni menos definirlo como un bien ó como un mal, pues de todo tienen estas confusiones y esta falta de ideales, que si por un lado contribuyen á la paz material, por otro dejan sin rumbo cierto al espíritu y sin guía desinteresado al pensamiento, esterilizando todo impulso regenerador. Lo evidente

y lo que nos interesa consignar, como resultado de la disparidad de juicios y de la confusión existente, es que el problema de los exámenes no es una cuestión política, sino una cuestión técnica.

Como en estas cuestiones, por otra parte, dados los múltiples intereses que entran en juego, pretende tener voz y voto todo el mundo, los unos á título de profesores, los otros á título de alumnos, éstos á título de políticos, aquéllos al de padres de familia, resulta que el problema se complica más y más con los elementos de juicio que cada cual aporta y con las pasiones que hace entrar en movimiento, siendo preciso hacer un deslinde de campos y un minucioso análisis del valor de cada testigo y de cada argumento para apreciar su alcance y su peso en la discusión.

Si pretendiéramos hacer una clasificación de los partidarios y de los enemigos de los exámenes, llamados á deponer en este pleito, así como de los motivos de recusación de unos y otros, vendríamos á parar al resultado siguiente, expuesto con la sinceridad que acostumbramos á emplear en todos nuestros trabajos.

Son partidarios de los exámenes (en general, pues claro es que aquí, como en todo, hay excepciones):

1.º Los catedráticos y profesores de todas clases y categorías. En este grupo pueden influir, para torcer y falsear el juicio, como motivos extraños, la ventaja que algunos obtienen por el percibo de derechos de examen, percibo que dejaría de existir si los exámenes desaparecieran; el provecho que otros sacan de sus libros didácticos, provecho ligado directamente con la existencia de los exámenes, ajustados al libro correspondiente, y la explotación que otros hacen de la influencia que les da su intervención en los exámenes, poniéndoles en contacto con lo más escogido de la sociedad. Reconocidos estos motivos de falseamiento del juicio, hay que reconocer también: 1.º Que muchos profesores no perciben derechos de examen, como son todos los privados y gran número de los

públicos, sin embargo de lo cual son partidarios decididos de los exámenes, multiplicando estas pruebas y sometiendo á sus alumnos á ellas, no sólo al final de cada curso, sino en diferentes períodos del curso; y que los que perciben derechos de examen los perciben á costa de un trabajo enorme que no guarda proporción con lo exiguo de la recompensa; como este argumento, sin embargo, no deja de producir su efecto en el público profano, la Asociación de Catedráticos ha pedido que desaparezcan los derechos de examen mediante una compensación proporcionada, como la establecida por el conde de Romanones, á fin de que quede eliminado del debate este factor extraño. 2.º Que los autores de libros didácticos son los menos, y que, eliminados éstos, quedaría siempre una considerable mayoría de catedráticos, profesores y maestros partidarios de los exámenes como garantía del trabajo del alumno y del profesor, y que la existencia ó supresión de los exámenes apenas afectaría á la venta de los libros, pues siendo el libro absolutamente necesario en la generalidad de los estudios, se seguiría seguramente vendiendo, y en conjunto todo continuaría como antes, salvo que en lugar de los actuales libros aparecieran multitud de *remediavagos*. 3.º Que los explotadores de la influencia del cargo son en número reducidísimo, y su voto, recusable desde luego, no afecta en nada al de la inmensa mayoría de los que saben cumplir sus deberes sin poner su cargo al servicio de sus pasiones ó de sus intereses egoístas.

Bien depuradas las cosas, como se ve, este primer grupo de partidarios de los exámenes puede y debe ser escuchado con preferencia por su competencia y su autoridad en la materia.

2.º Los alumnos aplicados. Yo he hablado con muchísimos alumnos, de toda clase de grupos y carreras, pues desde hace bastantes años me vienen preocupando estas cuestiones, y he procurado recoger la mayor suma de datos posible, y siempre he tenido el gusto de oír á los alumnos aplicados y seguros de sí mismos, que desean ser examinados y que ven

llegar con satisfacción el momento del examen para recoger, en una nota sintética, el fruto de su trabajo y la consagración oficial de su éxito.

3.º Los padres de familia celosos. Quizá hubiera que añadir á la condición de *celosos* la de *afortunados*, pues si se trata de padres que hayan tenido la desgracia de tener hijos torpes ú holgazanes, sin que todo su celo haya bastado á corregirles, tales padres suelen ser enemigos más ó menos embozados de los exámenes, lo cual demuestra que en este grupo hay motivo fundado de recusación.

4.º El grupo de políticos que proclama la necesidad de la intervención del Estado en la enseñanza, no reconociendo otro organismo, para garantizar esa intervención, que el profesorado oficial. Es posible que en un Estado gobernado despóticamente, este grupo opinara precisamente lo contrario y riñera rudas batallas por la libertad de enseñanza; pero esto no demuestra sino el carácter eminentemente oportunista de la política, que no es una ciencia abstracta, sino una ciencia de aplicación, de adaptación al medio, forzosamente elástica y flexible para que pueda plegarse á las circunstancias del momento; por eso este grupo puede y debe ser recusado, pues la conveniencia de mantener ó de suprimir los exámenes no puede subordinarse al triunfo de fines de todo punto extraños á la enseñanza.

Los enemigos de los exámenes, mucho más numerosos, pueden clasificarse en los grupos siguientes:

1.º El episcopado en general. Hay, sin embargo, que hacer constar que la hostilidad del episcopado no es hacia los exámenes en general, pues ellos los practican en los seminarios y reconocen así su necesidad y su eficacia, sino hacia los exámenes practicados por el profesorado oficial. Dentro de sus convicciones, sin embargo, fuerza es reconocer que el episcopado tiene razón para rechazar la intervención del Estado en la enseñanza: la dirección intelectual de la humanidad la recibieron ellos directamente de Jesús con las palabras «*ite, do-*

cete omnes gentes», y para ellos es un verdadero despojo la entrega de la enseñanza al profesorado laico del Estado. No es el Estado, sino la Iglesia la llamada á enseñar á los hombres: aquí el problema, como se ve, se agiganta, y de una cuestión puramente técnica, y hasta menuda, se convierte en gravísima cuestión político-social; ya no se trata de exámenes, sino de supremacía, de dirección de las conciencias, de si es el Estado el llamado á marcar á la juventud los derroteros que debe seguir, ó si es la Iglesia la que debe dirigir nuestra educación. Una y otra doctrina tienen sus partidarios, y de aquí la lucha secular entre ambas tendencias. Triunfante la del Estado, la Iglesia ha tenido que doblegarse, pero protestando siempre y aprovechando todas las coyunturas favorables para reclamar sus atropellados derechos; cuando no puede obtenerlo todo, se resigna con obtener algo, con la esperanza de alcanzar lo demás. De aquí su actitud. Si el Estado español no admitiera la libertad de conciencia y proclamara el principio de la intolerancia religiosa, el episcopado sería el primero en abogar por los exámenes oficiales, que serían la garantía de la observancia de aquel principio; pero como el Estado admite la tolerancia religiosa, á la Iglesia le importa abogar por la libertad, para que la juventud no tenga que someterse á una enseñanza tal vez irreligiosa y, cuando menos, emancipada de la tutela eclesiástica. Como lo que en todo esto se ventila no es, en definitiva, la cuestión de los exámenes, claro es que este primer grupo de enemigos de los exámenes viene á entrar en la categoría de los políticos, y debe ser recusado.

2.º Ciertos colegios, laicos y religiosos. La intervención del Estado en los exámenes por medio del profesorado oficial es combatida por ciertos colegios, que ven en su emancipación de la tutela oficial el medio de prosperar sin trabas. Tampoco niega ninguno de estos colegios la conveniencia de los exámenes, limitándose su hostilidad al régimen actual. Sus argumentos, aunque haya en ellos algo de interesado, merecen ser oídos, no debiendo ser recusada su deposición.

3.º La mayor parte de los padres de familia. El padre de familia de nuestros tiempos (como no conocemos otros, á ellos nos referimos) suele tener cabales sus cinco sentidos cuando no se trata de sus hijos; pero en cuanto el amor filial aparece, todo lo trastorna y lo perturba: de ahí que la mayor parte sean enemigos de los exámenes, como de todo lo que pueda producir alguna mortificación á sus hijos. Estos padres, ofuscados por la pasión, deben ser recusados.

4.º Los sentimentales. Hay muchas personas que, al ver á un alumno trabajando en la resolución de un problema, en el estudio de una lección ó en la preparación de una tesis, se sienten conmovidas hasta lo más profundo de su alma, y exclaman: «¡Pobrecito! ¿No da lástima verle trabajar tanto? Es una crueldad martirizar así á estas pobres criaturas». A esas personas hay que dejarlas desahogarse, como á todos los que chillan sin razón, pero no se les debe hacer caso: las cuestiones de enseñanza y educación no se resuelven con sentimentalismos.

5.º Los innovadores. En todas las materias hay siempre quienes quieren innovar, aunque lo nuevo para ellos sea lo viejo para otros; los que se han encontrado con el régimen actual quisieran cambiarlo por otro. ¿Hay exámenes? Pues que se supriman. ¿No hay exámenes? Pues que se establezcan. ¿Examinan los catedráticos? Pues que examinen los profanos. ¿Examinan los profanos? Pues que examinen los catedráticos. Toda la gritería de estos adoradores de lo nuevo, como si hubiera algo nuevo bajo el sol, no merece ser escuchada.

6.º El grupo de políticos que pretende entregar á la Iglesia la dirección de la enseñanza, y el de los que quieren emancipar la enseñanza de la tutela del Estado por pura consecuencia con sus ideas de libertad. Los primeros son enemigos accidentales de los exámenes, y su voto, por consiguiente, carece de valor; los segundos viven fuera de la realidad, pero sus argumentos merecen ser escuchados.

ASUNTOS ECONOMICO-BANCARIOS

TARIFAS DE CAMBIOS DEL BANCO DE ESPAÑA.—Según vemos en *El Economista*, el Banco de España ha formado ya sus tarifas de cambios sobre los pueblos en que ha establecido corresponsales. El Banco y sus sucursales toman papel á un plazo máximo de noventa días, á razón del interés fijado por el mismo. En los efectos á un plazo contado desde la vista, se computarán tres días por correo y aceptación para el girado sobre plazas de la Península, cinco para Palma de Mallorca y diez para Tenerife y Las Palmas. El Banco podrá admitir letras sobre pueblos y sobre plazas donde existan dependencias del mismo, aun cuando su importe no llegue á cien pesetas, pero se considerarán como de esta cantidad al deducir el cambio. Este cambio es el correspondiente al plazo máximo de ocho días vista, y cuando el vencimiento sea más largo se aumentará aquél en forma que compense los intereses á razón del tipo señalado por el Banco.

He aquí la tarifa de cambios, cuyo conocimiento puede interesar á nuestros lectores:

	Cambio por 100.		Cambio por 100.
Agreda, Soria.....	0 60	Alcañices, Zamora.....	0.60
Aguilar, Córdoba.....	0 50	Alcañiz, Teruel.....	0.50
Aguilas, Murcia.....	0 35	Alcaraz, Albacete.....	0.60
Alba de Tormes, Salamanca.	0 50	Alcaudete, Jaén.....	0.50
Albaida, Valencia.....	0 45	Alcázar de San Juan, Ciudad Real.....	0.35
Albarracín, Teruel.....	0.90	Alcira, Valencia..	0 35
Alberique, Valencia.....	0 50	Alcolea de Cinca, Huesca..	0 80
Albocacer, Castellón.....	0.60	Alcudia, Palma.....	0.60
Albuñol, Granada... ..	0 75	Alfaro, Logroño.....	0 50
Alburquerque, Badajoz... ..	0.40	Algeciras, Cádiz.....	0 40
Alcalá de Chisbert, Castellón.....	0 60	Algemesí, Valencia.....	0.50
Alcalá de Henares, Guadaluajara.....	0.45	Alhama, Granada.....	0.80
Alcalá la Real, Jaén.....	0.45	Almadén del Azogue, Ciudad Real... ..	0 40
Alcántara, Cáceres.....	0.70	Almagro, Ciudad Real.....	0 35
Alcantarilla, Murcia.....	0.50	Almansa, Albacete.....	0 50

E. M.—Agosto 1903.

	Cambio por 100.		Cambio por 100.
Almazán, Soria.....	0.45	Becerreá, Lugo.....	0.80
Almendrlejo, Badajoz ...	0.40	Béjar, Salamanca.....	0.30
Almodóvar del Campo, Ciu- dad Real.....	0.40	Belchite, Zaragoza.....	0.80
Almudébar, Huesca.....	0.80	Bélmez, Córdoba.....	0.60
Almunia de Doña Godina (La), Zaragoza.....	0.70	Belmonte, Cuenca.....	0.80
Alora, Málaga.. ..	0.70	Belorado, Burgos.....	0.60
Alsasua, Pamplona.....	0.50	Benabarre, Huesca.. ..	0.60
Allariz, Orense.....	0.60	Benasque, Huesca.....	»
Amorevieta, Bilbao.....	0.50	Benavente, Zamora.....	0.50
Amurrio, Vitoria.....	0.60	Berga, Barcelona.....	0.30
Andújar, Jaén.....	0.25	Beria, Almería.. ..	0.40
Antequera, Málaga.....	0.40	Berlanga de Duero, Soria..	0.50
Aracena, Huelva.....	0.50	Bermeo, Bilbao.....	0.50
Aranda de Duero, Burgos..	0.40	Bermillo de Sayago, Zamo- ra.....	0.70
Aranjuez, Madrid.....	0.25	Betanzos, Coruña.....	0.35
Araya, Vitoria.....	0.60	Bisbal (La), Gerona.....	0.45
Arcos de la Frontera, Jerez.	0.60	Bocairente, Valencia.....	0.50
Archena, Murcia.....	0.60	Boltaña, Huesca.	0.60
Archidona, Málaga.....	»	Boñar, León.....	0.90
Arenas de San Pedro, Avila.	0.50	Borja, Zaragoza.....	0.45
Arenys de Mar, Barcelona..	0.30	Brihuega, Guadalajara.....	0.60
Arévalo, Avila.....	0.35	Briviesca, Burgos.....	0.50
Arganda, Madrid.....	0.80	Bujalance, Córdoba.....	0.50
Arnedo, Logroño.....	0.50	Buñol, Valencia.....	0.70
Arucas, Las Palmas.....	1	Burgo de Osma, Soria.....	0.50
Arzúa, Santiago.....	0.75	Burriana, Castellón.....	0.35
Arrecife, Las Palmas.....	1	Cabeza del Buey, Badajoz..	0.35
Astillero, Santander.....	0.60	Cabezón de la Sal, Santan- der.....	0.70
Astorga, León... ..	0.40	Cabra, Córdoba.....	0.60
Astudillo, Palencia.....	0.80	Calahorra, Logroño.....	0.30
Ateca, Zaragoza.....	0.40	Calamocha, Teruel.....	0.80
Atienza, Guadalajara.....	0.60	Calatayud, Zaragoza.....	0.30
Avilés, Oviedo.....	0.25	Caldas de Reyes, Pontevedra.	0.60
Ayamonte, Huelva.....	0.50	Cambados, Pontevedra....	0.60
Ayerbe, Huesca.....	0.45	Campillos, Málaga.....	0.75
Ayora, Valencia.....	0.70	Campo de Criptana, Ciudad Real.....	0.50
Azpeitia, San Sebastián....	0.40	Candás, Gijón.....	0.50
Azuaga, Badajoz.....	0.45	Cangas, Vigo.....	0.80
Baena, Córdoba.....	0.50	Cangas de Onís, Oviedo....	0.40
Baeza, Linares.....	0.35	Cangas de Tineo, Oviedo...	0.40
Balaguer, Lérida.....	0.50	Caniavar, Almería.....	0.80
Baltanás, Palencia.....	0.80	Cañete, Cuenca.....	0.80
Bande, Orense.....	0.90	Cañiza (La), Vigo.....	0.60
Bañeza (La), León.....	0.50	Caravaca, Murcia.....	0.60
Bañolas, Gerona.....	0.50	Carballino, Orense.....	0.60
Barbastro, Huesca.....	0.35	Carballo, Coruña.....	0.60
Bárcena de Pie de Concha, Santander.....	0.75	Carcagente, Valencia.....	0.60
Barco de Avila, Avila.....	0.35	Cariñena, Zaragoza.....	0.60
Barco (El), Orense.....	0.60	Carlet, Valencia.....	0.80
Baza, Granada.....	0.45		

	Cambio por 100.		Cambio por 100.
Carmona, Sevilla.....	0 60	Deva, San Sebastián.....	0 50
Carolina (La), Linares.....	0 40	Deza, Soria.....	0 70
Carrión de los Condes, Pa- lencia.....	0 60	Dolores, Alicante.....	0 50
Carriosa de Enarriá, Ali- cante.....	0 50	Don Benito, Badajoz.....	0 35
Casas-Ibáñez, Albacete....	0 65	Durango, Bilbao.....	0 50
Caspe, Zaragoza.....	0 60	Ecija, Sevilla.....	0 40
Casá de la Selva, Gerona...	0 45	Egea de los Caballeros, Za- ragoza.....	0 90
Castro del Río, Córdoba. . .	0 50	Eibar, San Sebastián.....	0 40
Castrogeriz, Burgos.....	0 60	Elche, Alicante.....	0 30
Castropol, Oviedo.....	0 40	Elorrio, Bilbao.....	0 60
Castrourdiales, Bilbao.....	0 50	Enguera, Valencia.....	0 50
Castuera, Badajoz.....	0 40	Escalona, Toledo.....	»
Cazalla de la Sierra, Se- villa.....	0 60	Escorial (El), Madrid.....	0 50
Cazorla, Jaén.....	0 60	Espinardo, Murcia.....	0 60
Cebreros, Ávila.....	0 50	Estella, Pamplona.....	0 40
Celanova, Orense.....	0 60	Estepa, Sevilla.....	0 70
Cervera, Lérida.....	0 35	Estepona, Málaga.....	»
Cervera del Río Alhama, Lo- groño.....	0 45	Estrada (La), Pontevedra..	0 60
Cervera del Pisuerga, Pa- lencia....	0 80	Falset, Reus.....	0 70
Cieza, Murcia.....	0 40	Felanitx, Palma.....	0 40
Cifuentes, Guadalajara....	0 70	Ferrol (El), Coruña..	0 25
Ciudadela, Palma.....	0 50	Figueras, Gerona.....	0 40
Ciudad Rodrigo, Salamanca	0 45	Fonsagrada, Lugo.....	0 80
Cocentaina, Alcoy.. . . .	0 50	Fraga, Huesca.....	0 60
Cogolludo, Guadalajara....	0 70	Fregenal de la Sierra, Bada- joz.....	0 40
Coín, Málaga.....	0 70	Fuentesauco, Zamora.....	0 70
Colmenar, Málaga.....	1	Gallarta, Bilbao.....	0 75
Colmenar Viejo, Madrid....	0 80	Gandesa, Reus.....	0 80
Colunga, Oviedo.....	0 45	Gandía, Valencia.....	0 40
Comillas, Santander.....	0 60	Garrovillas, Cáceres.....	0 80
Consuegra, Toledo.....	0 60	Gaucín, Málaga.....	0 90
Corcubión, Coruña.....	0 60	Gergal, Almería.....	0 80
Coria, Cáceres.....	0 70	Getafe, Madrid.....	0 70
Cudillero, Oviedo.....	0 45	Ginzo de Limia, Orense.. .	0 60
Cuéllar, Segovia.....	0 70	Grado, Oviedo.....	0 45
Cuevas de Vera, Almería..	0 40	Granollers, Barcelona.....	0 30
Cullera, Valencia.....	0 50	Graus, Huesca.....	0 50
Chantada, Lugo.....	0 70	Grazalema, Jerez.....	0 70
Chelva, Valencia.....	0 80	Guadix, Granada.....	0 40
Cheste, Valencia.....	0 80	Guardia, Vigo.....	0 70
Chiclana de la Frontera, Cá- diz.....	0 50	Guía, Las Palmas.....	»
Chinchilla, Albacete.....	0 60	Hellín, Albacete.....	0 40
Chinchón, Madrid.....	»	Hernani, San Sebastián... .	0 40
Chiva, Valencia.....	0 80	Hervás, Cáceres.....	0 45
Daimiel, Ciudad Real.....	0 35	Herrera de Pisuerga, Pa- lencia.....	0 60
Daroca, Zaragoza.....	0 50	Hijar, Teruel.....	0 80
Denia, Valencia.....	0 45	Hinojosa del Duque, Cór- doba.....	0 60
		Hoyos, Cáceres.....	0 70
		Huete, Cuenca.....	0 60

	Cambio por 100.		Cambio por 100.
Huércal-Overa, Almería...	0.60	Medina del Campo, Valla-	
Huéscar, Granada.....	0.60	dolid	0.35
Ibiza, Palma.	0.50	Medina de Pomar, Burgos..	0.60
Icod, Tenerife	0.90	Medina de Rioseco, Valla-	
Igualada, Barcelona.....	0.25	dolid.	0.35
Illescas, Toledo.....	0.70	Medinasidonia, Cádiz... ..	0.60
Inca, Palma.....	0.40	Melgar de Fernamental,	
Infantes, Ciudad Real	»	Burgos.....	0.60
Infiesto, Oviedo	0.45	Mérida, Badajoz.....	0.40
Irún, San Sebastián.....	0.30	Mieres, Oviedo.....	0.45
Iznalloz, Granada.....	0.90	Miraflores de la Sierra, Ma-	
Jabugo, Huelva.....	0.60	drid.....	1
Jaca, Huesca	0.45	Miranda de Ebro, Burgos..	0.50
Jadraque, Guadalajara	0.50	Moguer, Huelva.....	0.50
Jarandilla, Cáceres.....	0.70	Molina, Guadalajara	0.60
Játiva, Valencia.	0.25	Mondariz, Vigo.....	0.70
Jerez de los Caballeros, Ba-		Mondoñedo, Lugo.....	0.50
dajoz.	0.45	Monforte, Lugo	0.50
Jumilla, Murcia.....	0.45	Monóvar, Alicante	0.40
Labiana, Oviedo	0.60	Montalbán, Teruel	0.80
Laguardia, Vitoria.....	0.60	Montánchez, Cáceres.....	0.70
Laguna (La), Tenerife.....	0.90	Montblanch, Reus.	0.40
Lalín, Pontevedra.....	0.80	Montefrío, Granada	0.80
Laredo, Santander	0.60	Montijo, Badajoz.....	0.50
Ledesma, Salamanca	0.50	Montilla, Córdoba.....	0.40
Lequeitio, Bilbao.....	0.50	Montoro, Córdoba.....	0.40
Lerma, Burgos.	0.60	Monzón, Huesca.....	0.60
Lillo, Toledo.	0.60	Mora de Ebro, Reus	0.80
Liria, Valencia.....	0.80	Mora de Rubielos, Teruel..	1
Logrosán, Cáceres	0.70	Morella, Tortosa	0.45
Loja, Granada	0.60	Morón, Sevilla.	0.50
Lora del Río, Sevilla	0.60	Mota del Marqués, Vallado-	
Lorca, Murcia	0.30	lid	0.70
Luarca, Oviedo	0.40	Motilla del Palancar, Cuenca	0.80
Lucena, Córdoba.....	0.50	Motril, Granada	0.40
Lucena del Cid, Castellón..	0.60	Mula, Murcia.....	0.60
Llanes, Oviedo.....	0.40	Murias de Paredes, León ..	0.80
Llerena, Badajoz.....	0.40	Muro, Alcoy.....	0.60
Llodio, Bilbao	0.70	Muros, Santiago	0.50
Llummayor, Palma.....	0.40	Nájera, Logroño.....	0.60
Madridejos, Toledo.....	0.60	Nava, Oviedo.. ..	0.45
Mahón, Palma	0.35	Nava del Rey, Valladolid ..	0.45
Manacor, Palma.	0.40	Navahermosa, Toledo . . .	0.70
Mancha Real, Jaén.....	0.45	Navalcarnero, Madrid.....	0.90
Manresa, Barcelona	0.25	Navalmoral de la Mata, Cá-	
Manzanares, Ciudad Real..	0.30	ceres.....	0.60
Marbella, Málaga.....	0.70	Navia, Oviedo	0.50
Marchena, Sevilla.....	0.50	Negreira, Santiago.....	0.80
Marquina, Bilbao.....	0.50	Nerva, Huelva.....	0.60
Martos, Jaén... ..	0.40	Novelda, Alicante.....	0.30
Matamoros, Bilbao	0.60	Nova, Santiago	0.50
Mataró, Barcelona.....	0.30	Nules, Castellón.	0.60
Medinaceli, Soria	0.50	Ocaña, Toledo	0.50

	Cambio por 100.		Cambio por 100.
Olazagutia, Pamplona.....	0 50	Puente Cesures, Santiago..	0.50
Olivenza, Badajoz.....	0.45	Puente del Arzobispo, To-	
Olmedo, Valladolid.....	0 70	ledo.....	0 60
Olot, Gerona.....	0.25	Puentedeume, Coruña.....	0.50
Olvera, Jerez.....	0.70	Puente Genil, Córdoba..	0 50
Onda, Castellón.....	0 50	Puerto de Cabras, Las Pal-	
Ondárroa, Bilbao.....	0 50	mas.....	0.80
Onil, Alcoy.....	0 50	Puerto de la Cruz, Tenerife.	1
Onteniente, Valencia.....	0.50	Puerto de Santa María, Je-	
Oñate, San Sebastián.....	0 40	rez.....	0 35
Ordones, Coruña.....	0 80	Puertollano, Ciudad Real..	0 35
Orduña, Bilbao.....	0.50	Puigcerdá, Gerona.....	0.40
Orgaz, Toledo.....	0 70	Purchena, Almería.....	0.80
Orgiva, Granada.....	0 90	Quintanar de la Orden, To-	
Orihuela, Murcia.....	0.35	ledo.....	0.40
Orotava (La), Tenerife....	0.90	Quiroga, Lugo..	»
Ortigueira, Coruña.....	0.50	Ramales, Santander.....	0.80
Osuna, Sevilla.....	0 50	Ramallosa (La), Vigo.....	0.50
Pacheco, Murcia.....	0.60	Rambla (La), Córdoba.....	0 50
Padrón, Santiago.....	0.45	Recuerda, Soria.....	0.60
Palafrugell, Gerona.....	0.30	Redondela, Vigo.....	0 50
Palamós, Gerona.....	0.30	Reinosa, Santander.....	0.45
Palma del Río, Córdoba....	0.60	Rentería, San Sebastián...	0 35
Palma (La), Huelva.....	0.60	Requena, Valencia.....	0.50
Pampliega (Burgos).....	0 60	Riaño, León.....	0.80
Pastrana, Guadalajara.....	0.70	Riaza, Segovia.....	0.70
Peñañel, Valladolid.....	0.70	Ribadavia Orense.....	0.60
Peñaranda de Bracamonte,		Ribadeo, Lugo.....	0.45
Salamanca..	0.40	Ribadesella, Oviedo.....	0.40
Piedrabuena, Ciudad Real.	0.60	Rionansa (Valle de), San-	
Piedrahita, Avila.....	0.35	tander.....	0.80
Pina, Zaragoza... ..	1	Riotuerto, Santander.....	0.80
Plasencia, Cáceres.....	0 50	Ripoll, Gerona.....	0 35
Plencia, Bilbao.. ..	0.75	Roa, Burgos.....	0.60
Pola de Lena, Oviedo.....	0.50	Roda (La), Albacete.....	0.50
Pola de Siero, Oviedo.....	0.40	Ronda, Málaga.....	0.60
Pollensa, Palma.....	0 60	Rute, Córdoba.....	0 60
Ponferrada, León.....	0 50	Sabadell, Barcelona.....	0 25
Port-Bou, Gerona.....	0.35	Sacedón, Guadalajara.....	0.80
Porriño, Vigo.....	0 60	Sagunto, Valencia.....	0 70
Posadas, Córdoba.....	0.60	Sahagún, León.....	0 50
Potes, Santander.....	0 70	Salas, Oviedo.....	»
Pozoblanco, Córdoba.....	0 50	Salas de los Infantes, Bur-	
Pradoluengo, Burgos.....	0 50	gos.....	0.60
Pravia, Oviedo.....	0 40	Saldaña, Palencia.....	0.80
Priego de Córdoba, Córdoba.	0 50	Sama de Langreo, Gijón..	0.50
Priego, Cuenca.....	1	San Clemente, Cuenca. ...	0.70
Puebla de Guzmán, Huelva.	0 70	San Feliú de Llobregat, Bar-	
Puebla de Sanabria, Zamora	0.70	celona.....	0.50
Puebla de Tribes, Orense..	0 60	San Feliú de Guixols, Ge-	
Puenteáreas, Vigo.....	0 60	rona.....	0 25
Puente Caldelas, Ponteve-		San Fernando, Cádiz.....	0.30
dra.....	0 70	San Leonardo, Soria.....	0.60

	Cambio por 100.		Cambio por 100.
Sanlúcar de Barrameda, Jerez	0.35	Torrelaguna, Madrid	0.90
Sanlúcar la Mayor, Sevilla	0.60	Torrelavega, Santander	0.90
San Martín de Valdeiglesias, Madrid	0.60	Torrente, Valencia	0.80
San Mateo, Castellón	0.60	Torrijos, Toledo	0.40
San Pedro Manrique, Soria	0.60	Totana, Murcia	0.70
San Roque, Cádiz	0.60	Tremps, Lérida	0.60
Santa Coloma de Farnés, Gerona	0.45	Trubia, Oviedo	0.50
Santa Cruz de la Palma, Tenerife	0.60	Trujillo, Cáceres	0.55
Santa Cruz de Mudela, Ciudad Real	0.40	Tudela, Pamplona	0.30
Santa Fe, Granada	0.70	Tuy, Vigo	0.45
Santa María de Nieva, Segovia	0.80	Ubeda, Linares	0.35
Santo Domingo de la Calzada, Haro	0.40	Ugijar, Granada	0.90
Santoña, Santander	0.50	Unión (La), Cartagena	0.40
San Vicente de la Barquera, Santander	0.80	Utiel, Valencia	0.45
Sariñena, Huesca	0.60	Utrera, Sevilla	0.60
Sarria, Lugo	0.70	Valdepeñas, Ciudad Real	0.25
Sedano, Burgos	0.70	Valencia de Alcántara, Cáceres	0.25
Segorbe, Castellón	0.60	Valencia de Don Juan, León	0.60
Seo de Urgel, Lérida	0.45	Valmaseda, Bilbao	0.50
Sepúlveda, Segovia	0.45	Valoriala Buena, Valladolid	1
Sequeros, Salamanca	0.80	Vall de Uxó, Castellón	0.60
Sigüenza, Guadalajara	0.35	Valle de Cabuérniga, Santander	0.90
Solsona, Lérida	0.50	Valls, Tarragona	0.25
Soller, Palma	0.30	Vecilla (La), León	0.90
Somorrostro, Bilbao	0.70	Vega de Ribadeo, Oviedo	0.40
Sort, Lérida	0.80	Velayos, Avila	0.40
Sos, Zaragoza	0.90	Vélez Málaga, Málaga	0.45
Soto del Barco, Oviedo	0.50	Vélez Rubio, Almería	0.70
Sueca, Valencia	0.45	Vendrell, Tarragona	0.35
Tafalla, Pamplona	0.35	Vera, Almería	0.60
Talavera de la Reina, Toledo	0.35	Vergara, San Sebastián	0.40
Tamames, Salamanca	0.60	Verín, Orense	0.60
Tamarite, Huesca	0.45	Viana del Bollo, Orense	0.60
Tarancón, Cuenca	0.45	Vich, Barcelona	0.25
Tarazona, Zaragoza	0.45	Villablino, León	0.80
Tarrasa, Barcelona	0.25	Villacañas, Toledo	0.50
Tárrega, Lérida	0.35	Villacarriedo, Santander	0.90
Telde, Las Palmas	1	Villacarrillo, Linares	0.50
Tineo, Oviedo	0.50	Villada, Palencia	0.60
Tolosa, San Sebastián	0.40	Villadiego, Burgos	0.60
Tomelloso, Ciudad Real	0.35	Villafranca del Panadés, Barcelona	0.30
Tordesillas, Valladolid	0.70	Villafranca del Bierzo, León	0.50
Toro, Zamora	0.40	Villagarcía, Pontevedra	0.45
Torrecilla de Cameros, Logroño	0.50	Villajoyosa, Alicante	0.40
		Villalba, Lugo	0.70
		Villalón, Valladolid	0.50
		Villalpando, Zamora	0.70
		Villamartín, Jerez	0.70
		Villanueva de la Serena, Badajoz	0.40

	Cambio por 100.		Cambio por 100.
Villanueva y Geltrú, Barcelona.....	0.30	Vitigudino, Salamanca.....	0.50
Villarcayo, Burgos.....	0.60	Viver, Castellón.....	0.60
Villarramiel, Palencia.....	0.60	Vivero, Lugo.....	0.40
Villarreal de la Plana, Castellón.....	0.40	Yecla, Murcia.....	0.40
Villaviciosa, Oviedo.....	»	Yeste, Albacete.....	0.70
Villena, Alicante.....	0.40	Zafra, Badajoz.....	0.40
Vinaroz, Castellón.....	0.35	Zarauz, San Sebastián.....	0.50
		Zumaya, San Sebastián.....	0.50

IMPRESIONES Y NOTAS

LAS HUELGAS GENERALES.—En *Le Correspondant* anuncia Fernando Engeraud el fracaso de la *huelga general*, espantajo para asustar burgueses, presentado como supremo consuelo á las clases obreras.

La huelga general, ó mejor dicho, el paro universal, es un arma peligrosísima de dos filos con la que se cortarían seguramente los obreros aunque hicieran daño á la burguesía capitalista. Los ingleses, como gentes prácticas, se han encargado de inutilizar arma tan peligrosa. Desde 1889 viene Guesde trabajando por la huelga general de los mineros; pero Inglaterra, que por sí sola cuenta con tantos mineros como todos los demás países que enviaron representantes al Congreso obrero en que se planteó la cuestión del paro general, votó en contra, arrastrando con su actitud á no pocos representantes de otros países. Los obreros franceses continuaron opinando por la huelga, y al fin la hicieron estallar el año último con el escaso resultado que es conocido de todos.

*
* *

LO QUE HOY VALE LA VIDA.—Según dice en el *Forum* el profesor de Jena Encken, jamás ha valido tanto la vida del hombre como en la actualidad. En ningún tiempo ha tenido el

hombre á su disposición tantos ni tan eficaces medios de alcanzar el fin racional de su existencia mediante el desarrollo activo y poderoso de sus fuerzas intelectuales; jamás se ha visto tan perfectamente armado para hacer frente con firmeza á los diversos acontecimientos de la vida.

Los pesimistas están equivocados: una de las principales características del tiempo presente es la indiscutible victoria del altruismo sobre el egoísmo. El egoísmo no produce nada grande, ni noble, ni fecundo, y eso lo saben lo mismo los individuos que las naciones. Las grandes empresas requieren sacrificios que no pueden pedirse á los egoístas; y si se estudian de cerca y se analizan concienzudamente las grandes conquistas del siglo XIX en todos los dominios de la actividad humana, se verá que todas son debidas al espíritu desinteresado y altruista de sus promotores.

*
* *

EL PORVENIR DEL NEGRO.—La raza negra—dice Archibaldo Colguhun en la *North American Review*—cuenta en los Estados Unidos con ocho millones de representantes. ¿Qué hacer con estos negros? ¿Qué suerte les reserva el porvenir? Para muchos americanos es éste un problema de difícil solución.

Los negros son libres é iguales á los blancos en teoría; pero en la práctica todo el mundo los desprecia ó los odia, nadie los quiere, y salvo raras excepciones, esos ocho millones de individuos están de hecho desterrados de todos los cargos y empleos. ¿Por qué sucede esto en una nación tan amante de la libertad como los Estados Unidos? ¿Qué hacer con esa masa que representa más de la décima parte de la población total?

Al negro no es posible desterrarlo, ni proscribirlo, ni exterminarlo, ni siquiera abandonarlo á sí mismo, pues el día en que tal se hiciera el negro retrocedería inmediatamente y volvería al estado salvaje. Hay que trabajar, ante todo, en su

educación, por la creación de escuelas separadas de las demás, donde la instrucción se acomode á su capacidad mental. Luego hay que prepararle para que pueda ser útil en las profesiones agrícolas é industriales, y todo esto hay que hacerlo con urgencia, y no podrá hacerse mientras la raza blanca no abandone por completo sus ideas y preocupaciones tradicionales, viendo en el elemento negro un factor integrante de la nacionalidad yanqui. Y eso es lo difícil.

*
* *

AFORISMOS DE LEFAMENDI.—En la vejez son de difícil sanar los órganos todos por viejos; pero los hipogástricos y los de los miembros pelvianos lo son aún más, pues, sobre viejos, viven aturcidos de hipóstasis sanguínea.

En viejos ó achacosos, afectos de catarro crónico, es raro que prospere un catarro agudo; parece que aborta, pero es que pronto se acumula como aumento temporal de fluxión al crónico preexistente.

Joven cuyos males propenden á la cronicidad, viejo prematuro.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Il diritto criminale nella più antica legge conosciuta. Disposizioni del Codice babilonese di Hammurabi (2250 circa av. C.), per Vincenzo Manzini.—Torino, Unione tipografico-editrice, 1903.—Folleto de 27 págs.

En las excavaciones hechas en Susa por la misión francesa dirigida por M. J. Morgan, se ha descubierto hace pocos años, entre otras cosas, una estela donde está representado el rey Hammurabi, fundador de un nuevo Estado, en el acto de recibir de manos del dios del Sol de Sippar las reglas con las cuales ha de regir á su pueblo. Estas reglas están escritas con caracteres cuneiformes en ambos lados de la estela; y descifradas y traducidas por los asiriólogos, constituyen, al decir de los entendidos en la materia, el más antiguo de los códigos hasta hoy conocidos, supuesto que su antigüedad se remonta hacia el año 2250 antes de Cristo, ó sea medio siglo antes de la más vieja ley penal china de que hay memoria; cuando menos, quinientos años antes de la legislación del Sinaí; mil, antes del origen más remoto que se atribuye al Mánava-Dharma-Sâstra de Manú, y muchísimo tiempo antes de las constituciones griegas de Zalenco, Corondas, Dracón, etc.

El profesor Manzini, que recientemente había hecho un estudio relativo á la parte mercantil del Código de Hammurabi, traduce ahora á su lengua las muchas disposiciones penales del dicho Código, juntamente con el prólogo que lo precede y la sanción imprecatoria que lo acompaña; añadiendo también, de un lado, algunas prescripciones análogas de la ley mosaica, al intento de compararlas con las babilonias; y de

otro lado, ciertas consideraciones y observaciones críticas respecto al valor del Código de Hammurabi, ya en sí mismo, ya frente á otros de los antiguos, citados poco hace. El autor encuentra excelente la obra de Hammurabi, igual desde el uno que desde el otro punto de vista, y hace de ella grandes elogios. He aquí de qué modo resume su juicio acerca de ella:

«En virtud de lo dicho, debemos colocar por encima de todas las leyes orientales el Código de Hammurabi, que acabamos de examinar... Un derecho en el que predomina el elemento político laico; que emplea y aplica graduaciones y clasificaciones ético-psicológicas; donde sobre las disposiciones penales preponderan las normas civiles; que contiene implícita la distinción entre derecho patrimonial y derecho público; que formula y exige numerosas garantías procesales; que es aplicado por jueces profesionales; que reglamenta muy bien la imputabilidad; que hace uso de un sistema penal variado y complejo: un derecho semejante no puede menos de pertenecer á una civilización muy adelantada, como lo era, ciertamente, la del tiempo de Hammurabi.»

El opúsculo merece leerse.

P. DORADO

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Ana</i> (novela), por Enrique Sienkiewicz.....	5
<i>El segundo Congreso internacional de Ciencias históricas</i> (segundo y último artículo), por Rafael Altamira.....	38
<i>El suicidio en sus diversas formas</i> , por Edmundo González-Blanco.....	54
<i>Bajo D. Amadeo de Saboya</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	88
<i>El año sociológico</i> (1901-1902), por Adolfo Posada.....	116
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	135
<i>Crónica literaria.—Mariucha</i> (comedia de D. Benito Pérez Galdós), por E. Gómez de Baquero.....	159
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	167
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	202